

UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

el caso del juguete mortífero



ERLE STANLEY GARDNER

El interés por la custodia de un niño huérfano puede ser un hecho meritorio y caritativo, pero las cosas cambian cuando la codicia hace su entrada triunfal en el juego… cambian hasta el punto de provocar un asesinato. Es ahora cuando la intervención de Perry Mason y su inseparable secretaria se hace indispensable: detalles mínimos, astucias jurídicas y legales, sagacidad y perseverancia urdirán una red mortífera e ineludible para el asesino.



Erle Stanley Gardner

El caso del juguete mortífero

Perry Mason - 58

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Deadly Toy*
Erle Stanley Gardner, 1959
Traducción: Antonio Ribera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1

Con su cortesía habitual, Mervin Selkirk dijo a Norda Allison:

—Le ruego que me perdone.

Luego, inclinándose, abofeteó duramente a su hijo de siete años.

—Un niño bien educado nunca debe interrumpir a las personas mayores cuando están hablando.

Después, sentándose en un sillón, encendió un cigarrillo y se dirigió nuevamente a Norda Allison:

—¿De qué hablábamos?

Pero Norda no sentía deseos de proseguir la conversación. Había observado que no era la primera vez que Selkirk pegaba a su hijo. Humillado, pero luchando para retener sus lágrimas, el niño saludó y abandonó la habitación.

—Es la influencia de su madre —explicó Mervin Selkirk—. Cada vez que Robert vuelve, después de pasar unos días con ella, en Los Angeles, tengo que enfrentarme con estas desagradables situaciones.

Repentinamente, Norda descubrió al verdadero Mervin: un hombre engreído de lo que consideraba su superioridad, egoísta y un poco sádico. No pudo resistir más tiempo su compañía.

—Debo marcharme, Mervin… Tengo una enorme jaqueca y deseo estar en casa para echarme…

Mervin no se lo creyó, y comentó mientras se levantaba:

—Por lo visto, usted es una de esas personas que no quieren obligar a los niños a la menor disciplina, por temor de crearles complejos.

—En absoluto —replicó la joven—, pero creo que existen otros métodos para inculcar la obediencia… Robert es un niño sensible, inteligente y orgulloso. Usted tendría que haber esperado que me marchara, y entonces podría haberle explicado por qué un niño bien educado no debe interrumpir a las personas mayores… En cambio,

al humillarle delante mío, usted le ha…

—Ya basta —cortó fríamente Selkirk—. Si necesito consejos sobre el modo de educar a los hijos, se los pediré a alguien que tenga mayor experiencia que usted.

Norda le miró fijamente y dijo:

—Creo que estoy empezando a conocerle…

—No, usted no me conoce todavía —contestó secamente—. Me he dado cuenta que, desde hace algún tiempo, parece gustarle la compañía de este Benedict que trabaja con usted en la oficina… Pero, Norda, debo recordarle que nuestro matrimonio ha sido anunciado. Usted ha prometido casarse y no toleraré que rompa el compromiso.

Aquella misma tarde, después de haberlo pensado mucho. Norda escribió a Mervin Selkirk una carta en la que le anunciaba la ruptura de sus relaciones.

Tres días después, por primera vez aceptó comer en compañía de Nathan Benedict y fueron a un restaurante. Nate sabía que era el preferido de Norda y la velada transcurrió agradablemente. Dos días después, Mervin Selkirk telefoneó a Norda, invitándola a salir por la noche.

—Sería completamente inútil —aseguró la joven—. Además, esta noche tengo un compromiso.

—¿Con Nate? —preguntó Mervin—. Me olvidaba preguntarle si ya ha comido con él en *nuestro* restaurante.

—Esto es algo que no le importa —replicó Norda colgando bruscamente y dejando que, poco después, el teléfono sonara en vano.

A las ocho Nate vino a buscarla y volvieron a ir al mismo restaurante. Cuando llegaron, como que tuvieron que esperar un rato para ocupar una mesa libre, se dirigieron al bar. Cuando Norda vio a Selkirk, ya era demasiado tarde y además no podría asegurar si adelantó voluntariamente el pie para tropezar con Benedict. Pero, se levantó en seguida, y dio un soberbio puñetazo a Benedict, mientras le decía:

—¿Cuándo dejará de pisarme los talones?

Mientras que alcanzado en la barbilla Benedict era lanzado al suelo, dos amigos de Mervin, que se hallaban sentados en su mesa, intervinieron enérgicamente para detenerle:

—¡Vamos, vamos, Mervin! ¡Cálmate!

Entretanto, los camareros acudieron y avisaron a la policía. Norda tuvo la impresión de haber visto brillar algún objeto metálico en la mano de Mervin, cuando golpeó a Benedict. El médico que aplicó unos puntos a la barbilla del joven aseguró por su parte que la herida pudo haberla provocado una pistola de bolsillo. Sin embargo, el policía que a petición de Norda registró a Selkirk, no encontró ninguna pistola en sus bolsillos, ni en los de su compañero, que se había ofrecido espontáneamente a ser registrado. El otro amigo, en cambio, se había marchado porque, según explicó Selkirk, tenía una cita a la que no podía faltar. De todos modos, quedaba a disposición de la policía si se tenía necesidad de su testimonio. Además, Selkirk afirmaba que Benedict le había dado voluntariamente una patada, lo que provocó su reacción.

Una semana después de este altercado, Norda Allison comenzó a recibir cartas. Todas le eran enviadas desde Los Angeles por vía aérea y contenían recortes de periódicos, que relataban crímenes pasionales: un marido divorciado que, no pudiendo vivir sin su esposa, había acabado por matarla de un tiro en plena calle. Un novio celoso que había actuado de igual forma con su ex-prometida, etc.

Como todo el mundo, Norda había leído historias parecidas en los periódicos, pero con la tranquilidad de que no la afectaban. Pero esta acumulación de noticias trágicas, que parecía que se las mandaban como advertencia, acabó por obsesionarla. Decidió consultar a un abogado, el cual explicó el caso a las autoridades de correos, pero fue imposible obtener el menor indicio. Los sobres eran muy corrientes y habían sido echados al correo en diferentes distritos de Los Angeles. El remitente tomaba sin duda la precaución de disimular todo vestigio, porque los vapores de yodo no permitieron encontrar, en los recortes, otras huellas digitales que las de Norda. Además, la dirección estaba escrita con una de aquellas imprentillas que se regalan a los niños.

El abogado de Norda le aconsejó que se pusiera en contacto con Lorraine Selkirk Jennings, la esposa divorciada de Mervin, que había abandonado San Francisco y actualmente residía en Los Angeles con su segundo marido. Lorraine recordó haber regalado a su hijo, la Navidad anterior, una pequeña imprentilla muy

perfeccionada. Robert se la llevó a San Francisco cuando volvió a casa de su padre.

Con estos datos en su poder el abogado de Norda, fue a ver a la policía y ésta mandó unos agentes a casa de Selkirk con un mandato de registro. No tuvieron ninguna dificultad en encontrar la imprentilla, pero los expertos no tardaron en declarar, unánimemente, que las direcciones habían sido impresas con una imprentilla de modelo diferente.

Durante el registro, Selkirk se mostró muy correcto, repitiendo que sentía en el alma que miss Allison sufriera por su causa. Habían roto sus relaciones, pero él seguía apreciándola y estaba dispuesto a hacer todo lo posible para ayudar a desenmascarar a sus perseguidores. ¿Serían tan amables de expresarle toda su simpatía a miss Allison? En varias ocasiones, él intentó llamarla por teléfono, pero invariablemente ella colgaba el aparato al reconocer su voz.

Cuando Lorraine Jennings telefoneó desde Los Angeles para informarse del resultado del registro, lo que le dijo Norda no pareció sorprenderle:

—¡Conozco muy bien a Mervin! Al ver la imprentilla de Robert debió tener la maquiavélica idea de procurarse un modelo distinto, con el que habrá impreso cierta cantidad de sobres antes de echarla, probablemente en alta mar desde su yate. Sabía que usted sospecharía y habrá sentido una malsana satisfacción durante el registro. ¡Es un hombre diabólico! Me admira que usted haya podido tratarlo durante tanto tiempo sin llegar a descubrir al hombre que se esconde detrás de su máscara…

—Pero, ¡yo no he llegado a casarme con él! —replicó Norda.

—Es cierto —reconoció Lorraine, echándose a reír ante esta salida—, usted ha sido más hábil que yo. Pero de todos modos, yo le mandé una carta para ponerla en guardia.

—Sí, pero a mí me pareció una manifestación de celos.

—¡Por Dios! Ahora que soy tan feliz con mi segundo marido… Sólo me falta, para que mi dicha sea completa, conseguir que me concedan el cuidado de mi hijo Robert. Ya debería haberlo logrado… ¡pero la familia de Mervin es muy poderosa! Tres testigos no dudaron en mentir para perjudicarme, de modo que Mervin ha obtenido el derecho de tener a Robert a su lado una parte del año. No siente el menor cariño por el niño y sólo lo ha querido tener con

él para hacerme sufrir… ¡Ah! Celebro mucho que haya roto a tiempo… Pero no subestime a Mervin. Es incapaz de tolerar que le planten cara y no descansa hasta que consigue sus fines…

—¿Quiere usted decir que es… bueno…, peligroso? —preguntó Norda.

—¡Ya lo creo que es peligroso! —exclamó Lorraine—. Quizás no del modo que usted se imagina, pero… Es un ser egoísta y cruel. Me hacía seguir constantemente por detectives… Claro que usted no es tan vulnerable como yo, pero sea usted prudente y desconfíe de él.

Preocupada por todo lo que le había dicho la ex esposa de Mervin, Norda pidió protección a la policía, pero le contestaron que si tenían que proteger a todas las personas que se consideraban amenazadas, aumentando diez veces la cantidad de policías no tendrían suficientes. Le aconsejaron que no se asustara por los recortes de periódicos que recibía. Hacía ya algún tiempo que recibía estos sobres y si Selkirk hubiera tenido intención de recurrir a la violencia, lo habría hecho inmediatamente después de su ruptura.

Norda recordó el puñetazo que hirió la barbilla de Nathan Benedict, pero los policías le hicieron observar que el propio Benedict, admitió haber *tropezado* con el pie de Selkirk. Este pudo haber creído que había intención por parte de su feliz rival y actuó en consecuencia.

Así estaban las cosas, cuando Lorraine Jennings llamó nuevamente por teléfono a Norda:

—¡Tengo noticias! —anunció con excitación—. Por teléfono no me atrevo a decirle nada más, pero se trata de algo que nos permitirá ayudarnos mutuamente. ¿Quiere usted venir? Si coge el avión del viernes por la noche, podríamos pasar el fin de semana juntas…

Como Lorraine parecía muy excitada por lo que acababa de saber, pero rehusaba comunicárselo por teléfono, Norda acabó por aceptar el ir a pasar el fin de semana a Los Angeles. Al día siguiente recibió un billete de ida y vuelta con una carta de Lorraine:

> *Mi esposo y yo iremos a recibirla al aeródromo. Lleve enguantada su mano izquierda, y mantenga visible el otro guante, para que podamos identificarla. Desde que sufrí un*

accidente, no he vuelto a sentarme al volante, pero me acompañará Barton, que es un excelente conductor. Al salir de su oficina, hágase conducir en taxi a un gran hotel que disponga de muchas entradas. Una vez allí, tome otro taxi para ir al aeropuerto. Todo esto son precauciones por si la siguieran. ¡Hasta el viernes!

Esta carta dejó a Norda un poco desconcertada. No viendo ningún motivo para gastar tanto en taxis, comunicó sus dudas a Nate Benedict. Este la recogió con su coche, una hora y media antes de la salida del avión, y se entregó a una serie de hábiles maniobras para borrar toda posible pista, después de lo cual la condujo al aeropuerto.

Capítulo 2

A las diez de la noche del viernes, al llegar al aeródromo de Los Angeles con una mano enguantada tal como le habían indicado, Norda Allison miró con ansiedad al pequeño grupo de personas que esperaban a los viajeros.

De repente, una mujer se precipitó hacia ella y la abrazó afectuosamente:

—¡Oh, Norda!… Estoy muy contenta de que haya podido venir. Le presento a Barton Jennings, mi marido… ¡Dios mío! ¡Qué guapa es! No es extraño que Mervin esté loco por usted.

Norda estrechó la mano de Barton Jennings, fuerte y apacible, mientras Lorraine proseguía sin parar:

—Usted dormirá en casa… Disponemos de una encantadora habitación para los amigos… Barton irá a buscar el coche mientras nosotras nos ocuparemos de las maletas… Déme su ticket de equipaje, querida… Conozco un mozo que nos hará ganar tiempo…

—Y la famosa noticia, ¿cuál es? —preguntó Norda.

—¡Oh, querida, es algo maravilloso! Tengo un abogado absolutamente sensacional… Dawling Crawford. ¿No ha oído hablar de él?

Norda negó con la cabeza:

—No… En Los Angeles he oído hablar de Perry Mason. Hasta me han aconsejado que me ponga en contacto con él…

—¡Oh! Mason sólo se ocupa de asuntos criminales, mientras que Crawford… Norda, ¡voy a conseguir que Robert quede enteramente a mi cuidado! Usted será mi testigo y…

—¿Que seré su testigo? —preguntó Norda.

Lorraine entregó el ticket de equipaje a un mozo, mientras decía:

—Sí, Norda… Sé que usted tiene mucha simpatía por Robert…

—Pero —interrumpió Norda— por teléfono usted me dejó

entender que nuestra entrevista me resultaría provechosa. Sólo quiero olvidar a Mervin y no recibir más recortes de periódicos…

—¡Exacto! —exclamó Lorraine—. Crawford me ha dicho que si usted acepta presentarse ante el Tribunal para declarar a mi favor, Mervin no dejará de amenazarla… Entonces, sin pérdida de tiempo Crawford informará al juez, alegando que Mervin le amenaza para coaccionar su testimonio… Es un delito castigado y el tribunal ordenará…

—Si Mervin me ha transformado en cadáver, ya no me importará lo que pueda ordenar el tribunal. Lo que necesito antes de *actuar*, es una prueba, y…

—¡Disponemos de una! ¡Un testigo al que Mervin declaró que no sentía el menor afecto por Robert, pero que había querido tenerlo a su lado para darme una lección!

—Magnifico para usted —subrayó Norda, con frialdad—. Sólo que todo esto no aporta ninguna solución a *mi* problema.

—¡Usted no me dejará perder, Norda! —gimió Lorraine.

—Por ahora lo ignoro todavía. No quiero ningún conflicto con Mervin antes de saber exactamente la razón. También yo, por mi parte, consultaré a un abogado.

—Estamos a viernes por la noche —le recordó Lorraine—. No podrá hacerle venir antes del lunes. Pero el señor Crawford se las ha arreglado para estar en su despacho mañana, poco antes de mediodía, con objeto de recibir su declaración bajo juramento…

Y como que Norda permanecía pasivamente silenciosa, la señora Jennings insistió:

—Usted no puede abandonarnos ahora, Norda… No se trata únicamente de mí, sino de Robert. Usted ha visto cuál es su vida, cerca de su padre… Hace dos años que intento obtener que me lo confíen pero, cada vez que se presenta este caso ante el tribunal, Mervin cuenta fríamente un montón de mentiras sobre mí. La última vez, yo expliqué al juez el miedo que siente Robert por su padre y Mervin aseguró gravemente que la única responsable era yo, que había envenenado el espíritu de nuestro hijo contra él. Después de esto llamó a una serie de testigos que declararon unánimemente que nadie se podía conducir más paternalmente que Mervin con respecto a Robert. Pero esta vez, voy a poder demostrar qué clase de hombre es realmente Mervin, y todo gracias a su

declaración…

—Dudo que mi declaración sea suficiente. Todo cuanto puedo decir, es que Mervin ha pegado a Robert delante mío.

—Sí, pero usted podrá testificar la dureza con que le abofetea… y en presencia de terceras personas… y únicamente porque interrumpió su conversación, formulando una pregunta del todo inocente…

Luchando con una cruel indecisión, Norda se volvió hacia Barton Jennings, pero éste se limitó a decirle casi en tono divertido:

—No busque mi consejo. Yo soy simplemente el tipo que conduce el coche. No quiero mezclarme en los asuntos de Lorraine con su ex marido. Aparte de esto, estoy dispuesto a facilitarle toda la ayuda financiera que necesite, porque estoy loco por Roberto.

—¿Quién no lo estaría? —comentó Norda sonriendo—. ¿Dónde está ahora? Yo creía que ustedes lo traerían…

—Marcha muy temprano mañana por la mañana, para ir a pasar cuatro días en el campo —explicó Lorraine—. Para él es un gran acontecimiento, porque dormirá al aire libre y podrá tener a su perro con él. La verdad es que no le dijimos que usted venía, porque le tiene tanto afecto que sin duda hubiera preferido quedarse… después de lo cual, nos habría preguntado qué motivaba su visita, en nuestra casa, etc. Y creímos preferible dejarle al margen de todo esto…

Bruscamente, Norda se dio cuenta de que, si se hubiese casado con Mervin, éste se hubiera aprovechado sin duda del cariño que Robert sentía por ella, y tal vez, hubiera logrado ampliar a seis meses por año el cuidado del niño, en lugar de dos meses. Esta posibilidad no debió pasar inadvertida a Lorraine, porque Mervin, poco propenso a elogiar a su ex esposa, dijo un día a Norda: «No hay nada que se le escape a Lorraine. Habla sin descanso, como si tuviera pájaros en la cabeza, pero en realidad, está en todo y sabe prever las consecuencias de todos los actos, incluso de los más pequeños».

El curso de estos pensamientos fue interrumpido por una nueva intervención de Lorraine Jennings:

—Por lo menos, Norda, acepte pasar la noche aquí, para tener esta entrevista mañana por la mañana, con el señor Crawford. Estoy segura que después de dicha conversación, verá las cosas bajo un

nuevo aspecto.

No pudiendo rehusar, como hubiera sido su deseo, Norda se dejó llevar por los Jennings a su villa de Beverly Hills. Por el camino supo que Robert, entusiasmado por los *westerns* de la televisión, hacía tiempo que no quería dormir más que en una tienda instalada en el patio. Lorraine le explicó que, normalmente, cuando ellos salían, hacían venir a una *baby-sitter*. Pero cómo que ninguna de las dos que conocían estaba libre esta noche, habían esperado que el niño se durmiera en su tienda, para ir hacia el aeropuerto. Gracias a Rex, no sentían la menor inquietud. Rex era el gran perro danés que Lorraine había podido conservar cuando se hizo la división de bienes con Mervin. Norda había tenido ocasión de ser *presentada* al perro una vez que Robert se llevó al animal a casa de su padre, y quedó maravillada al comprobar que el enorme «Rex» la reconoció en seguida, moviendo la cola y ladrando alegremente en cuanto la vio.

Cuando llegaron, Barton Jennings fue a dar una ojeada al patio y regresó en seguida para anunciar que todo iba bien. «Rex» estaba echado en un lugar estratégico, desde el cual podía vigilar perfectamente tanto la casa como la tienda de Robert.

Norda expresó sus deseos de ir a acariciar al perro, pero Barton la disuadió, alegando que esto excitaría al animal y correrían el riesgo de despertar a Robert.

Lorraine añadió que si Robert sabía que Norda estaba en la casa, no habría manera de hacerle marchar a la mañana siguiente, lo que significaría un grave perjuicio para el niño.

Algo en la voz de la señora Jennings hizo preguntarse a Norda si Lorraine no estaba un poco celosa por el cariño que le testimoniaba su hijo.

Sin embargo se apresuró a olvidar este pensamiento, alejándolo de su mente, y, con el pretexto del cansancio del viaje, rogó que le dejaran retirarse. Inmediatamente la acompañaron a su habitación situada en el primer piso.

Capítulo 3

El sábado por la mañana, Perry Mason y su secretaria Della Street habían ido a la oficina para poner al día la correspondencia. El abogado estaba dictando una respuesta a Della Street cuando sonó el timbre del teléfono, cuyo número todavía no figuraba en el listín. Excepto el propio abogado y su secretaria sólo conocía ese número Paul Drake, director de la Drake Detective Agency, cuyas oficinas se encontraban en el mismo piso que el despacho de Mason. Por eso, Mason descolgó el aparato y dijo:

—Buenos días, Paul, ¿qué ocurre?

—Buenos días, Perry. He sabido que estabas haciendo horas extraordinarias, porque he visto a Della cuando salía del ascensor, pero no te hubiera molestado si no tuviera en mi despacho a una señorita que quiere verte sea como sea. Se encuentra al borde de una crisis nerviosa, y…

—¿Cómo es que te ha encontrado?

—Ya sabes que cuando alguien llama a vuestro despacho fuera de las horas de oficina, los *Abonados ausentes* indican mi número… Esta señorita estaba tan trastornada que acepté recibirla…

—¿Cómo se llama?

—Norda Allison.

—¿Y qué le ha ocurrido?

—¡Oh! Es toda una historia… La señorita Allison cree que debería informar a la policía porque probablemente se halla en peligro… y, por otra parte… En pocas palabras: no sabe qué tiene que hacer.

Mason dudó un instante, y después dijo:

—De acuerdo, Paul. Mándamela. Que llame, directamente a la puerta de mi despacho. Yo mismo abriré.

Momentos después, Della Street recibía a Norda Allison, que se

deshacía en excusas desordenadas, para concluir:

—… Pero siempre he oído decir que nadie es capaz de aconsejar mejor que el señor Mason. Entonces…

Della Street dirigió una mirada de aprobación a la joven que le estaba hablando y la hizo entrar, diciéndole:

—El señor Mason está muy ocupado, pero si usted le relata su historia del modo más breve posible, tal vez podrá ayudarle…

—Brevemente, pero sin omitir ningún hecho —añadió Mason, invitando a su visitante a tomar asiento.

—¿Conoce usted a la familia Selkirk? —preguntó Norda Allison, como preámbulo.

—¿Los Selkirk? ¿Horacio Livermore Selkirk? —inquirió Mason.

La joven asintió con un gesto de su cabeza.

—La mitad de esta ciudad le pertenece, como quien dice —declaró Mason secamente—. ¿Por qué me lo ha preguntado?

—Yo estaba prometida a su hijo Mervin.

—Mervin vive en San Francisco, ¿no es cierto?

—Sí, y yo también —contestó Norda, empezando a contar lo que la había impulsado a visitar a los Jennings la noche anterior.

—Y supongo que esta noche le ha ocurrido algo que la ha trastornado —comentó Mason.

—Sí. Esos envíos de cartas me han destrozado los nervios y mi médico de cabecera me ha recetado la toma de píldoras calmantes. Ayer noche, como que me impresionó mucho lo que me pidió la señora Jennings cuando llegué, tomé dos píldoras sedantes. Esto explica por qué cuando oí aquella detonación durante la noche…

—¿Una detonación? —preguntó Mason.

—Sí… Después, me pareció oír un niño que lloraba. Pensé que era Robert y me dije a mí misma que *debía* levantarme, pero las dos píldoras que había tomado…

—Bien —interrumpió Mason—, ¿qué ocurrió cuando usted por fin se levantó?

—Ha sido esta mañana, un poco antes de las seis… Me he vestido y he descendido a la planta hoja. Abrí la puerta de entrada para dirigirme al patio. Vi la tienda de Robert, que aparecía abierta… En el interior había una litera, con su correspondiente saco pero ni rastro de Robert ni del perro. Me imaginé que se habían ido de excursión, como me anunció Lorraine que pensaban

hacerlo, pero en el suelo, junto a la litera, descubrí un sobre, parecido a los que solía recibir. En él figuraba mi nombre, y Robert me habla escrito una carta…

Miss Allison abrió su bolso y tomó una hoja que entregó a Mason. Una mano infantil había escrito con lápiz:

Querida tía Norda:

He encontrado siete sobres en los sótanos, que llevaban tu nombre. Entonces te he escrito estas líneas para que vengas a verme. Estoy acampado con «Rex». Tengo un revólver. Estamos muy bien. Te abraza

ROBERT.

Los ojos de Mason parecieron dilatarse cuando llegó al final de la carta, y mirando de nuevo a su visitante, preguntó:

—¿Qué hizo después de recoger esta carta?

Robert me informaba que había descubierto el sobre en los sótanos. Estos comunican con el patio, por medio de una escalera. Descendí los peldaños, que me condujeron a un salón de juego, junto al cual había un pasillo… Es allí donde la encontré.

—¿Qué es lo que encontró?

—La imprentilla.

—¿La misma que fue utilizada para imprimir las direcciones en los sobres que contenían recortes de periódicos?

—Sí. Todavía contenía caracteres con mi nombre y dirección de San Francisco, compuestos… Esta imprentilla había servido recientemente, pues la tinta del rodillo todavía estaba fresca…

—¿Cómo advirtió este detalle?

Norda Allison mostró su dedo índice.

—Toqué el rodillo y la tinta manchó la punta de mi dedo. Entonces miré a mi alrededor y, detrás, de la imprentilla, vi una caja llena de sobres, con mi nombre y dirección ya impresos… ¿Comprende, señor Mason? Era Lorraine Jennings quien me enviaba aquellos recortes de periódicos para enfrentarme con Mervin y obligarme a testificar en el sentido que ella deseaba.

—De momento, atendámonos a los hechos, sin sacar conclusiones prematuras —intervino Mason—. Usted ha dicho que

su sueño fue turbado por una detonación… ¿No cree que pudo ser el ruido de un tubo de escape?

—No. Era el ruido de un disparo… Luego, lloró un niño… Una mujer intentaba consolarle… Además, cuando penetré en la tienda, vi por el suelo una cápsula vacía, de las que puede disparar un arma automática…

—¿Qué ha hecho usted de esta cápsula?

—La he recogido… Mírela —contestó la joven, sacando de su bolso una cápsula del calibre 22, que entregó a Mason.

El abogado examinó la cápsula, la olió y después la colocó sobre la mesa:

—¿Ha traído otras cosas?

—Sí, dos de los sobres ya impresos que había en aquella caja… Y llevo precisamente en mi bolso el último sobre que recibí con un recorte… Usted mismo podrá compararlos…

Mason estudió con ayuda de una lupa los tres sobres y concluyó:

—Sí… En efecto, parece que estos tres sobres son idénticos y que han sido impresos en la misma imprentilla… ¿Qué hizo después de descubrir todo esto, miss Allison?

—Sin duda hubiese tenido que buscar a los Jennings y pasarles estas pruebas por la nariz… Pero experimenté una especie de pánico y perdí un poco la cabeza… Subí a mi habitación andando de puntillas, rápidamente hice la maleta y bajé. Llamé a un taxi por teléfono…

—¿No encontró a nadie en la casa?

—Nadie. Creo que todavía estaban durmiendo.

—¿Y qué hizo después de llamar al taxi?

—Me hice llevar al hotel Millbrae. Alquilé una habitación y pedí que me sirvieran el desayuno allí mismo. Al principio pensé regresar a San Francisco, en el primer avión. Pero después, pensándolo bien, tuve el presentimiento que se tramaba algo… que los Jennings iban a pretender que… yo había hecho no sé qué…

—En este caso —le interrumpió Mason—, tanto si su presentimiento está o no justificado, la mejor táctica sigue siendo todavía el ataque. Los Jennings no saben que usted ha descubierto la imprentilla y los sobres, ¿verdad?

—No creo que se hayan dado cuenta. Seguramente estarían durmiendo los dos, o habrían marchado para acompañar a Robert,

pues la casa estaba absolutamente silenciosa. Ayer por la noche me dijeron que durmiera cuanto quisiera, y que me despertarían con el tiempo suficiente de ir a casa de su abogado.

—Bien… Esta imprentilla y estos sobres constituyen pruebas tangibles… Me ha dicho toda la verdad, ¿no es así?

—¡Absolutamente toda la verdad! ¿Qué se propone hacer?

—Avisar a las autoridades de correos y, entretanto, nos ocuparemos de que no se enteren los periodistas… Después, pediremos algunas explicaciones a la señora Jennings.

Los ojos de Norda se llenaron de lágrimas.

—¡Oh, gracias! ¡Muchas gracias, señor Mason! —balbuceó la joven—. ¡Usted es… es… *maravilloso*!

Capítulo 4

Mason detuvo su coche frente a la casa que le indicó Norda Allison.

—Deben haberse levantado —dijo Mason—, pues he visto a alguien que pasaba por detrás de una ventana.

Momentos después, acompañado por Norda y Della Street, el abogado pulsaba el timbre de la puerta. Fue Lorraine Jennings quien abrió la puerta.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Qué le ha pasado, Norda? Creíamos que dormía y no hacíamos ruido… Y luego, cuando he ido a despertarla, he comprobado, no sólo que usted no estaba en casa, sino que su maleta y todas sus cosas habían igualmente desaparecido… ¿Qué le ha ocurrido? Y… ¿quiénes son estas personas?

—Permita que me presente: Perry Mason. Soy abogado y esta señorita es mi secretaria, Della Street.

La señora Jennings permaneció unos segundos boquiabierta, y después llamó por encima de su hombro:

—¡Barton!

—¿Qué hay querida? —respondió una voz varonil.

—Ven… Ven rápidamente… No, deprisa no. Me olvidaba de tu artritis…

La señora Jennings explicó a Norda:

—Barton ha sufrido un ataque de artritismo esta noche… El dolor lo tiene postrado y se ve obligado, al andar, a apoyarse en un bastón… Barton —explicó, cuando se presentó su marido arrastrando una pierna—, Norda ha regresado con Perry Mason, el abogado, y esta señorita es la secretaria de dicho señor, Della Street…

Jennings se mostró maravillosamente sorprendido, saludó a Della, estrechó la mano de Mason y exclamó:

—¡Encantado!… Pero, Lorraine, ¿por qué les retienes aquí? Pasen, por favor… ¿Han desayunado?

—Sí, gracias —contestó Mason—. Es un asunto muy serio lo que me trae a su casa. Represento a la señorita Allison. Esta mañana ha ocurrido algo, muy temprano, que la ha trastornado profundamente. Desearía hablar de ello con ustedes, pero si desean que esté presente su abogado…

—¿Qué ha ocurrido, Norda? —preguntó Lorraine.

—He descubierto algo, Lorraine, que demuestra lo que usted estaba tramando, y…

—Un momento, señorita Allison —intervino Mason—. Permita que sea yo quien se ocupe de este asunto.

—Sabía que Norda estaba un poco preocupada por la idea de ir a ver a nuestro abogado —comentó Lorraine, conduciendo a sus visitantes al living—, pero nunca hubiera pensado que llegara a tal extremo. Si no le gustaba hacer causa común con nosotros, le bastaba simplemente con decírnoslo. En fin, puesto que está usted presente, señor Mason, voy a explicarle lo que me propongo hacer… Siéntense, se lo ruego… Reconozco que le debemos algunas explicaciones, Norda… Como ya le he dicho, Barton ha sufrido dolores esta noche y después de acompañar a Robert y a su perro al lugar de reunión, hemos vuelto a acostarnos hasta muy tarde… Si tenía hambre, no tenía necesidad de salir a la calle. En la cocina…

—No se trata de esto, sino de… El señor Mason se lo explicará.

—Usted sabe —explicó el abogado— que la señorita Allison ha recibido, varias veces recortes de periódicos en sobres cuya dirección estaba escrita mediante una imprentilla de juguete que…

—¡Claro! —interrumpió Lorraine—. Esta es una de las razones que me han impulsado a hacer venir a Norda. Mervin la bombardeaba con estos recortes, pobrecita, y sé muy bien de lo que es capaz este…

—Lorraine, deja hablar al señor Mason, ¿quieres? —intervino Barton Jennings.

—¿Sabía usted, señora Jennings, que la dirección de la señorita Allison estaba escrita en esos sobres mediante una imprentilla de juguete?

—¡Claro que lo sabía! Yo misma le hablé a Norda de la que regalé a Robert. Pero, por lo que luego creí comprender, se efectuó

una investigación y no fue ésta imprentilla la que se utilizó…

—En efecto, no fue ésta —asintió Mason—. Pero esta mañana, habiéndose visto precisada a bajar a los sótanos de su casa, la señorita Allison ha descubierto otra imprentilla, junto a la cual había un determinado número de sobres, con su nombre y dirección ya impresos.

—¿Qué? —exclamó Barton Jennings—. ¿Quiere decir que Norda pretende haber hecho este descubrimiento en *nuestros* sótanos?

Mason lo confirmó con un movimiento de su cabeza.

—Bien, en este caso, vamos a ver inmediatamente esta imprentilla, para intentar descubrir cómo pudo llegar hasta aquí.

—Les advierto —declaró el abogado— que esta imprentilla constituye una prueba. La señorita Allison les va a enseñar dónde se encuentra, pero yo sugiero que nadie toque nada antes de que…

Mason fue interrumpido por la señora Jennings que, levantándose y manifestando por primera vez cierto nerviosismo, se situó delante de la señorita Allison:

—Norda, ¿por qué no ha venido a hablarnos de todo esto, en vez de ir a avisar al señor Mason? ¿Está absolutamente segura de no haber soñado?

—¡Soñado! —exclamó indignada Norda—. ¡He descubierto, junto a la imprentilla, un montón de sobres listos para ser enviados! ¡Ahora ya sé de dónde venían aquellos recortes de periódicos! Usted pretendía…

—¡Un momento, por favor! —cortó Mason—. Creo que la señora Jennings ha comprendido perfectamente la situación. Abstengámonos de todo comentario antes de haber visto esta imprentilla. ¿Quiere conducirnos hasta ella, señorita Allison?

—He bajado por la escalera del patio —dijo Norda—, pero supongo que habrá un camino más corto…

—Sí, por la cocina —indicó Lorraine, mostrando el camino—. ¿Dónde cree haber visto todo esto, Norda?

—En el corredor… Debajo de la gran estantería que está a la izquierda de esta escalera…

—No es necesario que bajemos todos, porque, además, no cabríamos en el corredor —intervino Jennings—. Acompaña al señor Mason, Lorraine… Norda dirigirá tus pasos desde lo alto de la escalera… De todos modos, no puedo ir. ¡Mi rodilla me impide

cualquier ejercicio!

La señora Jennings bajó las escaleras levantándose ligeramente las faldas, y una vez abajo, preguntó:

—¿Y ahora, dónde, Norda?

—Exactamente a la izquierda de una gran caja… Verá en seguida la imprentilla…

—No veo rastro de ninguna imprentilla —replicó la señora Jennings.

—¿Me permite? —intervino Mason, adelantándose para mirar debajo de la estantería.

—¿Detrás de estas cajas verdes, señorita Allison? —preguntó.

—Esperen… Bajaré para enseñárselo. Creo que será lo más fácil.

Norda descendió rápidamente los peldaños, apartó a Lorraine, se inclinó debajo de la estantería y después exclamó estupefacta:

—¡Ya no está aquí!

—Apartaremos estas cajas —sugirió Mason—. ¿Usted decía que había una caja conteniendo unos cuantos sobres impresos?

—Sí, a punto de serme enviados…

Lorraine Jennings ayudaba a Mason a quitar las cajas verdes.

—Todo esto son recetas de cocina, que luego me dedico a pegar en cuadernos… También hay agujas… ¡Oh! Barton, ¿no me habías dicho que pensabas dar todas estas novelas policíacas al hospital?

—Si —contestó su marido desde lo alto de la escalera—, pero todavía no he tenido tiempo para llevármelas. Ponlas en cualquier sitio, para que puedan ver lo que hay en esta estantería.

—¡Es inútil! —exclamó Norda—. La imprentilla y la caja estaban aquí. ¡Han desaparecido!

—¡Han *desaparecido*! —recalcó indignada Lorraine Jennings, mientras Mason examinaba con la mirada, inútilmente, todos los rincones—. Juro que es la primera vez en mi vida que tengo que oír…

—¡Cálmate, querida! —la consoló su marido.

—Norda —dijo la señora Jennings, en tono glacial— le haré el favor de creer que ha sufrido usted una pesadilla. Me rogó que la drogara para dormir y, tal vez…

—¡Que argucia! —estalló Norda—. Usted ha descubierto que bajé hasta aquí y, temiendo que hubiera descubierto la imprentilla, se dio prisa en hacerla desaparecer…

—Creo —intervino calmosamente el señor Jennings— que todos saldríamos ganando si nos abstuviéramos de acusarnos… ¿No le parece, señor Mason?

—Soy de su misma opinión —concedió el abogado, mientras observaba como Della Street, sentada en la mesa de jugar a ping-pong del salón de juegos, tomaba notas taquigráficas en el bloc que siempre llevaba en su bolso—. Subamos de nuevo al living y procuremos discutir con calma, inteligentemente, todo este embrollo…

—Por lo que a mí se refiere, no tengo nada que discutir —dijo Lorraine Jennings—. Invitamos a Norda Allison con la idea de ayudarla. Por lo que puedo juzgar, esta señorita, ha abusado de nuestra hospitalidad y fundándose en una pesadilla nos busca graves complicaciones…

—¡No se trata de una pesadilla! ¡No he soñado los dos sobres que he tomado de la caja y que actualmente se hallan en el despacho del señor Perry Mason! —exclamó indignada Norda.

Estuvo a punto de mencionar, asimismo, la carta de Robert, pero decidió dejar al pequeño al margen de este asunto. Por si acaso, valía más no revelar a los Jennings que Robert había sido el primero en descubrir los sobres.

—Vamos —intervino Mason—, procuremos conservar la sangre fría. Señores Jennings, ¿tienen alguna objeción a que pidamos a la policía que efectúe un registro?

—¡Claro que me opongo! —contestó Lorraine—. Mientras no tengamos una prueba de las palabras de Norda, rehusó toda acción policial.

—Comprendo perfectamente su posición, señora Jennings. Pero como mi cliente me ha entregado dos sobres que dice haber encontrado esta mañana en casa de usted, voy a hacerlos examinar por un técnico para saber si son idénticos a los que miss Allison recibe por correo. Si es así, pasaré el asunto a la dirección de Correos.

—Pero la señorita Allison pudo muy bien enviarse a sí misma estos recortes de periódicos. Y entretanto, por alguna razón que le interesa, ha traído dos de estos sobres hasta aquí…

—Insisto —dijo Barton Jennings interrumpiendo a su esposa— en que, tanto los unos como los otros, deberíamos abstenemos, por

ahora de formular acusaciones. Si le parece bien, señor Mason, por nuestra parte olvidaremos lo que hayan podido decir, en el calor de la discusión, tanto su cliente como mi mujer.

—Estoy de acuerdo —contestó el abogado.

—Y ahora —intervino Lorraine Jennings—, le agradeceré tenga la bondad de abandonar esta casa, señorita Allison. Consideraremos, simplemente como un error de apreciación, el deseo que tuvimos de hacernos amigos suyos.

Mason se volvió hacia su cliente:

—Venga, señorita Allison. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

Capítulo 5

Perry Mason presentó su cliente al inspector Hardley Chester, que escuchó atentamente el relato que le hizo miss Allison. Cuando ella declaró que la imprentilla había sido utilizada recientemente, ya que la tinta todavía estaba húmeda, según pudo comprobar al tocar el rodillo con el dedo, él preguntó cómo se lo había limpiado.

—Me lo limpié inmediatamente con un Kleenex, pues llevo siempre un pequeño paquete en mi bolso.

—¿Y qué hizo, después, con ese Kleenex?

—Supongo que volví a meterlo en mi bolso, porque no recuerdo haber hecho el gesto de tirarlo en el sitio en que me encontraba…

Norda abrió su bolso, buscó unos segundos y sacó, triunfalmente el pañuelo de papel, en el que se veían; con toda claridad, unas manchas negruzcas.

El inspector Chester lo cogió y dijo:

—Voy a preguntar a los señores Jennings si tienen algo que declarar y si me permiten dar una ojeada a los sótanos de su casa.

—¿Me comunicará lo que pueda encontrar? —rogó Mason.

—Haré un informe a mis superiores —contestó el policía, sonriendo.

—Pero, miss Allison está directamente interesada…

—Un motivo para que no la tenga al corriente —subrayó Chester, levantándose para cortar la conversación.

En vista de esto Mason encargó a Paul Drake que vigilara a los Jennings e investigara entre sus vecinos, tratando de recoger habladurías que, en el fondo, siempre tienen algo de verdad. Después, aconsejó a Norda Allison que regresara al *Millbrae Hotel* para esperar el curso de los acontecimientos.

—Si nos enteramos de algo nuevo, la llamaremos inmediatamente por teléfono —le avisó Mason—. Entretanto, si

alguien intenta sonsacarla, o la asedia a preguntas, conteste simplemente que soy su abogado y que me pregunten a mí.

Capítulo 6

Eran las tres y media de la tarde cuando Paul Drake llamó al número particular de Perry Mason, para decirle:

—Perry, estoy en casa de los señores Jonathan Gales, en el 6. 283, Penrace Street, al lado de la casa de los Jennings. Poseen algunos informes interesantes y quisiera que vinieras a reunirte conmigo…

—Vaya, hombre —contestó el abogado irritado—, estoy ocupadísimo. Si esta historia es interesante, hazles firmar una declaración jurada…

—De acuerdo; entonces vienes —interrumpió Drake—. ¿Cuánto tiempo tardarás en llegar?

Después de una pequeña pausa, Mason preguntó:

—¿Es que no puedes hablar libremente?

—Exacto.

—¿No puedes ir a una cabina telefónica?

—No sería oportuno.

—¿Has sabido algo nuevo sobre la imprentilla, o cualquier otra cosa?

—Relacionado con las manchas de sangre.

—¿Las qué…? —exclamó Mason.

—Las manchas de sangre —confirmó Drake—. Comprenderás, Perry, que las autoridades postales, han realizado una investigación y, cuando descubrieron un revólver debajo de la almohada de la cama donde durmió Norda Allison, avisaron a la policía local. Miss Allison ha sido llevada a la oficina central para ser interrogada. Pero, Jonathan Gales sabe algo interesante a propósito de manchas de sangre, y…

—¡Voy en seguida!

—Toma un taxi, para impedir que se produzca una acumulación

de coches delante de la casa. Luego, te acompañaré en mi coche.

Perry Mason y Della Street abandonaron inmediatamente el despacho. Durante el camino, el abogado repitió a su secretaria la conversación que acababa de sostener con Drake.

—He cometido un error al obligarle a decirme por qué consideraba importante que me desplazara. Ahora, los testigos pueden tener miedo de hablar…

—Pero, ¿y esas manchas de sangre?

—¿Recuerdas que Norda Allison recogió una cápsula vacía, cerca de la tienda donde dormía el pequeño Robert? Pues ahora la policía ha descubierto una pistola debajo de la almohada donde durmió Norda… y en alguna parte hay varias manchas de sangre. Pero por el modo que Paul me ha hablado, tengo la impresión que la policía ignora todavía la presencia de estas manchas…

Después de despedir al taxi, Mason echó una ojeada al coche de la policía estacionado delante de la casa de los Jennings, y se dirigió hacia la puerta indicada por Drake.

El propio Drake abrió inmediatamente.

—Entra. Estaba detrás de la puerta, deseando, aunque con pocas esperanzas, que no llegaras hasta que se hubiese marchado el teniente Tragg.

—¿Es Tragg el que está en casa de los Jennings?

Drake asintió con un movimiento de cabeza:

—Permíteme que os presente…

Detrás de Paul Drake, Mason y su secretaria entraron en una sala de estar confortable, cuyo mobiliario sin embargo estaba pasado de moda sin que pudiera calificarse, a pesar de esto, de *anticuado*.

—Te presento al señor y a la señora Gales —dijo Paul Drake, mientras una pareja, de edad, se levantaba para recibir a los recién llegados—. Tienen una historia muy interesante para contaros… por lo menos el señor Gales.

Gales, de silueta esbelta, a pesar de sus canas, tendió una mano huesuda a Mason:

—Estoy encantado de conocerle, señor Mason. He leído montones de artículos sobre usted… Con Martha, hemos seguido la mayoría de sus casos, pero nunca pude sospechar que un día tendría el placer de encontrarle…

—¡Y aquí está la señorita Street! —intervino la señora Gales,

tomando la mano de Della Street entre las suyas—. Es usted todavía más bonita que en las fotos, querida… Siéntense, por favor. Nosotros celebraríamos mucho serles de alguna utilidad… ¿Les apetece una taza de té?

—Señora Gales —interrumpió Drake mirando por la ventana la casa de los Jennings—, corremos el peligro de ser descubiertos de un momento a otro… Por tanto, si quiere hablar del revólver al señor Mason… de Robert y del revólver…

—No hay gran cosa que explicar… Robert es un niño delicioso muy bien educado, pero se pasa la vida manejando revólveres a causa de estos films de *cowboys*, que dan continuamente por la televisión. Cuando se ausentan, los Jennings hacen venir a una *baby-sitter* para que se ocupe de Robert y he observado que cuando la *baby-sitter* está allí, Robert juega con un revólver *de verdad*.

—¿Un revólver de verdad? —preguntó Mason.

—Una pistola automática —precisó Jonathan Gales— que parece ser un *Colt Woodsman* del calibre 22.

—¿Y sólo lo maneja cuando la *baby-sitter* está allí? —inquirió Mason.

—La única vez que he visto que jugara con él —dijo la señora Gales— el niño estaba con la *baby-sitter*…

—¿Saben quién es esa *baby-sitter*? —intervino Drake.

—No… Por otra parte, he visto a dos en casa de los Jennings… pero la actual sólo hace seis semanas que viene a su casa.

—¿Es una mujer anciana o joven? —se informó Mason.

—La que permite que Robert juegue con el revólver es la más anciana de las dos, pero debe tener unos cuarenta y cinco años o más —indicó la señora Gales esbozando una sonrisa.

—¿Usted ha visto al pequeño Robert jugando con este revólver?

La vieja señora afirmó enfáticamente con la cabeza.

—¿Y usted también? —insistió Drake volviéndose hacia Jonathan Gales.

—Sí, en dos o tres ocasiones. La primera vez Martha no quería creerme y me decía que era un juguete de los que se venden para los niños…

—¿No ha tenido nunca esta arma en sus manos?

—No, pero he podido examinarla con la ayuda de los prismáticos que Martha y yo utilizamos para observar a los pájaros.

Y le garantizo que se trata de una auténtica *Colt*.

—¿Y sólo ha visto jugar a Robert con esta arma cuando esa *baby-sitter* cuarentona está a su lado?

Los dos esposos respondieron afirmativamente y a un mismo tiempo.

—¿Y las manchas de sangre?

—Se trata de algo que no alcanzo a comprender —explicó Gales —. Esta mañana, Barton Jennings se ha levantado antes del alba para ir no sé dónde. Después, más tarde, le he visto con una manguera en la mano, ocupado en limpiar la calzada de asfalto en lugar de regar las plantas… ¡A las cinco y media de la mañana!

—Efectivamente, era muy temprano.

—Sobre todo si tenemos en cuenta que los Jennings tienen la costumbre de levantarse tarde… El sábado o el domingo frecuentemente se están en la cama hasta las diez, dejando a su hijo que se arregle solo…

—Compréndanos, señor Mason, no es que seamos unos curiosos y vigilemos continuamente lo que hacen nuestros vecinos… Pero a Jonathan y a mí nos gusta observar los pájaros que anidan en el seto que separa nuestro jardín del de los Jennings…

—Usted ha tenido la impresión, señor Gales —intervino Mason —, que Jennings sólo simulaba regar su jardín, ¿verdad?

—Estoy seguro de ello. Tenía el chorro completamente dirigido sobre la calzada… Además, el chorro era demasiado fuerte para la hierba… Y, en dos o tres sitios, ha acercado la manguera a algunos centímetros solamente del pavimento, como si quisiera hacer desaparecer cualquier cosa…

—¿Sí?

—Sin duda no me habría fijado en estos detalles, si no hubiese sido por el periódico que… Lo comprenderá si le digo que el chico que me lo trae tiene la costumbre de lanzarlo por debajo de la verja, pero a veces lo tira mal y el periódico resbala por los peldaños hasta el vertedero. Esta mañana ha ocurrido de este modo y se ha mojado en el agua que fluía… Véalo usted mismo, señor Mason…

Entregó el periódico a Mason y este pudo comprobar que, en el punto donde se había mojado, el papel tenía una mancha rojiza.

—¿Y usted cree que esta mancha ha sido producida por sangre contenida en el agua?

—Sí, y verá en qué me fundo… Cuando salí a recoger el periódico, Jennings acababa de lavar la calzada. Le he dicho: «¡Buenos días! Parece que va hacer buen tiempo», en fin, las cosas que se dicen a un vecino. Pero él ha tenido como un sobresalto al verme allí y me ha preguntado: «¿Busca algo?». He contestado que iba a recoger mi periódico y cuando me he agachado para retirarlo del vertedero, Jennings me ha dicho: «¡Oh! ¡Espero que no lo habré mojado! Estaba regando el césped…». Le he informado de que sólo tenía una esquina mojada y que estaría muy pronto seco, después de lo cual he añadido: «Parece que ha madrugado mucho hoy». Entonces, me ha explicado que había tenido que acompañar a Robert y a su perro, a una reunión de jóvenes que iban de camping bajo la dirección de unos monitores. Mientras hablaba, me he dado cuenta de que su mirada no se apartaba de mi periódico. He bajado disimuladamente la vista y he distinguido ese color rojizo en el punto donde el papel se había mojado. No he dicho nada y he entrado en casa con mi periódico, que he puesto inmediatamente a secar, pero me ha quedado la sensación de que esta mancha contenía un secreto. Después, hacia las diez o las once, he advertido un gran movimiento de entradas y salidas en casa de los Jennings. Entonces he recordado el extraño modo de regar la hierba y su reacción al verme… como un muchacho sorprendido cuando hace una travesura… He salido para echar una ojeada al vertedero y, en el lado de la acera, exactamente en el lugar donde recogí mi periódico, he visto una mancha roja que todavía no había sido lavada. Estoy convencido de que se trataba de sangre… y en el borde de la calzada había otras dos manchas… Como si alguien que sangrara, se hubiera parado allí… El tiempo de abrir una portezuela y de subir a un vehículo, por ejemplo, es lo que quiero decir, ¿entiende?

—Sí, sí, perfectamente.

—Esto ha sido más fuerte que yo, y entonces he dicho a mi esposa: «Martha, supongo que deben retirar los cartuchos antes de dejar jugar al pequeño Robert con este *Colt*… Pero imagínate que se hayan olvidado alguno y que el chico haya disparado sobre alguien».

—¿Qué le hace creer que Robert pudo hacer esto? —preguntó Mason.

Gales dudó un momento, y después sacudió lentamente la cabeza.

—Nada… exactamente…

—Vamos, Jonathan —intervino su esposa—, ¿por qué no repites lo que me has dicho?

—Porque no puedo probar nada y sería exponerme mucho…

—¿De qué se trata? —inquirió Drake.

—No se trata más que de una idea propia pero sí en efecto, Robert iba de camping con otros muchachos, encuentro sorprendente que la reunión estuviera señalada a las cuatro de la madrugada. Y, además, creo haber oído un disparo durante la noche.

Mason y Drake cambiaron una mirada.

—¿Se han llevado a Robert a las cuatro de la madrugada? —preguntó el abogado.

—Sí, alrededor de esta hora… Todavía era negra noche. Les oí hablar.

—¿Y fue más tarde, después de la marcha de Robert, pues, que ha visto a Jennings regando el pavimento asfaltado de su jardín?

—Sí.

—Creo que esta mañana ha sufrido un ataque de artritismo.

—En efecto, no abandonaba ni un momento su bastón…

—¡Oh! —exclamó Drake, que miraba por la ventana. Aquí viene el teniente Tragg.

—Bien, hábleme de la *baby-sitter* —dijo Mason a Jonathan Gales —. ¿Tiene coche propio?

—Sí, un viejo vehículo, pero no sabría decirle de qué marca.

—Ella tiene unos cuarenta y cinco años… ¿Parece una mujer fuerte?

—En efecto, parece serlo, sí, señor… pero no es nada gruesa. Ella…

El timbre de la puerta sonó y la señora Gales se levantó, mientras decía:

—Voy a ver quién es.

—¿No ha pensado nunca que esta mujer podría ser familiar de los Jennings? —prosiguió animadamente Mason, su diálogo con el señor Gales.

—No. Más bien me inclino a creer que la han conocido por

medio de una agencia. Creo recordar…

—Buenos días, señora —dijo una voz masculina en el vestíbulo —. Soy el teniente Tragg, de la brigada criminal. Efectúo un registro y quisiera formularle algunas preguntas. ¿Me permite entrar?

Sin esperar la respuesta, Tragg penetró en la casa y no pudo disimular su sorpresa al ver a Perry Mason, en compañía de Drake y de Della Street.

—¡Diablos! —exclamó—. ¿Qué hacen todos ustedes aquí?

—¿Y qué es lo que le trae a usted? —dijo Mason.

Tragg dudó, después dijo:

—De todos modos, es igual, porque podrán leer en todos los periódicos que ha sido encontrado el cadáver de Mervin Selkirk, en el interior de su coche, que estaba aparcado en el *San Sebastian Country Club*. Se ha descubierto este crimen al mediodía, pero el asesinato había sido efectuado horas antes. Ha muerto a causa de una fuerte hemorragia provocada por una herida en el pecho. Las portezuelas y todas las ventanillas estaban cerradas. La bala era del calibre 22, y probablemente fue disparada por una *Colt* automática.

Viendo la expresión horrorizada de los esposos Gales, Tragg preguntó:

—¿Conocían ustedes a Mervin Selkirk?

Ambos negaron con la cabeza al mismo tiempo.

—¿Ha sucedido algo raro, esta noche, en la casa de al lado? —insistió el policía—. El pequeño Robert era hijo de Mervin Selkirk, ¿lo sabían?…

Martha Gales se quedó muda y su marido acertó a balbucear:

—No… nada anormal, excepto las manchas de sangre.

Esta respuesta causó al teniente el mismo efecto que una descarga eléctrica:

—¿Manchas de sangre? ¿Dónde?

—Junto a la acera, a lo largo del jardín de los Jennings. Precisamente estaba hablando de ello con el señor Mason, cuando…

—¡Un momento, se lo ruego, señor Gales! —le interrumpió enérgicamente Tragg, que añadió dirigiéndose al abogado—: Mason, creo que me ha ganado en rapidez. Pero, ya que ahora estoy aquí, usted está de más… Además —añadió con una sonrisa en la comisura de sus labios—, como le conozco muy bien, estoy convencido que a estas horas ya debe haber recogido todos los

detalles que deseaba.

Mason estrechó las manos a los esposos Gales.

—Muy agradecido por su ayuda —les dijo—. No teman al teniente Tragg: ladra y mete mucho ruido, pero no muerde.

—¡Márchese de mi vista! —vociferó el policía.

Cuando se encontró en la calle con el abogado y su secretaria, Paul Drake se ofreció a acompañarles, pero Mason le indicó:

—Nos acompañarás simplemente hasta la primera parada de taxis. Después irás al *San Sebastian Country Club* para ver qué puedes averiguar. También quisiera que encontraras al pequeño Selkirk, porque me gustaría interrogarle. Para ganar tiempo, telefonea en seguida a tu despacho, para que se ocupen de descubrir quién es la *baby-sitter* de los Jennings.

—Dicho de otro modo. ¡Tengo que seguir la pista! —suspiró cómicamente el detective.

Capítulo 7

Cuando Mason y Della Street volvieron al edificio donde se hallaba el despacho del abogado, el chico del ascensor les avisó:

—Hay un señor que les espera. Hace una media hora que ha preguntado por ustedes, y le he contestado que el sábado, en todo el edificio, sólo estaban abiertas las oficinas de la agencia Drake. Entonces, me ha dicho que precisamente a quien quería ver primero era a Drake.

—¡Hum! —murmuró Mason—. Vamos a sacárnoslo de encima cuanto antes.

Cuando el ascensor les dejó en su piso, Mason y Della Street vieron a un hombre que esperaba junto a la puerta de la agencia Drake y que se dirigió inmediatamente hacia ellos.

—Usted es el señor Mason, ¿no es así?

El abogado le dirigió una mirada poco amistosa.

—Sí, yo soy el señor Mason, pero hoy es sábado y mi secretaria acaba de sacrificar en honor mío una parte de su fin de semana, para ayudarme a despachar un trabajo urgente. Por tanto, tiene que comprender que hoy no recibo a ningún cliente.

Aquel hombre, que parecía tener alguna dificultad en el hablar, declaró:

—Señor Mason, se trata de un asunto verdaderamente importante… Es algo relacionado con Norda Allison.

—Entonces —dijo Mason— voy a recibirle, pero le ruego que sea breve.

Cuando los tres se hallaron en el despacho de Mason, el visitante se presentó:

—Me llamo Nathan Benedict, y conozco a la señorita Allison desde hace algún tiempo… Estaba al corriente de su compromiso con Mervin Selkirk… el mismo que me partió la barbilla…

—¡Ah, sí! Estoy enterado… ¿Qué le trae por aquí, señor Benedict?

El joven quiso decir algo, pero por un momento pareció incapaz de articular una palabra. Cuando lo consiguió, explicó:

—Le ruego que me perdone, señor Mason, pero mi barbilla me causa todavía ciertas dificultades… Son los músculos más que el hueso propiamente dicho…

Mason asintió con la cabeza y Benedict prosiguió:

—He venido para defender a Norda Allison. Siento un gran afecto por ella y este Selkirk es un hombre peligroso… Tengo motivos para atestiguarlo.

Relató nuevamente el incidente que Norda Allison explicó a Mason y que le valió su herida en la barbilla.

—¿Ignora quién era el amigo de Selkirk, que supone se llevó la pistola de bolsillo?

Benedict negó con la cabeza.

—Bueno… Della, toma nota… Que Paul recoja todos los detalles referentes a este altercado. Me hace falta el nombre de los amigos de Selkirk, porque quisiera interrogarles antes de que lo hiciera la policía… Continúe, Benedict.

—Esto es todo… Sé que Norda está aquí para ver a Lorraine Jennings, que fue la primera esposa de Selkirk. Y supongo que los Jennings la habrán llamado para que les ayude a conseguir que Robert les sea enteramente confiado. Si Norda se mezcla en este asunto, *presiento* que correrá peligro…

—¿Y a qué se debe que usted haya venido a verme?

—He telefoneado a casa de los Jennings. Fue él quien me contestó. Le dije que quería hablar con Norda que se trataba de algo muy importante y me contestó en un tono muy glacial que Norda ya no se encontraba en su casa y que si quería encontrarla, tenía que ponerme en contacto con usted. Después de estas palabras ha colgado el aparato.

—¿Cuándo llegó usted a Los Angeles?

—Ayer por la noche, a las diez y media. Acompañé a Norda hasta el aeropuerto y tomé el avión siguiente.

—Y, al llegar aquí, ¿qué ha hecho usted?

—Tomé un taxi.

—¿Y después?

Benedict se aclaró la garganta:

—Fui directamente a espiar la casa de los Jennings.

Mason miró a Della Street, cuyo lápiz recorría febrilmente el bloc de notas.

—¿Observó algo que le llamara la atención?

—Un coche de la policía se detuvo allí, y sus ocupantes sin duda me vieron fácilmente, porque cometí la tontería de encender un pitillo. Una hora después, volvieron y esta vez me preguntaron qué estaba haciendo allí. Después de pedirme la documentación, me rogaron que me fuera a la cama. Terriblemente humillado, he pasado la noche en un hotel. A las ocho y media, llamé a casa de los Jennings y me contestaron que Norda todavía estaba durmiendo. Les di mi número, pidiéndoles que le dieran el recado.

—¿Y después?

—Después, he esperado, esperado… Una hora más tarde, como no daba señales de vida he pensado que tal vez estaría furiosa conmigo por haber venido… Entonces he llamado otra vez y Jennings me ha enviado a verle a usted.

—Ya veo… —comentó Mason, en tono pensativo—. ¿Y cómo ha pensado proteger a miss Allison?

—No tengo ningún plan todavía, pero quisiera ayudarla.

—Usted no es demasiado fuerte y, en un anterior conflicto con Mervin Selkirk, ya se llevó la peor parte. Entonces, ¿cómo piensa defender a la señorita Allison? —insistió Mason.

—Voy a hablarle con franqueza. En mi profesión, a menudo tengo necesidad de transportar grandes cantidades. Por dicha razón, tengo permiso para llevar arma, y…

—Enséñeme el arma, por favor.

Después de unos segundos de titubeo, Benedict metió la mano en el interior de su americana, y sacó el revólver, que llevaba en una funda en el sobaco. Lo depositó sobre la mesa.

—Un *Colt* ligero, calibre 38 —dijo el abogado, examinando el arma, cuyo cilindro se hallaba completamente cargado, mientras olía el cañón—. No ha sido utilizado recientemente… o bien ha sido cuidadosamente limpiado después de emplearse.

—¿Puedo preguntarle a qué obedece esta inspección, señor Mason?

—Señor Benedict, ha de saber que Mervin Selkirk ha sido

muerto por una bala de revólver, esta misma noche. Ha fallecido en su automóvil, aparcado frente al «San Sebastian Country Club».

—¿Mervin Selkirk, muerto? —preguntó el joven.

—Asesinado —precisó Mason y añadió—: Muéstreme, por favor su licencia de armas.

Como hipnotizado, Benedict obedeció. Mason examinó la licencia y después repasó el número del revólver.

—Todo conforme —concluyó—. Si quiere hacerme caso, señor Benedict, tome el primer avión que parta para San Francisco y olvide que ha estado aquí.

—Pero, Norda, ¿dónde está?

—Por lo que sé hasta ahora, se encuentra en la Jefatura central de policía, o sea en la oficina del fiscal del Distrito. Probablemente, sólo está allí para ser interrogada, pero también es posible que sea acusada de asesinato.

—¡Norda una asesina! —exclamó Benedict.

—Sí.

—Pero es que no alcanzo a comprenderlo… ¡Es totalmente imposible!

—¿Qué es imposible?

—Que Norda haya matado a Selkirk.

—Yo no he dicho que lo haya matado, sino, simplemente, que podría ser acusada de haberlo cometido…

—Entonces, señor Mason, es preciso que no me vaya. Debo quedarme para ver si puedo hacer algo. No soy más que un empleado, señor Mason, pero he realizado algunas operaciones afortunadas y además soy ahorrador… Dicho de otro modo: he reunido alrededor de cuarenta mil dólares y estoy dispuesto a apoyar financieramente a Norda, si es necesario.

—Sabremos dentro de poco cómo termina este asunto —observó Mason—. Pero de todos modos, usted también podría ayudarla económicamente desde San Francisco.

—No —repuso obstinado Benedict—. Quiero quedarme en Los Angeles.

—Si hace tal cosa, no sólo corre el riesgo de que la policía se interese por usted, sino que hasta es posible que le convierta en un sospechoso. En efecto, mi deber no consiste en ayudar a la policía a resolver sus asuntos criminales, sino en defender a mis clientes. Y,

en el momento actual, usted es el sospechoso ideal, para que los investigadores lo prefieran a mi cliente.

Benedict permaneció pensativo unos segundos. Después, su rostro se iluminó.

—Sí, señor Mason, ¡es exactamente esto! Si alguien acusa a Norda, empléeme para librarla de los interrogatorios… De este modo, por lo menos podré ser útil a Norda… Y además podré verla.

—No la podrá ver durante algún tiempo, si la acusan de asesinato.

—Pero usted, su abogado, ¿cree en esta posibilidad?

—Desde luego.

—Entonces, hágame el favor de decirle que estoy aquí, dispuesto a aportar los fondos necesarios para la defensa…

—Si usted continúa aquí y sigue llevando encima ese revólver, no tendré necesidad de decirle nada. No tendrá más que hojear cualquier periódico, para enterarse de que el rival de Mervin Selkirk, con el que había tenido una violenta disputa, ha sido interrogado por la policía, cuyos agentes han descubierto que llevaba un arma que podría muy bien ser la del crimen.

—Si la policía —replicó Benedict, con dignidad— demuestra la misma eficacia, en este asunto, que cuando intentó encontrar la pistola de bolsillo que utilizó Selkirk para partirme la barbilla, no habrá un solo agente capaz de descubrir que estoy aquí.

—Entre un altercado en un bar y un caso de asesinato, la diferencia es bastante grande… ¿Posee por casualidad otra arma, una automática de calibre 22, por ejemplo?

—Sí, pero solamente la llevo cuando voy a pescar, para librarme de las serpientes o matar alimañas…

—¿Dónde se encuentra actualmente ese revólver?

—En mi departamento, en San Francisco.

—¿Está usted seguro?

Benedict dudó un momento, y después dijo:

—No… No podría asegurarlo… Ayer al mediodía, mi intención era precisamente llevármelo pero en el cajón donde suelo guardar mis armas sólo encontré el 38… De todos modos, no lo busqué, y ya sabe usted el desorden que puede haber en un piso de soltero… Ahora que pienso en ello, es muy posible que dicha pistola se hubiera quedado en mi saco de dormir, desde mi última partida de

pesca, hace dos meses… Señor Mason, quisiera que me detallara mejor la situación de Norda. Ella…

El joven fue interrumpido por una serie de fuertes golpes que hacían temblar la puerta que comunicaba directamente el despacho del abogado con el pasillo.

—¿Quién es? —preguntó Mason.

—Soy el teniente Tragg… Abra, Mason. Estamos buscando a Nathan Benedict, y suponemos que se hallará en su despacho…

Mason abrió la puerta:

—Buenos días, Tragg… Aquí está efectivamente, el señor Benedict.

—Buenos días, señor Benedict —saludó Tragg—. ¿Hace mucho tiempo que se encuentra aquí?

—¿Quiere decir en este despacho?

—No, en Los Angeles.

—Llegué ayer por la noche, en avión, alrededor de las diez y media.

—¿A dónde fue, inmediatamente?

—Tomé un taxi y me situé delante de la casa de Barton Jennings. Quería ver a Norda Allison, pero me figuré que ya estaría en cama. Entonces, permanecí allí un momento, y luego me fui a un Motel.

—¿Qué Motel?

—El «Bon Repos».

—¿Y después?

—Esta mañana he intentado localizar a Norda, y di mi número de teléfono a Jennings, para que pudiera llamarme.

Tragg frunció ligeramente el ceño, y Mason intervino:

—Para su gobierno, teniente, ya que no represento al señor Benedict y que él no me ha confiado nada bajo secreto, puedo indicarle que este señor ha venido aquí para proteger a Norda Allison de Mervin Selkirk. Sabiendo que este último era más fuerte que él, se ha armado de una Colt 38, para cuya arma posee una licencia que me ha parecido que estaba en orden.

Tragg pidió que le enseñaran el arma, la abrió, la olió y, finalmente, la hizo desaparecer en su bolsillo.

—Muy bien, Benedict… Usted y yo vamos a tener una pequeña conversación… Pero, ya que el señor Mason no es su abogado y

como tiene mucho trabajo, comenzaremos por irnos de aquí…

—¡Pero no tengo por qué seguirle! —protestó Benedict.

—Le aconsejo por su interés que no intente emplear este juego conmigo, Benedict… ¡Vamos!

Esta vez el joven obedeció y, con la mano en el pomo de la puerta, Tragg se volvió hacia Mason.

—Ya suponía que Benedict no ofrecería resistencia, pero lo que no podía esperar es que usted nos lo pusiera en las manos.

El abogado suspiró.

—Procuro ayudar a la policía y esta es la gratitud que me muestran.

Tragg le miró pensativamente.

—Este joven representa quizá una comedia preparada por usted, con el único objeto de alejar las sospechas que pesan sobre su amiga.

—Puede usted preguntarle si no posee también un Colt automático de calibre 22 —replicó Mason agriamente.

—Lo haremos, no tema usted —aseguró el policía—, pero no creeremos fácilmente todo lo que nos diga.

Cuando la puerta se cerró detrás de Tragg y Benedict, Mason cambió una mirada con su secretaria, y después dijo:

—Querida, no me siento de humor para ocuparme de la correspondencia. Te invito a tomar un cocktail y después a comer.

—Es un modo de ocupar el tiempo que me encanta y encuentro muy adecuado para un sábado por la tarde —respondió Della Street guardando su bloc.

Capítulo 8

Dejando de comer, Della Street dijo:

—¡Oh! Aquí viene Fred, el dueño, hacia nosotros, con aire preocupado…

Momentos después, el dueño del restaurante se inclinaba hacia el abogado:

—Señor Mason, no ignoro lo que detesta ser molestado cuando se encuentra aquí, y me resulta odioso tener que hacerlo…

—Entonces, no lo haga —cortó secamente, Mason.

—¡No es tan fácil, por desgracia, señor Mason! El señor Selkirk, Horace Livermore Selkirk, el banquero, me ha rogado que hiciera de intermediario para pedirle una entrevista… Sentiría en el alma perderle como cliente, se lo digo de corazón, pero, por otra parte me es imposible desatender un ruego del señor Horace Selkirk…

Después de una corta duda, Mason declaró:

—Ya veo el dilema con qué se enfrenta, Fred… Bien, dígale al señor Selkirk, que haré una excepción en su favor; pero que no creo le resulte muy provechosa.

—Muchas gracias, señor Mason… Lo esencial, para mí, es que usted acepte verle… Compréndame… ¡Cuando un banco le ha concedido a uno un préstamo de veinticinco mil dólares, no es recomendable desairar al presidente director general de este Banco!

El dueño del restaurante se alejó y, minutos después, regresó con el banquero para hacer las presentaciones, retirándose inmediatamente, con respeto.

Horace Selkirk tenía una masa de cabellos grises, un gris acerado, espesas cejas blancas y una boca indicadora de que tenía por costumbre ver cómo accedían siempre a sus deseos.

—Supongo que desea hacerme alguna consulta referente a un asunto de importancia —atacó Mason.

—Sí. Mi tiempo es también extremadamente precioso, señor Mason, y puede estar seguro de que no lo emplearé en hacerle perder el suyo.

—¿Cómo supo que me encontraba aquí? —preguntó Mason.

—Al igual que usted, señor Mason, tengo mis propias fuentes de información. Es de importancia vital para los negocios. Empleo la mejor agencia de detectives privados.

—¿Debo entender con esto que me han seguido toda la mañana, con el único objeto de que usted pudiera encontrarme inmediatamente, en el momento que lo deseara?

—Tanto como toda la mañana, no.

—Bueno —cortó Mason—, ¿qué quiere usted? ¿Por qué se ha tomado tantas molestias?

—Porque usted representa a Norda Allison —respondió Selkirk —. Ella va a ser acusada de la muerte de mi hijo y le aseguro, señor Mason, que no retrocederé ante nada para vengar la muerte de Mervin.

—¿Usted ha venido a verme aquí, para decirme sólo esto?

—He venido para advertirle. Conozco su reputación. Sé a qué acrobacias jurídicas se entrega usted para salvar a sus clientes. Pero hasta ahora, usted no había tenido que enfrentarse con un adversario quizá tan inteligente, tan astuto y, por decirlo así, tan desprovisto de escrúpulos como usted mismo.

—Usted me perdonará, señor Selkirk —dijo Mason— pero he tenido un día de intenso trabajo. Ahora deseo descansar, saborear en paz mi comida, y no tenerle en mi mesa profiriendo amenazas.

—Querido señor, yo domino la situación. Poseo una hipoteca sobre este restaurante y no habrá nadie capaz de echarme a la calle.

—¿Usted cree?

—Se lo aseguro.

—Pues se equivoca, señor, porque yo mismo le echaré.

Selkirk se inclinó hacia el abogado.

—No necesitaré más de un año, señor Mason, para conseguir su ruina en esta ciudad.

—A mí no me harán falta más de cuarenta y cinco segundos para llevarle lejos de aquí, si usted no se va inmediatamente —declaró Mason, apartando su silla.

—Cálmese, Mason —dijo el banquero, tendiéndole la mano—.

Usted sabe tan bien como yo lo mala consejera que puede ser la cólera. Sólo he querido hacerle comprender que gozo de un cierto poder en esta ciudad, lo que hace que sea un desagradable adversario más que un buen amigo.

—¿Quiere usted comprarme? —preguntó fríamente el abogado.

—No sea usted ridículo. Sé perfectamente que usted no necesita mi apoyo… por ahora. Pero no puede rehusarlo si hace referencia a su cliente. Y este apoyo, estoy dispuesto a ofrecérselo.

—¿Bajo qué condiciones?

—Mi hijo era un Selkirk. Por este solo título se beneficiaba de toda la protección que le podía asegurar la familia. Aparte de esto, lo que hacía mi hijo, no era siempre de mi agrado como por ejemplo, su actitud respecto a Norda Allison, de la cual se había enamorado mientras ella prefería a otro hombre… Pero mi entrevista con usted está motivada, ante todo, por mi nieto, Robert Selkirk.

El rostro de Mason, que hasta entonces había permanecido hostil, expresó un súbito interés.

—¿Sí?

—La madre de Robert y Barton Jennings, han explicado a la policía que el niño marchó a reunirse con unos amigos suyos, para acampar durante tres días. Marchó en compañía de su perro, y ellos le condujeron muy temprano al lugar fijado para la reunión. Esto es una pura invención, señor Mason. La reunión de los jóvenes acampadores estaba prevista a las diez y media de la mañana. Cuando se han marchado a las once y veintidós, Robert no iba con ellos.

—¿Dónde se encuentra, pues?

—Sin ninguna duda ha sido llevado a alguna parte y lo guardan escondido.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Me doy cuenta de que este *por qué* le interesa… Efectivamente, la detención de su cliente puede resultar de este *por qué*. Vea usted, señor Mason, habiendo muerto mi hijo, Lorraine Jennings es la única persona que puede reclamar legalmente el cuidado y educación del pequeño Robert. Pero yo no quiero dejarle educar a mi nietecito, por el que experimento un gran cariño. Deseo, pues, que sea confiado a mi tutela. Y es, en este aspecto, que

usted puede serme útil.

—¿De qué modo?

—Demostrando que Lorraine Jennings es culpable del asesinato de mi hijo —contestó Horace Selkirk, retirando la silla—. De ese modo, usted conseguirá la libertad de su cliente, al mismo tiempo que me permitiría alcanzar mi objetivo. Para lograrlo, puede usted pedirme cuanto necesite. Entretanto me propongo actuar por mi cuenta, en ese sentido. Gracias, señor Mason, y buenas noches.

Se inclinó y se fue, sin estrecharle la mano.

—¡Muy bien! —exclamó Della Street—. ¡Un hombre así me produce escalofríos en la espalda!

—Efectivamente, es un hombre que puede ser muy, *muy* peligroso —comentó Mason, siguiendo con la mirada durante un instante al banquero.

—¡De momento, ya ha conseguido estropear una excelente comida!

—E igualmente podría estropear el asunto actual.

—O salvarlo —subrayó Della Street.

—O salvarlo —reconoció Mason, sin el menor entusiasmo—. Cuando un hombre como él, se mete en la cabeza conseguir algo, sólo Dios sabe lo que puede pasar.

Capítulo 9

—Bien —estaba diciendo Paul Drake, por teléfono, cuando, aquella misma noche, Della Street y Perry Mason entraron en su despacho—. Instalaros cómodamente… y llamadme cuando necesitéis algo.

El detective depositó el *cocktail* sobre la mesa, mordió un sandwich que tenía en su mano izquierda, y, con la boca llena, dijo:

—Sentaros… y, sobre todo, no me expliquéis la comida que habéis hecho. Intento convencerme de que todo el mundo vive, como yo, exclusivamente de bocadillos.

Momentos después, el teléfono sonó de nuevo. Sin vacilar, Drake cogió uno de los cuatro aparatos que tenía ante su vista:

—Sí, Drake… *Okay*, le escucho.

Se oyó una voz nasal en el aparato, y después Drake preguntó:

—¿Cómo lo saben?

Escuchó todavía un momento, antes de contestar.

—Perfecto. Permanezca en los alrededores de la Oficina central y mantenga contacto con los periodistas que esperan las informaciones de última hora.

Cuando cortó la comunicación Drake mordió por última vez su bocadillo y después lo echó a la papelera, declarando:

—La idea que me hago de vuestra cena me quita todo el apetito… Bueno, ya tenemos el nombre de la *baby-sitter*, Perry…

—¿Quién es?

—Una profesional que se llama Hannah Bass, y que trabaja por medio de la agencia «Día y Noche». Ella…

De nuevo sonó el teléfono.

—Sí, yo soy… ¿Qué?… ¿Está seguro? *Okay*. Téngame al corriente.

Mientras colocaba el auricular en su sitio, el detective dijo a

Mason:

—¡Buen truco! Alguien ha limado el revólver que descubrieron debajo de la almohada de tu cliente.

—¿Qué quieres decir, limado? —preguntó Mason.

—Han pasado una pequeña lima por el cañón, hasta que ha quedado lleno de rasguños. De ese modo, ahora es inútil servirse de él como prueba.

—Entonces, ¿cómo se atreven a decir que se trata del arma del crimen? —preguntó Mason.

Drake sonrió.

—Exacto, no pueden. Pero imagínate en qué estado debe de hallarse actualmente Hamilton Burger, el fiscal del Distrito.

Mason estaba pensativo.

—Si ese revólver fue descubierto bajo la almohada de la cama donde durmió Norda Allison, es que alguien lo puso allí para comprometerla. Ella marchó muy temprano aquella mañana para dirigirse a un hotel. ¿Crees que se hubiera olvidado de una cosa tan importante como ese revólver debajo de su almohada?

—Pregunta esto a los jueces —contestó Drake—. Un detective mal alimentado no puede responderte.

—¿Cuáles son los antecedentes de ese revólver?

—Lo compró Barton Jennings, que no posee licencia para tener armas.

—¿Cómo explica él que lo hayan encontrado debajo de la almohada de Norda Allison?

—No lo explica de ningún modo, porque no tiene que hacerlo.

—¿Cómo? Ese revólver le pertenece. Por lo tanto, debería hallarse en su poder. ¿Dónde lo guardaba?

—En un cajón de la cómoda que hay en la habitación en que Norda Allison pasó la noche.

—¡Qué casualidad! ¿Nada más, Paul?

—Sí. Gracias a un periodista he sabido el nombre de las personas que estaban con Mervin Selkirk, durante el altercado de San Francisco.

—¿Cómo se llama el individuo que huyó llevándose la pistola de bolsillo?

—Arturas Francisco Fallon, pero corrientemente lo llaman Nick Fallon. Selkirk sabía que poseía una pistola de bolsillo, y le pidió

que se la prestara. Cuando entró en el restaurante la llevaba en su bolsillo. Estiró la pierna cuando llegó Benedict. Benedict tropezó y estuvo a punto de caer, pero como que se irguió en seguida y manifestó cierta indignación, Selkirk le golpeó en la barbilla y devolvió en el acto la pistola de bolsillo a Fallon, que se marchó sin perder tiempo. Todo esto ha podido ser establecido con toda claridad.

Mason asimiló esta información, y después, volviéndose a su secretaria le dijo:

—*Okay*, Della. ¡Vámonos!

—¿A bailar? —preguntó la joven.

Mason sacudió la cabeza.

—Me gustaría… ¿Qué han hecho de Norda Allison?, Paul…

—Está encerrada provisionalmente.

—¿Sabes algo sobre Robert Selkirk, el hijo de Mervin?

—Todavía no. Al parecer ha ido de camping con su perro, bajo los auspicios de un grupo de scouts…

—Tengo motivos para pensar que no está en semejante compañía.

—De todos modos, he enviado a un individuo para que haga averiguaciones. Me telefoneará para comunicarme si Robert está o no.

—¿Cuándo piensas tener esas noticias?

—¡Oh! Dentro de una hora, más o menos.

—Perfectamente, ya te llamaré. Vamos, Della.

Cuando se encontraron en el ascensor, Mason preguntó a su secretaria:

—¿Te gustaría pasar por mi esposa?

Ella le dirigió una mirada desprovista de toda expresión:

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó con una voz impersonal.

—Una o dos horas.

—¿Para qué?

—Vamos a simular que tenemos un niño.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí. Después telefonearemos para que nos faciliten una *baby-sitter*. ¿Conoces a alguien en tu casa que pueda cooperar con nosotros?

Della Street reflexionó un momento.

—Tal vez la señora que vive en el piso debajo del mío y que está casada con un viajante de comercio… Pero el pequeño estará durmiendo…

—Mejor —indicó Mason—. Vamos a ver si podemos resolverlo directamente con ella.

Cuando estuvieron en casa de Della Street, la joven desapareció y minutos después volvió con la citada vecina que aparentaba una edad muy similar a la suya, e hizo las oportunas presentaciones.

—La señora Colton, el señor Mason. Ya le he preguntado si podíamos disponer unos momentos de su bebé, y… bueno ella ha querido ante todo hablarte.

—Nosotros quisiéramos hacer venir una *baby-sitter* —explicó Mason—, y necesitamos un bebé. Usted podría quedarse con nosotros…

—¡Oh! No creo que sea necesario —contestó la señora Colton sonriendo—. Sólo quería enterarme bien de la situación, porque es una petición poco común. Me comprende, ¿verdad? ¿Quiere usted ayudarme a trasladar la cuna? De ese modo, mi hija no se despertará… Por lo menos, así lo espero.

Cuando la cuna estuvo instalada en la habitación de Della Street, Mason buscó en el listín la dirección de la agencia «Día y Noche» y la anotó en seguida en su agenda de bolsillo.

—Si se despierta, no dude en llamarme —dijo la señora Colton —. Ella ya la conoce, Della, pero de todos modos me gustaría estar presente…

—No esperamos tener al bebé mucho tiempo —subrayó Della Street— y lo mejor, Alice sería que usted se quedara aquí.

—Si esto no ha de molestarles…

—De ningún modo. Procure únicamente adoptar el aire de una amiga, y no el de su madre. Para las necesidades del caso, la madre seré yo.

Mason aprobó con un leve movimiento de cabeza y después llamó a la agencia «Día y Noche».

—Oiga —dijo cuando se estableció la comunicación—, necesitaríamos una *baby-sitter*, con urgencia y tal vez será necesario que tenga que quedarse a dormir en casa, pero no es seguro… Estamos dispuestos a pagar cuarenta dólares…

—Por este precio estoy convencido de que podremos encontrarle

una excelente *baby-sitter* —contestaron desde el otro extremo del hilo telefónico.

—Existe una dificultad —advirtió Mason—. Mi reposa es muy nerviosa, y no se sentirá tranquila si dejamos al bebé con una persona absolutamente desconocida.

—¿Conoce usted a algunas de nuestras *baby-sitter*?

—Personalmente, no; pero unos amigos nuestros tuvieron a una tal Hannah Bass por medio de ustedes y no regatean los elogios por su trabajo… Por tanto, ¿sería posible disfrutar de sus servicios?

—Ignoro si está disponible. ¿Quiere darme su número de teléfono y yo le llamaré dentro de un rato?

Cuando Mason colgó el auricular, la señora Colton le miró sorprendida, pero Della Street la tranquilizó con una sonrisa.

Minutos después, el empleado de la agencia volvía a llamar:

—He podido localizar a Hannah Bass —anunció a Mason—. Está disponible, pero quisiera estar segura de que pasará toda la noche en su domicilio y que le pagará cuarenta dólares…

—De todos modos, aunque no tengamos necesidad de salir, le garantizo los cuarenta dólares.

—Entonces, de acuerdo. La señora Bass estará en su casa dentro de media hora, pues tiene coche propio. ¿Quiere darme su nombre y dirección?

—El nombre es Street y ésta la dirección…

Cuando Mason hubo colgado nuevamente el teléfono, Alice Colton, que estaba mirando a su alrededor, observó:

—Permítame una sugerencia, señor Mason… Este departamento tiene una atmósfera muy femenina… y usted no tiene aspecto de habitar aquí.

—¡De acuerdo, señora Colton! —aprobó Mason—. Si me permite…

El abogado se quitó la americana, comenzó a desanudarse la corbata, se desabrochó el cuello de la camisa y, quitándose los zapatos, se puso unas zapatillas. Después se sentó en un sillón y cogiendo un periódico que se encontraba encima de una mesa vecina, lo abrió por la página deportiva y preguntó:

—Y ahora, ¿qué tal?

—Está mucho mejor —aprobó la señora Alice Colton sonriendo —. Además, ambos están tan compenetrados, que se diría… bueno,

en pocas palabras, que están casados desde hace bastante tiempo.

—¡Gracias! —exclamó Mason, mientras Della Street se ruborizaba ligeramente, y después continuó—. Cuando llegue la señora Bass, es necesario que estemos de acuerdo en nuestra pequeña historia. Por consiguiente, Della y yo estamos casados… Usted es la hermana de Della. Su madre está muy enferma… Esperamos que encontraremos billetes para trasladarnos en avión hasta Denver, para visitarla. Mañana mi hermana vendrá a reemplazar a la *baby-sitter* para ocuparse del niño. Della prepara dos maletas y déjalas a la vista… Y usted, señora Colton, me hará un gran servicio telefoneando a la «Western Union» para que manden a Della Street, aquí mismo, un telegrama concebido en estos términos: *Madre ha muerto. Comunicaremos fecha sepelio. Inútil trasladarse. Florence*. Llame desde su casa… Della le abonará los gastos. Cuando vuelva, lleve consigo una maleta llena de libros, o no importa qué, con tal que se note que está llena…

—¡Es apasionante! —dijo la señora Colton con una risa nerviosa —. ¡Tengo la sensación de estar viviendo una novela policíaca!

—Después de la llegada de la señora Bass, usted parecerá estar muy afectada, mientras que Della adoptará la pose de tomarse la situación con mayor filosofía, alegando que su madre estaba muy enferma desde hacía mucho tiempo y que todo ha esperar este fatal desenlace. De vez en cuando, podrá simular que ahoga un sollozo, pero procure poner mucha atención en lo que se diga, para poderlo recordar, porque podría muy bien ser que tuviera que testificar sobre esto…

—¿En un tribunal? —preguntó asustada la señora Colton.

—Sí —repuso Mason como si se tratase de un asunto banal—, pero esto no es nada, ¿sabe? Le bastará con repetir lo que haya oído. Cuando alguien dice la verdad, esto no ofrece la menor dificultad… Además, si fuese preciso, Della estará a su lado…

De nuevo Alice Colton rió nerviosamente.

—¡Señor! ¡Creo que esta noche no dormiré muchas horas! Bueno, voy a buscar la maleta y a echar el telegrama.

Diez minutos más tarde estaba de vuelta y colocó su maleta junto a las otras dos que Della Street había colocado en el vestíbulo. Un rato después llamaron a la puerta, y Hannah Bass se presentó.

—¡Ah!, perfectamente… Entre, señora Bass —explicó Della

Street—. Mi marido está vistiéndose, pero entretanto… Esperamos un telegrama de Denver y una confirmación para dos plazas en el avión que sale esta noche… Le presento a mi hermana… Ya le explicaremos lo que tendrá que hacer…

Hannah Bass era una mujer fuerte, de unos cuarenta y cinco años, con unos ojos diminutos pero de mirada escrutadora.

—Siéntese, señora Bass —dijo Mason que estaba acabando de anudarse la corbata frente a un espejo. La pequeña está en la habitación y estoy convencido de que todo irá como una seda… Mi hermana vendrá a reemplazarla mañana por la mañana, a las ocho… Comprenda, mi madre política está gravemente enferma y se teme lo peor…

—¿Qué edad tiene la niña? —preguntó la señora Bass.

—Darlène tiene dieciséis meses —contestó Della Street— y es un angelito. Cuando se despierte mañana por la mañana, sólo tendrá que decirle que mamá le ha pedido que estuviera a su lado hasta la llegada de tía Helen. Ya la hemos prevenido sobre la necesidad en que se ve mamá de ausentarse y que una amiga vendrá a hacerle compañía hasta la llegada de tía Helen…

—A veces los niños de tan corta edad sienten miedo cuando se despiertan, y ven una persona extraña a su lado…

—Pero Darlène duerme siempre como un ángel y nunca suele despertarse antes de la siete…

—Además —intervino Mason—, también podría darse el caso de que no tuviéramos que marcharnos. Si no tenemos los billetes, nos veremos obligados a permanecer aquí…

Hannah Bass le miró fríamente.

—Me garantizaron cuarenta dólares.

—Y usted los percibirá, tanto si nos vamos como si nos quedamos —le confirmó Mason—. Siéntese usted y póngase cómoda.

Alice Colton se enjugaba los ojos con un pañuelo y Della se le acercó.

—Vamos, Alice, valor… Si ella te ve con esta cara cuando lleguemos, lo comprenderá todo…

—En la agencia me dijeron que ustedes habían requerido muy especialmente mis servicios —comentó la señora Bass, a Mason.

—Sí… Conocimos su nombre por los Jennings, que nos hablaron

muy bien de usted —contestó el abogado.

—¿Los Jennings?

—Lorraine y Barton Jennings… Tienen un niño que se llama Robert Selkirk… Es hijo del primer matrimonio de Lorraine…

—¡Ah! Sí, en efecto… Bobby es un niño que tiene mucha dignidad, lo que es muy raro entre los niños…

—Y tiene pasión por los revólveres, ¿no es cierto?

—Sí, pero esto ya es más corriente entre los chicos… Con tantos *westerns* como pasan por la televisión, ¡sólo hablan de indios y de tiroteos!

—Sí, en efecto. Supongo que Robert tiene un equipo completo de *cowboy*, con revólver de seis tiros…

De repente, Hannah Bass pareció menos propensa a hablar.

—Sí —dijo sin embargo—, le gustan mucho las pistolas.

Mason la miró pensativamente y añadió:

—Esto de las pistolas es la única cosa que nos inquietaba un poco…

—¿Por qué? —preguntó la señora Bass, adoptando una actitud defensiva.

—Por el hecho de que usted hubiera entregado a Robert una pistola de verdad para jugar.

—¿Quién ha dicho que yo le di una verdadera, pistola?

El rostro del abogado expresó una gran sorpresa:

—¿No es cierto? Barton Jennings posee una automática de calibre 22, y como que Robert juega con…

—¿Qué interés pueden tener para usted estos detalles?

—Ninguno… sin duda. Me preguntaba a mí mismo, simplemente…

—Tengo por principio no aceptar conversaciones sobre mis clientes —declaró Hannah Bass en un tono que quería ser definitivo.

—¡Oh! —exclamó Mason con aire aparentemente distraído—. He dicho simplemente todo esto, porque me preguntó cómo habíamos sabido su nombre…

—Ignoraba que alguien más estuviese al corriente —comentó la *baby-sitter*—. Era un secreto entre Robert y yo.

Mason se contentó con sonreír, de un modo enigmático y en aquel momento llamaron a la puerta del piso. Della Street fue a contestar al teléfono interior.

—¿Sí? ¡Oh! Súbalo en seguida…

Mientras apretaba un botón, se dirigió hacia Mason.

—¡Es un telegrama!

Alice Colton se abrazó a Della Street sollozando:

—¡Oh!, Della…

Hannah Bass, cuyos diminutos ojos no cesaban de inspeccionar lo que ocurría a su alrededor, dijo de repente:

—Quisiera ver a la niña…

Della Street miró a Mason y éste fue a abrir la puerta de la habitación, para permitir a la *baby-sitter* que viera la cuna. Entretanto, el cartero llegó al piso y entregó el telegrama.

Una vez abierto y leído su texto, Della Street se quedó silenciosa.

—¡Oh, Della! —gimió Alice Colton—. ¿No será, bueno, no será?…

—Sí —confirmó Della Street, bajando lentamente la cabeza—. Mamá ha muerto… Ya podía adivinarse, los médicos dijeron que no tenían ninguna esperanza…

Alice Colton se puso a sollozar. Hannah Bass, que se había quedado a la puerta de la habitación de dormir, se dirigió hacia Della Street y le dijo:

—¿Qué comedia es esta?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó la joven.

—Usted lo sabe perfectamente —atacó la *baby-sitter* asiéndola de la mano izquierda—. ¿Dónde lleva su alianza?

—La tengo en casa del joyero para un arreglo —contestó fríamente Della—. Admitiendo que esto le importe algo…

—¡Pues claro que me importa! Usted no está casada. Este bebé no es suyo y este hombre no es su marido. Yo he visto su fotografía en los periódicos y revistas… ¿A qué viene toda esta historia?

—Mi madre acaba de morir —indicó Della Street—. Vea el telegrama que lo anuncia.

Cogió el telegrama, abriéndolo de modo que la señora Bass pudiera leer su texto, pero colocando el pulgar sobre la dirección del remitente.

—No quiero discutir… Déme mis cuarenta dólares y me voy.

Della Street miró a Mason, quien negó con la cabeza:

—Para ganar estos cuarenta dólares, he advertido a la agencia, que *tal vez* tendría que pasar la noche aquí…

—Pero si ustedes ya no se van ¿para qué me necesitan? —preguntó bruscamente Hannah Bass—. Usted es este abogado del que tanto se habla… ¡Perry Mason!

—Exacto. Ahora, siéntese, y dígame como fue que dejó jugar a Robert Selkirk con una pistola de verdad, cuando su misión era vigilar al muchacho.

—¡Esto es lo que quería averiguar!

—En efecto.

—No tengo por qué contestar sus preguntas y no puede retenerme aquí por la fuerza.

—Es cierto. Usted ha sido contratada para pasar la noche aquí, mediante el pago de cuarenta dólares. Pero, esto no le impide marcharse ahora mismo, si así lo desea. De todos modos en este caso, no cobrará los cuarenta dólares y será ante un tribunal que contestará a mis preguntas, porque Mervin Selkirk ha sido asesinado y mi cliente, Norda Allison, ha sido acusada de homicidio. Si usted tiene algo que esconder, es mejor que vaya a solicitar con toda urgencia los servicios de un abogado. En caso contrario, no tiene ningún motivo para no contestar mis preguntas.

—¡Usted me ha hecho venir con un falso pretexto!

—Para poder hablar con usted sin correr el riesgo de ser estorbado por la policía.

—¿La policía? ¿Por qué?

—Porque, se lo repito una vez más, se trata de un asesinato. Si usted no ha tenido todavía el gusto de conocer al teniente Tragg de la brigada criminal no tardará mucho, y le advierto que es un hombre que no se para ante nada, cuando quiere llegar al fondo de la cuestión… Y el temor que usted tiene de contar lo que ocurrió entre usted y Robert, revela un neto sentimiento de culpabilidad…

—¡Es falso! No tengo ningún miedo por relatarlo…

—Entonces, ¿por qué no lo hace?

Durante unos segundos reinó en la habitación un silencio sepulcral. Después, Hannah Bass dijo:

—No ocurrió nada malo. Robert tiene, solamente, una gran pasión por las armas de fuego.

—¿Cómo fue que le dejó jugar con un *Colt* 22? —preguntó Mason.

—Ocurrió cuando pasé dos días enteros a su lado, porque el

señor y la señora Jennings tuvieron que ausentarse.

—¿Ocupó usted la habitación reservada a los invitados, en el primer piso?

—Sí.

—Bien, continúe.

—Al abrir un cajón de la cómoda, para poner en orden mis cosas, encontré ese revólver… un *Colt Woodsman*.

—¿Entiende usted, en pistolas?

—Mi marido era propietario de un tiro al blanco. Era uno de los mejores tiradores de la región y me enseñó a utilizar un revólver. Sin embargo, cuando murió me vi obligada a vender su negocio…

—¿Qué pasó después de haber encontrado ese revólver?

—Pues bien, Robert entró en la habitación en aquel mismo momento, y se mostró totalmente, fascinado por el arma. Me pidió que se la dejara un momento…

—¿Qué hizo usted, entonces?

—Vacié el cargador y me aseguré de que no quedaba una sola bala en el cañón. Después de esto entregué el revólver a Robert. Él estaba maravillado, y me pidió que le enseñara cómo funcionaba. En seguida volví a guardar el arma en su cajón, pero Robert no cesó de hablarme de la pistola durante todo el día. Creo que se debería, desde sus primeros años, explicar a los niños lo que es un revólver y cómo se maneja, sin correr el menor riesgo. De ese modo, se evitarían todos esos accidentes mortales que la Prensa relata a lo largo del año. Pero temí que los Jennings no compartieran mis puntos de vista. Por eso hice prometer a Robert que no hablaría del revólver con sus padres.

—Muy bien, ¿y después?

—Después de esto, Robert tuvo siempre interés en estar conmigo. Cuando nos quedábamos solos, en ausencia de sus padres, siempre volvía a pedirme que le dejase jugar con la dichosa pistola. Al principio, solo la manejaba en el interior de la casa, pero después acabó por jugar también con el revólver fuera del edificio. Desde luego, en todo esto no había ningún mal pero a veces me preguntaba si no sería mejor informar a la señora Jennings y discutir con ella esta pasión de Robert por las armas de fuego.

—¿El pequeño apretaba el galillo del revólver? —precisó Mason.

—¡Ya lo creo! Pero le enseñé cómo tenía que accionar el

dispositivo de seguridad, y le hice prometer que no jugaría con la pistola sin antes haber comprobado que había echado el seguro. Además, nunca tenía que simular que disparaba sobre alguien.

—¿Pasó alguna noche al lado de Robert?

—Sí, de vez en cuando.

—Y, en este caso, ¿dormía con el revólver debajo de la almohada?

—Lo hizo una vez. Dormía en su tienda, en el patio, y me dijo que no se asustaría de los ruidos nocturnos si tenía el revólver con él.

—Entonces, ¿se lo dejó?

—Sólo en esta ocasión, pero al día siguiente descubrí que el niño poseía un cartucho… Entonces comencé a pensar que las cosas iban demasiado lejos. Le dije que tendría que esperar a ser mayor para tener derecho a usar un revólver, que un niño de siete años no tenía necesidad de asegurarse su defensa…

—El viernes por la noche, cuando los Jennings salieron a recibir a Norda Allison al aeropuerto, ¿le confiaron a Robert?

—No, cuando se ausentaban por una hora o dos, sin llevarse a Robert, lo dejaban simplemente con el perro, «Rex», que no habría permitido que un extraño se acercase al niño. A veces, esperaban que Robert se hubiese dormido, para irse. Soy enemiga de este proceder, porque, si el niño se despierta por la noche y descubre que está solo, que sus padres se han marchado, puede producirle un shock… Sería preferible avisarle antes de que se durmiera.

—¿Les habló usted del revólver, o los Jennings le hicieron alguna alusión acerca del arma? Dicho de otro modo, ¿los Jennings sabían que dejaba jugar a Robert con el revólver?

—Nunca les hablé de ello, y ellos no me hicieron ninguna alusión que me hiciera pensar que estaban al corriente. Robert me prometió que no diría nada y estoy convencida de que ha mantenido su palabra, porque este niño tiene un carácter extraordinario para su edad.

—Pero usted sabía que deseaba poseer ese revólver con él cuando dormía en su tienda, ¿no es cierto?

—Sí.

—Si habiéndose despertado y teniendo necesidad de ir a buscar cualquier cosa en la casa, hubiera comprobado la ausencia de sus

padres, ¿le cree capaz de entrar en la habitación destinada a los invitados y coger el revólver?

El rostro de la *baby-sitter* se alarmó.

—¡Por Dios! —balbuceó—. ¿Robert ha hecho esto?

—Le pregunto si es capaz de haberlo hecho…

—Sí, sí es muy capaz… Por Dios, señor Mason, no vaya a suponer que él… No, no, ¡el niño nunca podría haber hecho algo semejante!

—Esto, señora Bass, son palabras que dice para tranquilizarse… Pero si usted se hubiese podido ver en el espejo cuando las pronunciaba habría comprobado que su rostro las desmentía… Tome, aquí tiene sus cuarenta dólares. Ahora, ya puede irse a su casa.

Hannah Bass tomó maquinalmente el dinero, permaneció un momento inmóvil, parpadeando nerviosamente. Después, súbitamente se dirigió hacia la puerta y salió de la casa sin pronunciar ninguna palabra.

Mason sonrió entonces amablemente a Alice Colton.

—Ya no necesitamos más a su niña, señora Colton… Y muchas gracias por la preciosa ayuda que nos ha prestado. Es muy posible que haya contribuido en gran modo a que triunfe la justicia.

Capítulo 10

El domingo por la mañana, a las diez, Paul Drake llamó a Perry Mason a su despacho:

—Perry, ocurre algo que sería mejor te ocuparas de ello… He hecho seguir los movimientos de los Jennings, como me pediste. Esta mañana, Barton Jennings ha ido a una casa y después ha regresado a la suya… Mi muchacho lo ha seguido, tanto a la ida como a la vuelta… Hay algo de lo que quisiera hablar contigo… Algo que preocupa a mi hombre de confianza…

—¿Se encuentra en tu despacho, ahora?

—Sí.

—Entonces, que me espere. Voy en seguida.

Quince minutos después, Mason llegaba a la agencia Drake y estrechaba la mano del detective Smithy, un hombre de unos cincuenta años de edad, que conseguía aparentar un aire distraído y casi inocente.

—Explique al señor Mason lo que ha sucedido, Smithy —pidió Drake.

El detective explicó a Mason que, poco después de las ocho de esta mañana, Barton Jennings salió de su casa, llevando una maleta en una mano y un bastón en la otra, porque su pierna continuaba doliéndole. Subió a su coche y recurrió a varias estratagemas clásicas para asegurarse de que no le seguía nadie, pero Smithy estaba acostumbrado a esta clase de trabajo y consiguió no perderlo de vista, mientras que, por su parte, él permanecía invisible. De ese modo, vio que Jennings se detenía ante un edificio destinado a departamentos y entraba con la maleta. Media hora más tarde salía de aquel inmueble, llevando siempre la maleta de marras, y regresó directamente a su casa, sin cuidarse ahora de comprobar si le seguían.

—En resumen —concluyó Smithy—, me produjo la impresión de un hombre que, habiendo realizado lo que se proponía, se siente liberado de toda sospecha.

—¿Ha aparcado su coche en el garaje de su finca?

—Sí, y después de hacerlo se instaló bajo el pórtico de la entrada, aparentemente para leer los periódicos del domingo, pero en realidad creo que quería comprobar si alguien vigilaba su casa. En semejantes casos, es preferible no insistir. Por esta razón, me retiré y me dirigí al teléfono más próximo para pedir a Paul que me mandara un relevo, mientras le anunciaba que tenía algo interesante que contarle.

—¿A qué dirección fue Jennings? —preguntó Mason.

—Al número 237, de Cretonic Street.

—¿Pero usted no sabe qué departamento visitó?

—No, en absoluto. Es un edificio que tiene una veintena de departamentos, probablemente a precios moderados a juzgar por la fachada.

—Bien —dijo Mason—, vamos allí en mi coche. Tú, Paul, quédate aquí. Si tenemos necesidad de refuerzos, ya te llamaremos.

El 237 de Cretonic Street, era un pequeño edificio de apariencia modesta. Mientras lo examinaba, Mason hizo observar:

—Jennings necesitó una llave para entrar en este edificio… O si no, llamó a alguien para que hiciera funcionar el automático para abrir la puerta.

—Ha llamado… bueno, dada la altura a que vi su codo izquierdo, debe de ser uno de los timbres de aquí abajo el que ha pulsado.

—He aquí un indicio —señaló Mason—, pero hay más de media docena de nombres entre los que hay que escoger…

—¿Sabe lo que voy a hacer, señor Mason? Voy a situarme en el lugar donde me escondí cuando le vi… Usted simulará que pulsa timbres, uno tras otro… Poseo una buena memoria visual y quizá esto le permitirá precisar un poco más en nuestras investigaciones…

—¡Excelente idea! —aprobó Mason—. Vaya y hágame una seña cuando esté dispuesto.

A la señal de Smithy, Mason hizo intención de pulsar los timbres inferiores, uno tras otro. Cuando hubo terminado, el detective se reunió con él y le dijo:

—Creo que es el más bajo de todos. Su codo me pareció, entonces, a la misma altura que el de Jennings.

Mason examinó la tarjeta que figuraba junto al timbre en cuestión y leyó: «Señorita Grace Hallum».

—Entremos —indicó Mason—. Ya veremos dónde nos lleva esta pista.

Apretó el timbre y no obtuvo respuesta. Insistió dos o tres veces, pero igualmente sin resultado. Entonces, el abogado pulsó el timbre cuya tarjeta decía «Conserje».

Segundos después, un pequeño *clic* anunció que la puerta se abría automáticamente, y los dos hombres penetraron en el hall. Sentada detrás de un mostrador, una mujer de unos cincuenta años preguntó:

—¿Qué desean los señores?

—He oído decir que el departamento de la señorita Grace Hallum iba a quedar libre. He llamado ahora mismo, pero no me ha contestado nadie.

—Esta señorita ha salido por unos días, porque me ha confiado a su periquito. Pero me sorprendería que tuviera intención de marchar. Me lo hubiese comunicado.

—¿Cuándo ha salido? —preguntó Mason.

La portera le miró con curiosidad.

—¿No será usted policía?

Mason sonrió, y con el pulgar señaló a Smithy:

—Yo no,… pero él, sí…

—¡Oh!… ¿Qué ha ocurrido?

—Nada extraordinario… Sólo deseamos informarnos sobre la señorita Hallum. ¿Llevaba con ella al pequeño?

—Sí.

—¿Y maletas?

—Naturalmente, ya que marchaba por algún tiempo.

—¿Ha tomado un taxi?

—La verdad, no me he fijado en ese detalle.

—¿Tiene coche?

—No lo creo.

—No es usted muy comunicativa —observó Mason, con una sonrisa que quería ser amable—. ¿Sabe cuánto tiempo hace que el pequeño está con ella?

—No.

—Bueno, no importa. Gracias —dijo Mason.

Y, obsequiándola con otra sonrisa, salió de la casa.

—No le comprendo —declaró, entonces, Smithy—. ¿Por qué no me pidió que le enseñara mi permiso y ha intentado asustarla un poco para hacerla hablar?

—Porque tengo otra idea mejor —contestó Mason, estudiando los timbres de la entrada—. Veamos, Grace Hallum ocupa el apartamento 208… Precisaríamos el 206 o el 210. Comencemos por el 206… Señorita M. Adrián.

Mason pulsó el timbre y, poco después, la puerta del edificio se abrió de nuevo. Esta vez la portera no estaba en su puesto.

Los dos hombres subieron al segundo piso y llamaron a la puerta del 206. La puerta se abrió apenas, retenida por una gruesa cadena de seguridad y una mujer preguntó desde el otro lado, en un tono desconfiado:

—¿Quién hay?

Mason se fijó en una prolongada nariz, unos labios delgados y una barbilla prominente:

—Muestre su tarjeta —rogó a Smithy.

Aquella mujer miró el documento que le presentaban y exclamó, a media voz:

—¡Oh, detectives!

—El detective es Smithy, pero yo soy abogado. Mi nombre es Perry Mason.

—¡Perry Mason! ¿El *famoso* Perry Mason?

—No conozco a otro, señorita.

Miss Adrián se apresuró a retirar la cadena de seguridad:

—Pasen, señores, pasen… Desde luego, no esperaba visitas, y el domingo es precisamente el día que dedico a limpieza… Pero, siéntense ustedes, se lo ruego, y díganme de qué se trata.

—De su vecina —contestó Mason.

Miss Adrián, una mujer de mediana edad, cuya cabeza recordaba la de un pájaro, tuvo un gesto expresivo:

—¡Vaya! Ya me pareció observar que ocurría algo anormal.

—Sí —dijo Mason—, por esta razón hemos venido a verla. ¿Cuándo llegó el pequeño?

—Ayer por la madrugada —contestó la señorita Adrián—. Muy

de madrugada, a las cuatro y treinta y cinco minutos exactamente.

—¿Quién lo trajo hasta aquí?

—Supongo que sería su padre.

—¿Y qué sabe usted de Grace Hallum?

—Es una mujer divorciada, que vive de su pensión y trabaja además de *baby-sitter*, para ganarse los gastos superfluos.

—¿*Baby-sitter* de la agencia «Día y Noche»?

—Sí, creo que sí.

—¿Cómo sabe la hora exacta en que llegó el niño?

—Porque la cabecera de mi lecho está situada junto a la pared que separa este departamento del de la señorita Hallum. ¡Y en esta casa las paredes son tan delgadas!

—¿Ha oído algo de lo que dijeron?

—Creo haber oído lo bastante, en todo caso…

—Cuéntenoslo, por favor —pidió Mason, en tono cortés, pero perentorio.

—Pues bien, al principio, Grace Hallum parecía un poco extrañada de recibir una visita a semejante hora, pero como se trataba de uno de sus clientes habituales, consintió en abrirle…

—¿Qué edad tiene?

—Veintisiete años, pero sólo confiesa veinticuatro y, desde luego, no ignora que tiene buen tipo. Es una rubia de ojos azules, con vestidos que le modelan las caderas. En fin, ya comprenderá lo que quiero decir…

—Lo comprendemos muy bien —aseguró Mason con amabilidad —. ¿Y después?

—Aquel hombre quiso que ella cuidara del niño hasta nueva orden. Le pidió que preparase sus maletas y que estuviera dispuesta para emprender un viaje. Ayer por la madrugada, esto es, poco más o menos, todo cuanto se dijeron. Pero aquel hombre ha vuelto esta misma mañana… y le juro que esta vez quedé sorprendida. Nunca en mi vida había oído semejante conversación.

—¿Ah, sí?

—¡Sin duda alguna! Aquel hombre hablaba con el niño y le decía: «Acuérdate bien: tú no has disparado sobre nadie. Ha sido una pesadilla». Y el niño ha replicado: «¡Pero yo he disparado con el revólver!». El hombre prorrumpió a reír: «¡Tú has soñado esto como todo el resto!». El pequeño protestó: «No, puede ser que haya

sufrido una pesadilla, pero, ¡estoy seguro de haber disparado realmente con el revólver!».

—¿Qué más?

—Pues… han continuado hablando los dos al mismo tiempo. El hombre ha dicho al pequeño que partiría para un largo viaje en compañía de la señorita Hallum y que debería mostrarse muy prudente y obedecer siempre a la señorita Hallum.

—La señorita Hallum, ¿parecía hallarse sorprendida?

—No del todo… He notado varias idas y venidas por el departamento, desde ayer. Sin ninguna duda, ella preparaba su equipaje… El pequeño, de vez en cuando lloraba… Parecía hallarse impresionado por algo…

—Muy bien, continúe.

—Esto es, aproximadamente, todo lo que sé, salvo que ayer por la noche vino otra mujer. Tuve el presentimiento de que se trataba de la directora de la agencia «Día y Noche». Pero ambas mujeres hablaban muy bajo, sin duda porque el pequeño estaría durmiendo.

—¿Y esta mañana?

Esta mañana, como ya le he dicho, volvió aquel hombre con algunos trajes para el niño. Inmediata mente después que se hubo marchado, miss Hallum ha llamado a un taxi por teléfono y he oído que decía que era para ir al aeropuerto.

—¿A qué hora se marchó?

—Hace aproximadamente una hora y media.

—¿Con el niño?

—Sin duda alguna. Aquel hombre habló vagamente de Méjico y supongo que es allí a donde ella se dirigió.

Mason se levantó y estrechó la mano de la señorita Adrián:

—Estupendo, le quedo muy agradecido. Nosotros sólo queríamos asegurarnos de que el niño había marchado.

—Perfectamente, pero, ¿no pueden decirme de qué se trata? No es que sea curiosa, ya lo ven ustedes. Vivo mi vida y dejo que los demás vivan la suya… Pero este niño que lloraba, porque creía haber disparado un revólver…

—Los niños a menudo sufren pesadillas —comentó Mason.

—Sí —accedió de mala gana aquella solterona—, pero a veces se trata de pesadillas en las que sueñan que han disparado sobre alguien… Y cuando esto ocurre, se procura trasladarles a las cuatro

y media de la madrugada a casa de una *baby-sitter*… Después de lo cual, un abogado y un detective se presentan en casa de los vecinos para acribillarles a preguntas. ¿Me toma usted por una tonta, señor Mason?

Mason le tomó una mano y la guardó entre las suyas un buen rato, mientras le decía:

—No haga usted una montaña de una tontería, señorita Adrián… Y ahora voy a pedirle como un favor personal que no hable de esto con nadie, por lo menos durante uno o dos días… ¿Comprendido?

—Después de este plazo, ¿me dirá de qué se trata?

—Creo poderle asegurar que será llamada a prestar declaración ante la justicia…

—¿Cómo? ¿Presentarme ante la justicia? Santo Dios, ¿pero qué he hecho yo?

—Es su deber, señorita.

—Puede ser, pero siempre he oído decir que allí le someten a una a una tanda de preguntas capciosas, procurando desorientarla, lo que representa una terrible prueba para…

—No hay tal prueba si usted dice toda la verdad… Cuando un testigo se limita a la estricta verdad, actuar ante un tribunal es extremadamente fácil… Piense en la toilette que adoptará aquel día, señorita Adrián, porque probablemente habrá muchos fotógrafos. Es un buen consejo.

Dejando a la solterona delante del espejo, a punto de arreglarse el pelo, Mason se encontró en seguida en plena calle, en compañía de Smithy.

—Ahora —dijo entonces al detective—, sólo nos falta utilizar el teléfono más próximo para pedir a Paul que mande rápidamente algunos hombres al aeropuerto.

Capítulo 11

—Comprueba ante todo la lista de pasajeros de un avión que ha salido para Méjico, hace una o dos horas. Si esta investigación no aporta ningún dato —ordenó Mason por teléfono—, repasa todas las listas de pasajeros, en busca de una mujer que viaja en compañía de un niño de siete años.

—¡Pero habrá centenares! —se lamentó Drake.

—No, no habrá muchos a bordo de los aviones que han despegado en el curso de las últimas horas. Y hasta quizá podrás encontrar al chófer del taxi que los ha ido a recoger a Cretonic Street para llevarlos al aeropuerto. Él podrá indicarte probablemente el avión que han tomado.

—*Okay* —asintió Drake—. Voy en seguida.

—Hasta pronto —se despidió Mason.

Cuando Smithy y él llegaron a su destino, el ascensorista dijo a Mason:

—Su secretaria acaba de llegar.

—¿Ha ido a ver a Drake? —preguntó el abogado.

—No, no… Ha ido directamente hacia el pasillo, como de costumbre.

Efectivamente, Mason encontró a Della Street haciéndose la toilette delante del espejo de la sala de espera. Le sonrió en el espejo, mientras decía:

—Como que el teléfono de tu departamento no contestaba, he llamado a Paul, y me ha dicho que te hallabas siguiendo una pista. Entonces, he pensado que podrías necesitarme…

—Gracias Della, eres realmente una chica extraordinaria… Sí, hemos encontrado una pista…

Le contó lo que acaba de saber por medio de miss Adrián, y la joven exclamó, en tono horrorizado:

—¿Quieres decir que el pequeño Robert ha disparado sobre su padre, en el preciso momento en que éste acababa de llevarse la famosa imprentilla del sótano de casa de los Jennings?

—El niño ha tirado sobre una sombra… Pero esta sombra sólo podía ser alguien conocido por el perro, porque de otro modo «Rex» no lo hubiera dejado pasar… Por consiguiente, Robert ha herido posiblemente a su padre. Este ha podido alcanzar su automóvil, regando el suelo de manchas de sangre y llegar hasta el club, pero ha muerto antes de poder descender de su coche.

—¡Dios mío! ¡Ese pobre niño!

—Barton Jennings se ha esforzado en convencerle de que había sufrido una pesadilla, y que no había disparado realmente su pistola. Después lo ha llevado rápidamente a casa de la *baby-sitter* para que ésta se lo lleve a Méjico antes de que pudieran utilizarlo como testigo. Hasta que no puedan ser encontrados, pasará algún tiempo y el niño estará firmemente convencido de que ha soñado esta sombría historia.

Della Street miró pensativamente a Mason, antes de preguntar:

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Ponerme en acción con objeto de recuperar al niño, antes de que consigan lavarle el cerebro, y le…

De repente, el abogado se calló.

—Sí, creo que es lo mejor —asintió la joven—. Pero, ¿has reflexionado sobre las consecuencias que tendría para este niño el enterarse de que había matado a su propio padre?

Mason se puso a pasear por la sala de espera.

—¡Calma, Della! No olvides que me debo ante todo a mi cliente. No voy a permitir que la condenen por asesinato, sólo para no herir la sensibilidad de un niño de siete años… Y, por otra parte, me estoy dando cuenta de que en efecto no puedo tratar tan desconsideradamente a este pobre muchacho.

—¿No puedes emplear lo que ya conoces para conseguir la libertad de Norda Allison, sin que el pequeño Robert sea acusado?

—De momento —dijo Mason— esto me parece tan difícil como demostrar la cuadratura del círculo. Ven, Della… Vamos a ver si Paul ha descubierto algo nuevo…

En el momento que entraban en el despacho, Drake estaba terminando una conversación telefónica, colgaba el auricular,

mientras Smithy tomaba nota en su carnet.

—Hemos tenido la suerte de encontrar el taxi, Perry —anunció Drake—. El chófer se fijó particularmente en el chico, porque tiene uno de la misma edad. Durante el trayecto la mujer no ha dejado de hablar un instante al pequeño, de Méjico y de la capital de Méjico. Sin embargo, el niño parecía hallarse preocupado y la impresión del chófer es que la mujer intentaba distraerle de cualquier modo. Les ha conducido hasta un avión que salía para Méjico, con escala en Dallas. Efectivamente, a bordo de este avión habían reservado dos plazas por teléfono a nombre de la señora Hallum y su hijo. Los billetes debían haber sido adquiridos media hora antes de la partida, pero no se presentó nadie. Creyendo que la señora Hallum pudo haberse retrasado a causa de algún embotellamiento de la circulación, el empleado esperó todavía un cuarto de hora, antes de ceder las plazas a otros dos viajeros.

—¿Piensas que se trató de una maniobra para despistar a posibles seguidores? —preguntó Mason.

—No estoy del todo convencido —declaró Drake.

—Es algo que está relacionado con la insistencia con que la mujer habló de Méjico, durante el trayecto en taxi.

—Sí, pero el chófer tuvo la impresión de que ella intentaba informar con sinceridad al chico sobre el viaje que iban a efectuar… Y a fuerza de tratar a la gente, estos taxistas acaban por tener una opinión muy exacta de sus clientes.

—Entonces, comprueba si han tomado un avión perteneciente a otra compañía…

—A estas horas ya tengo a dos de mis hombres ocupándose de este detalle, pero es algo que no se logra en cinco minutos.

El timbre del teléfono volvió a sonar y Drake cogió uno de los auriculares:

—Drake al aparato…

El detective escuchó durante unos momentos, y después, dijo:

—*Okay*, continúe en ese sentido y vea lo que puede hacer.

Mientras colgaba de nuevo, Drake explicó a Mason:

—Uno de mis hombres ha localizado al mozo que se ocupó de las maletas de miss Hallum y el niño. Recogió su equipaje para pesarlo, en la balanza de las American Airlines, compañía a la que pertenecía el avión que debían tomar. Pero, cuando la mujer se

dirigió a la ventanilla para retirar los billetes, fue abordada por dos hombres, uno de los cuales le habló en tono autoritario. A continuación, los dos individuos recuperaron las maletas y marcharon con la mujer y el niño. El mozo se acuerda perfectamente de este detalle, porque con motivo del incidente, se quedó sin propina.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Mason.

—¿Serían policías? —sugirió Smithy.

—Es posible —concedió Drake—, pero el mozo ha dicho que no tenían el aspecto de ser policías…

—… qué es lo que les pasa a todos los buenos policías —subrayó Mason en tono divertido.

—Aparte de esto, Perry —añadió Drake—, he obtenido la confirmación de que el pequeño Robert no estuvo presente en la excursión a la que debía tomar parte con su perro… Sí, cada niño tenía que llevar a su perro, este era el tema de la experiencia y, hasta el momento, según el monitor, solo han tenido dos breves peleas caninas… Sea lo que fuese, Robert Selkirk y «Rex» estaban inscritos, pero no se presentaron al lugar de la reunión.

Mason bajó la cabeza y permaneció un momento pensativo antes de decir a Drake:

—Continúa haciendo vigilar a Jennings, Paul. Si miss Hallum y el pequeño tenían que dirigirse, realmente a Méjico, Jennings espera un telegrama o una conferencia informándole de que han llegado perfectamente. Si no recibe noticias comenzará a inquietarse… Si ha sido la policía quien se ha apoderado de la señorita Hallum y el niño, sin duda le advertirán para evitar sufrimientos a la madre del pequeño. La actitud de Barton Jennings, nos permitirá, al menos, enterarnos de si ha sido la policía quien ha intervenido en el asunto. Por lo que pudiera ser, a partir de mañana por la mañana voy a solicitar una demanda de *habeas corpus*.

De nuevo volvió a sonar el timbre del teléfono Drake escuchó y después formuló una o dos preguntas a su invisible interlocutor, antes de colgar. Luego se volvió hacia Mason mientras le decía:

—Es algo terrible.

—¿Qué ha ocurrido?

—La imprentilla que fue utilizada para imprimir las direcciones de los sobres que recibía Norda Allison, ha sido encontrada en uno

de los terrenos que rodean el «San Sebastian Country Club», a unos doscientos metros del lugar donde fue descubierto el cadáver de Mervin Selkirk… Y, sobre el rodillo de imprimir —prosiguió el detective, antes de que Mason tuviera tiempo de hacer el menor comentario— han encontrado una magnífica huella del anular derecho de Norda Allison.

Mason examinó la situación.

—Si Norda Allison no ha mentido, ha debido dejar esta huella sobre la imprentilla, ayer por la mañana muy temprano…

—Pero —replicó Drake—. Mervin Selkirk, según las declaraciones de la policía, fue muerto hacia las dos o las tres de la madrugada.

—Entonces, la imprentilla ha tenido que ser trasladada a este lugar *después* de la muerte de Selkirk —declaró el abogado—. Esto nos puede proporcionar la ocasión de meter a Barton Jennings en el lío…

—A condición —subrayó secamente Drake— que tu cliente haya dicho la verdad.

—Yo creo siempre que mis clientes dicen la verdad.

—Sí —insistió Drake—, pero yo puedo suponer que Norda Allison pudo haber descubierto la imprentilla en el coche de Selkirk, y esconderla después en la maleza.

Mason permaneció silencioso unos segundos, y después dijo:

—Lo que parece evidente es que alguien intenta cargar todas las culpas a mi cliente.

—¡Qué bonita es la confianza! —ironizó Drake—. A propósito, quiero hacerte observar que Mervin Selkirk tenía en el «San Sebastian Country Club», una habitación que alquilaba por meses.

Mason inclinó pensativamente la cabeza, después se volvió bruscamente hacia su secretaria.

—Della, vamos a hacer una visita a Horace Livermore Selkirk, y le sugeriremos que recurra al *habeas corpus*[1] para obligar a la policía a que le devuelvan a su nieto, Robert Selkirk.

—¿Vas a decirle todo lo que sabes? —preguntó Della Street.

—No, solamente lo que *yo sé* —contestó, sonriendo Mason—, pero también todo lo que me imagino.

Capítulo 12

En la entrada de la propiedad de Horace Livermore Selkirk, había apostado un guardián. Era un hombre de unos cincuenta años, que lucía la estrella de ayudante de sheriff y una voluminosa funda con su correspondiente revólver.

—Tenemos orden de no molestar inútilmente al señor Selkirk —declaró—. ¿Por qué, si es tan importante, no ha llamado usted por teléfono para concertar una entrevista?

—Porque se trata de un asunto urgente. Limítese a anunciar mi nombre y, sin duda seremos recibidos. La señorita es mi secretaria.

El guardia entró en la conserjería para telefonear, antes de acceder a pulsar el botón que accionaba la enorme verja de acero que cerraba el paso a la propiedad.

La casa de Horace Selkirk, que era de acero, cristal y aluminio, se alzaba en la cima de una pequeña prominencia del terreno y, cuando Mason detuvo su coche ante la residencia, el multimillonario apareció en el centro de un amplio patio para recibir él mismo, a sus visitantes. Este patio, de techo movible y descapotable, contenía una piscina, y a lo largo del mismo, además de numerosas sillas, había un pequeño grill y una mesa. Unas manchas húmedas en el cemento indicaban que alguien se había bañado recientemente en la piscina, en cuya superficie flotaba, perezosamente, un caballo de caucho y navegaba, lentamente, a la deriva un diminuto velero. En la mesa había unos vasos sucios en los que se acababan de licuar unos pedacitos de hielo.

—Buenos días, señor Mason —dijo Selkirk, en un tono bastante frío—. Habitualmente me llaman por teléfono antes de venir a verme, y es una costumbre que me complace mucho.

—Estoy seguro de ello —replicó el abogado—, pero ya que está informado de mis costumbres y actitudes, he creído que, de todos

modos, estaría avisado de mi visita. Será necesario que haga examinar mi coche, porque la forma, tan esporádica en que aparece mi seguidor me hace pensar que un pequeño aparato emitiendo señales de radio, le permita seguirme sin que tenga necesidad de verme continuamente…

Selkirk echó hacia atrás la cabeza y prorrumpió a reír.

—No se moleste usted, señor Mason. Antes de que su mecánico haya descubierto el aparatito, mis hombres ya habrán tenido tiempo de instalar otro igual.

—Y, además, supongo que también habrá un micrófono disimulado en el interior del coche, ¿no?

—No, no —protestó Selkirk—, porque esto podría crearnos dificultades, y no deseo dar la impresión de que escucho en las puertas ajenas… Siéntese… En este patio se está muy bien… Y si miss Street no se opone, puede usted quitarse la americana.

—Gracias —dijo Mason, quedándose en manga de camisa.

—Bueno —comentó Selkirk—. Y ahora, ¿a qué se debe está inesperada y casi brusca visita?

—A su nieto —contestó el abogado.

Selkirk se contrajo, como si retuviera, bruscamente la respiración y pregunto:

—¿Viene a hablarme de Robert?

—Sí. Su madre parece haber tomado ciertas disposiciones para que sea llevado a Méjico por una *baby-sitter*, llamada Grace Hallum.

—¿A Méjico? Pero, ¿por qué?

—Porque durante la noche del viernes, cuando su madre y Barton Jennings se marcharon al aeropuerto a esperar a Norda Allison, todo hace pensar que Robert disparó, con la ayuda de un *Colt Woodsman* del calibre 22, sobre alguien que merodeaba alrededor de la tienda donde dormía.

—¿Es algo que sabe o sólo lo supone?

—Algo que sé perfectamente.

—¿Cómo llegó a enterarse?

—Importa poco. Creí simplemente que esa información le interesaría.

—¿Robert y esta mujer están en Méjico?

—No; ya le he dicho que la madre de Robert había tomado medidas a este respecto, pero no estoy seguro de que hayan

marchado.

—Entonces, ¿qué cree usted? —preguntó Selkirk, inclinándose hacia adelante con la mirada fija en el rostro de Mason.

—Que la policía ha intervenido, llevándose a Robert y a su acompañante a la Jefatura Central, con objeto de interrogarles. Un mozo del aeropuerto recuerda haber visto a dos hombres abordar a miss Hallum en el momento que ella iba a retirar los billetes del avión. Después, ella ha seguido a estos dos hombres con el niño y las maletas.

Selkirk escuchó la información en silencio. Un momento después, inquirió:

—¿En qué funda la suposición de que Robert haya podido disparar y herir a alguien?

—En un rastro sangriento que iba desde las proximidades de la tienda hasta casi el borde de la acera donde sin duda aparcó un automóvil. Con la ayuda de una manguera ayer por la mañana alguien intentó hacer desaparecer este rastro de sangre. En la actualidad *casi* ha sido borrado del todo.

—¿Fue Barton Jennings el que se sirvió de dicha manguera? —preguntó Selkirk frunciendo el ceño.

Mason asintió.

—¿Y qué debe hacerse según usted? —volvió a preguntar el anciano.

—Pueden hacerse dos cosas. Una es de su incumbencia y la otra de la mía.

—¿Qué desea usted de mí?

—Como abuelo de Robert, usted puede recurrir al *habeas corpus* para que la policía le restituya a su nieto. Puede asimismo demandar a Grace Hallum por tentativa de secuestro, lo que obligará a Lorraine Jennings a intervenir para declarar que era por orden suya que miss Hallum se llevaba a Robert a Méjico.

Selkirk reflexionó durante algunos minutos. Después, se levantó y dijo:

—Si me excusa unos momentos, voy a telefonear a mi asesor jurídico…

Apenas hubo desaparecido en el interior del edificio, Della Street iba a decir algo, pero Mason le hizo una señal para que se callara, mientras le decía por su parte:

—¡Qué hermosa propiedad!, ¿verdad?

—Sí —contesto Della Street, dándose cuenta en seguida del juego—. Pero, ¡esto ha de costar una fortuna sólo de mantenerlo!

—Selkirk posee los medios necesarios… Tiene tanto dinero, que incluso puede gastarlo en hacerme seguir la pista… En fin, ¡mejor para los detectives privados que se aprovechan de estos despilfarros!

Mason premió a su secretaria con un guiño, y después comentó en voz alta:

—¡Ah!… Esta noche me acostaré muy temprano, porque, bien mirado, no puedo hacer grandes cosas mientras no comience la audiencia preliminar… Voy a concederme un pequeño anticipo, echando una siestecita mientras espero que Selkirk regrese…

—Vas a hacerme volver una perezosa… ¡Se está tan bien aquí! —comentó Della Street, contestando a una nueva mirada de inteligencia de su jefe.

Permanecieron silenciosos y, pocos minutos después, Selkirk reapareció y les anunció:

—He telefoneado a mis abogados, señor Mason, y ellos se ocuparán inmediatamente, de estas formalidades.

—Perfectamente —repuso Mason levantándose—. Su patio es tan propicio al descanso que casi me he dormido…

—Espero que la señorita Street y usted volverán a visitarme… pero sería mejor que antes me telefonearan —concluyó Selkirk, volviendo a adoptar su tono autoritario.

—Gracias por la invitación —afirmó Mason estrechando su mano.

De regreso a la calle, Perry Mason apretó el acelerador y Della Street observó:

—Pareces tener mucha prisa en llegar adonde vamos…

—Desde luego. Aquellos momentos de descanso me han hecho entrar unas ganas enormes de dedicarnos al *dolce far niente*. Un poco más, y conozco, en esta dirección una boite donde sirven unos *cocktails* extraordinarios. Allí disfrutaremos de lujo, de tranquilidad y… de frescor, a falta de voluptuosidad.

Della Street quiso decir algo, pero se arrepintió y guardó silencio. Algunos minutos más tarde, el abogado detuvo su coche en el aparcamiento del bar en cuestión y en compañía de su secretaria

entró en el interior del establecimiento.

—Pero, ¿qué te propones hacer, jefe? —preguntó su secretaria.

—Ignoro si en nuestro coche hay un micro, pero sabemos, de todos modos, que pueden seguirnos gracias a un truco electrónico… Rápido, atravesemos el bar… ¡Frente a la otra entrada, hay una estación de taxis!

Un minuto después, mientras abría la portezuela de un taxi, Mason ordenó al chófer:

—Tome la primera calle a la izquierda y, en seguida, otra vez la primera a la izquierda…

Mientras el vehículo arrancaba, Della Street, cada vez más desconcertada preguntó:

—¿Qué ocurre, jefe?

—Grace Hallum y el pequeño Robert se encontraban en casa de Horace Livermore Selkirk.

—¿En casa de Selkirk? ¿La misma de donde venimos? ¿Estás seguro de ello?

—Completamente. Había un barco infantil en la piscina cuando llegamos. Al irnos observé que aquel juguete ya no estaba a la vista… Y Horace Selkirk pudo haber sido muy bien uno de los hombres que intervinieron, autoritariamente, para impedir a la señorita Hallum que tomara el avión… ¡Chófer! Ahora tuerza a la derecha, y continúe en la misma dirección…

—Pero, jefe —protestó Della Street—, ¡no podemos esperar volver allá abajo en taxi! No van a abrirnos la verja.

—No, pero Selkirk debe temer que yo sospeche algo y, según creo, va a mandar al pequeño a otro lugar. Los detectives que seguramente han seguido nuestro vehículo pensaran que estamos en el bar y le telefonearán comunicándoselo… La maniobra que acabo de hacer realizar al chófer de este taxi me ha permitido comprobar que no nos siguen a la vista… y como en este coche no hay ningún sistema que les permita seguirnos sin vernos… Bueno, tuerza ahora a la izquierda, después de este gran árbol, chófer.

—Pero esto no es una calle, señor. Es, simplemente, el acceso a una propiedad privada…

—Lo sé —cortó el abogado—, pero tengo aquí una cita con alguien… Colóquese a un lado y marche a poca velocidad…

Mason dio bruscamente un codazo a Della Street. Otro taxi salía

a su encuentro. Cuando llegó a su altura, Mason y su secretaria tuvieron la breve visión de una joven sentada en el asiento de atrás, en compañía de un niño.

—Dé media vuelta, chófer… Siga este taxi… Creo que las personas que buscaba viajan en él, y quisiera saber a dónde se dirigen…

—¡Eh! —exclamó el chófer—. ¿De qué se trata? No quiero correr el riesgo de verme mezclado en historias…

—Yo tampoco, esté tranquilo… Si usted necesita explicaciones, estoy buscando pruebas por cuenta de un cliente que desea divorciarse… Tenga veinticinco dólares… Si esto le desagrada, déjenos en la primera parada de taxis que encontremos en nuestro camino y recurriremos a uno de sus colegas… Pero si usted me ayuda en mis investigaciones, todavía habrá otros veinte dólares para usted cuando nos apeemos de su coche. ¿Acepta?

—¡Pues claro que acepto, señor! —exclamó el chófer apretando el acelerador.

Estimulado por la agradable perspectiva de ganar todavía otros veinte dólares, el chófer hizo auténticas maravillas, utilizando todos los recursos del recorrido y hasta los embotellamientos, con el fin de no correr el menor riesgo de ser descubierto.

Finalmente, el otro taxi se detuvo delante de un pequeño hotel. La mujer y el niño descendieron mientras el chófer depositaba dos maletas junto a ellos.

—Tuerza por la primera calle a la izquierda —indicó Mason al conductor de su taxi mientras le entregaba un billete de veinte dólares— y deténgase allí.

Cuando el abogado y su secretaria entraron en el hotel, la elegante rubia que estaba con el niño acababa de firmar el libro de entradas. El encargado de recepción llamó a un botones mientras depositaba una llave sobre el mostrador.

—Acompaña a la señora Halton al 619.

Acercándose, Mason preguntó:

—¿Es aquí donde se ha instalado J. C. Endicott?

El empleado frunció ligeramente las cejas y señaló con la barbilla el teléfono, que se encontraba al otro extremo del largo mostrador.

—Pregunte a la centralita.

Mason obedeció, mientras el empleado se dedicaba a distribuir la correspondencia en los distintos casilleros de los huéspedes.

—¿De dónde procede ese señor? —preguntó la telefonista.

—De Nueva York —contestó el abogado.

Hubo un momento de silencio. Después, la telefonista declaró:

—Lo siento, señor, pero este nombre no figura entre nuestros clientes.

—Gracias, señorita, ¡muy agradecido! —exclamó Mason con un acento sumamente cordial. Luego, colgó el auricular y anunció a Della Street:

—Sí, ya ha llegado… Está esperándonos… No puedes imaginarte lo que me gustará volver a ver al viejo Jim.

Mientras hablaba, el abogado iba empujando a su acompañante hacia uno de los ascensores.

—Al séptimo piso —ordenó al ascensorista.

Cuando el ascensor inició el regreso hacia la primera planta, después de haberles dejado en el séptimo piso, Mason y Della Street descendieron rápidamente un piso por las escaleras.

El botones, que había acompañado a la mujer y al niño a su habitación, entraba en el otro ascensor cuando el abogado llegó al rellano del sexto piso. Mason se dirigió hacia la habitación 619 y llamó a la puerta después de murmurar al oído de su secretaria:

—Dirás que eres la camarera que lleva las toallas.

Pasados unos segundos, una voz femenina preguntó desde el otro lado de la puerta:

—¿Quién llama?

—La camarera, señora, con las toallas —contestó Della Street.

La puerta se abrió en seguida, y Mason penetró, resueltamente en la habitación mientras Della Street cerraba detrás suyo y pasaba el cerrojo.

La hermosa rubia les miró asustada y después lanzó una instintiva mirada en dirección a la puerta que comunicaba con la habitación contigua.

—Siéntese, señorita Hallum —indicó Mason—. No debe temer nada, a condición de que nos diga toda la verdad. ¿Por qué no ha tomado el avión de Méjico, como tenía que haber hecho?

—Yo… Yo… ¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

—Quiero saber por qué no ha marchado a Méjico, tal como

estaba convenido.

Ella se mordió los labios.

—Supongo que usted representa a la señora Jennings. Yo… también me he preguntado si había hecho lo que debía…

—¿Sí?

—Pero, ¿por qué tengo que confiar en usted?

—¿Prefiere declarar ante la policía? —replicó Mason acercándose al teléfono.

—¡No! ¡No! ¡Por el amor de Dios! ¡Esto es lo que tenemos que evitar a cualquier precio!

—Entonces, hable, que la escuchamos —señaló Mason, mientras Della Street sacaba un bloc y una estilográfica de su bolso, y se sentaba ante la mesa.

La señorita Hallum fue a la habitación contigua:

—Robert —ordenó— quédate aquí bien quieto, y espera a que venga a recogerte.

—Sí, señora —contestó educadamente el niño.

La señorita Hallum cerró entonces la puerta de comunicación y se dirigió hacia Mason, diciéndole:

—Si no he llevado a Robert a Méjico fue porque su abuelo me aseguró que corría el riesgo de ser detenida al descender del avión.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

Me fui con Robert a casa de Selkirk. Pero de repente él me pidió que me marchara, para venir al hotel donde ya había alquilado dos habitaciones.

—Pero, ¿por qué tenía que llevarse a Robert a Méjico? —indagó Mason.

—Por que Robert…

—¡Siga, siga!

—Sería posible que Robert hubiese matado a su padre.

—Y los Jennings, ¿querían evitar que el niño se diera cuenta?

—Desean asegurar su protección hasta que haya tenido lugar una investigación más detallada. Por ahora, Robert sólo sabe que ha disparado sobre alguien, lo que ya es bastante terrible para un niño y nadie le ha dicho todavía que su padre ha muerto. Barton Jennings, el segundo esposo de su madre, le repite que ha sufrido una pesadilla, que todo no fue más que un sueño…

—Y su opinión, señorita, ¿cuál es?

—No sé qué pensar…

—¿Cómo es que Robert disponía de un revólver?

—Fue por culpa de una de mis colegas —explicó la señorita Hallum, que contó a Mason todo lo que este ya sabía por la propia Hannah Bass.

Mientras Mason bajaba la cabeza de vez en cuando en señal de asentimiento, la joven continuó:

—Pero pronto Robert sintió el deseo de tener el revólver *cargado*. Según mi colega, se apoderó de un cartucho del calibre 22, y se divertía colocándolo dentro del cargador. Hace cosa de una semana, el señor Jennings descubrió que el niño jugaba con un auténtico revólver. Al principio se enfadó mucho, pero después se lo permitió ignorando que Robert poseía una bala. Es por esto que el viernes por la noche, cuando él y su esposa dejaron solo al niño para ir a recibir a una amiga en el aeropuerto, no ofrecieron ninguna resistencia para dejar el revólver en manos de Robert, como pedía el niño… ¡Nunca he visto a ningún niño con esta pasión por las armas de fuego!

—Sí, sí… Pero, ¿qué pasó el viernes por la noche?

—Robert dormía en su tienda, en el patio. Se despertó al oír que alguien se acercaba y a través de la entrada de su tienda vio la silueta de un hombre… Entonces, cogió el revólver, que tenía junto a su almohada… Explicó que apenas se dio cuenta de haber apretado el gatillo, pero oyó el ruido de un disparo y, luego, Robert advirtió que alguien huía corriendo… Pero yo me pregunto todavía si no fue otra persona, alguien que encontrándose al lado de la tienda, disparó en su lugar… Es una opinión personal que se la doy por si sirve de algo… En todo caso, la señora Jennings desea que nos esforcemos en convencer a Robert que sufrió una pesadilla.

—¿Qué hizo el niño después de esto?

—Corrió hacia la casa a despertar a su madre. Ella le explicó que Barton Jennings había sufrido un ataque reumático, que le obligó a tomar una droga para dormir y que sería mejor no despertarle… Después, procuró calmar a Robert diciéndole que, si vio correr a alguien, quedaba demostrado que aquella persona tuvo simplemente miedo, pues de otro modo no hubiese podido correr. Resumiendo, el pequeño no tardó en calmarse y volvió a su tienda. La señora Jennings, cogiendo entonces el revólver quiso devolverlo

a su sitio, en la habitación reservada a los invitados. Pero, entonces se acordó que Norda Allison la ocupaba aquella noche. Dejó el revólver sobre la pequeña consola que se encuentra al pie de la escalera y regresó a la cama.

—¿Dónde estaba entonces su marido?

—En una habitación del piso alto. Cuando sufre un ataque de reumatismo toma codeína y duerme en otra habitación.

—¿Qué ocurrió después?

—La señora Jennings no pudo volverse a dormir preocupada por lo que Robert acababa de contarle. Al cabo de una o dos horas, o sea poco antes de que amaneciera, oyó que su marido se movía y fue a explicarle lo ocurrido. El señor Jennings, vivamente emocionado, salió a echar una ojeada al exterior, y debió descubrir algo que confirmó sus temores… En todo caso dijo a su esposa que no se le olvidara volver a dejar el revólver en la cómoda tan pronto como Norda Allison abandonara la habitación destinada a los invitados. Luego me trajo a Robert. Guardé al niño durante todo el día de ayer, esforzándome en convencerle de que había sufrido una pesadilla, tal y como me recomendó el señor Jennings. Esta mañana, el señor Jennings ha vuelto con varias prendas de Robert diciéndome que tenía que partir, inmediatamente, hacia Méjico con el niño, por vía aérea, y que ya teníamos dos habitaciones alquiladas en el Hotel Reforma. Seguí sus instrucciones, pero, en el aeropuerto, el señor Horace Selkirk, abuelo de Robert, intervino en compañía de otro hombre. Nunca había tenido ocasión de conocerle, pero me enseñó su pasaporte y me dijo que si yo llevaba a Robert al extranjero el peso de la ley caería sobre mí… En seguida, se nos ha llevado con él a su casa; pero, desde entonces, sólo he tenido preocupaciones porque hubiese querido ver al señor Jennings para estar segura de que había actuado como era preciso…

—Barton Jennings, ¿no sabe, todavía, que usted no ha marchado? —preguntó Mason.

—No. El señor Horace Selkirk nos ha hecho escribir unas postales que serán enviadas desde Méjico al señor y a la señora Jennings… Estas postales, según convine con el señor Jennings, solamente las hemos firmado G. R… Es decir, iniciales de Grace y Robert…

—¿Cuántas postales han escrito?

—Alrededor de una docena.

Mason miró, fijamente a la señorita Hallum y dijo:

—Bien… Y ahora, cuénteme el resto.

—¿El resto? ¿Qué entiende usted por el resto?

—¿Cuánto le ha prometido Selkirk… o entregado?

La señorita Hallum bajó la mirada y guardó silencio. Mason esperó. Entonces, la mujer lanzó un suspiró y murmuró:

—Me dio mil dólares, y me prometió otros cinco mil si seguía sus instrucciones.

—¿Ha oído hablar de la ley sobre los raptos? —preguntó reposadamente, Mason.

—¿Rapto? —gritó indignada miss Hallum—. ¡Pero si el señor Selkirk es el abuelo de Robert!

—Y como tal, no tiene más derechos sobre el niño que el tendero de la esquina —replicó Mason—. Por ahora, su madre es la única persona que puede decidir el lugar donde debe permanecer el niño, y ella le mandó que lo llevara a Méjico.

—Fue el señor Jennings quien me lo ordenó.

—Pero hablaba en nombre de su mujer. Usted tenía la obligación de llevar al niño a Méjico. Al conducirlo no importa dónde, pero a otra parte, comete legalmente un rapto.

—El señor Selkirk me aseguró que él arreglaría este asunto con los Jennings.

—Entonces, ¿por qué le dio mil dólares y le prometió otros cinco mil?

Miss Hallum permaneció unos momentos en silencio y, después, súbitamente declaró:

—Ya me doy cuenta de que no debí actuar de ese modo, sin avisar al señor Jennings… Bien, de acuerdo, partiré para Méjico.

—He aquí un excelente cambio de actitud —aprobó Mason—. Yo mismo voy a buscarle un taxi… Déme sus maletas… La señorita Street, mi secretaria, me ayudará a bajarlas y ya nos arreglaremos para que nadie sepa que usted y el niño han partido… Dentro de veinte minutos exactamente descienda con Robert en el ascensor. Pregunte si hay alguna farmacia por estos alrededores y después, al salir del hotel, tuerza hacia la derecha. La señorita Street y yo, la estaremos aguardando en un taxi, en esta misma calle… Puede

usted creerme: ha tomado la decisión que le convenía… Ante todo, es necesario convencer a Robert de que ha soñado esta terrible historia… Una vez en Méjico, le sobrará tiempo para hacerlo…

—Pero, ¡Horace Selkirk se pondrá muy furioso cuando se entere que nos hemos marchado! Nos hará buscar… nos encontrará, y…

—No, porque usted se encontrará en el único lugar del mundo donde no será capaz de pensar que pueda encontrarse: en el Hotel Reforma, de Méjico.

—¿Y la cuenta del hotel? Si marcho sin pagar…

—Las habitaciones han sido alquiladas por Horace Selkirk —dijo Mason—. Déjele a él el cuidado de pagarlas.

—¿Cuánto tiempo cree que pasará antes de que descubran que nos hemos marchado? —preguntó inquieta, la señorita Hallum.

—Tal vez *mucho* más tiempo del que usted se imagina —aseguró sonriendo el abogado.

—Y entonces, ¿qué ocurrirá?

—Entonces, creo que Horace Livermore Selkirk, nos mirará a todos nosotros con mucho más respeto —declaró Mason con evidente satisfacción.

Capítulo 13

De regreso al bar donde habían estado antes, Perry Mason y Della Street, se concedieron un breve descanso, después de lo cual el abogado comentó con su secretaria:

—De repente, se me ha ocurrido una idea, y vamos a ponerla en práctica… Querida Della, vas a llamar a Drake desde esta cabina telefónica que hay para decirle que me hace falta uno de sus agentes… Necesito una mujer alta, rubia, guapa, que aparente unos veintisiete años… Y un niño de siete años, moreno, de carácter reposado y bien vestido.

—¿Y qué tendrán que hacer?

—Deberán instalarse en las dos habitaciones contiguas que Horace Selkirk alquiló para Grace Hallum y el pequeño Robert. Que Paul no se olvide de recomendarle que pague todos los gastos al contado, y de hacer que no apunten nada en la nota.

—Pero, el empleado de la recepción, ¿no se dará cuenta de que no es la misma mujer que le ha pedido la llave?

—Está previsto, Della. Nuestra colaboradora tendrá que esperar que este empleado termine su turno de trabajo y haya sido sustituido por el del turno de noche. Entonces, pedirá las llaves de las habitaciones 619 y 621, pero procurando no decir a nadie que ella es Grace Hallum.

Diez minutos después, Della Street se reunió con su jefe y le comunicó:

—Paul me encarga que te diga que está de acuerdo en todo, pero que no está entusiasmado.

—¿Por qué?

—Porque es ilegal.

—¿Qué es ilegal?

—¡Veamos! —exclamó Della Street—. Tú instalas a esta mujer

en la habitación de otra mujer, y…

—¿De qué me estás hablando? Se trata de una habitación de hotel que Grace Hallum ha dejado libre al abandonarla.

—Pero se ha ido sin pagar la nota.

—Horace Selkirk sin duda debió de adelantar alguna cantidad para pagar el alquiler de varios días y asegurarse estas habitaciones… Pero, además, si ella hubiese marchado, quedando a deber su nota, sería Grace Hallum la que habría cometido una falta y no la mujer enviada por Paul, ya que ésta pagará al contado todo lo que pida.

Della Street no pareció quedar muy convencida de la exactitud de este razonamiento.

—Sea como sea —dijo— esta misión no ha entusiasmado a Paul, ni mucho menos…

—Querida Della: cuando tengo que recurrir a Paul, siempre le pago y le garantizo que, si sigue al pie de la letra mis instrucciones, no irá a la cárcel. Pero lo que nunca pretendí es que lograra de mis asuntos tanta diversión como provecho.

Capítulo 14

El juez Homer F. Kent, miró a los asistentes y anunció:

—La audiencia preliminar del caso Ministerio público contra Norda Allison, queda abierta.

Mandley Marshall, que representaba al fiscal del Distrito, y Perry Mason se pusieron a la disposición del Tribunal después de lo cual el sustituto llamó al guardián del «San Sebastian Country Club».

El testigo declaró que había observado, la mañana del dieciocho, muy temprano, un vehículo estacionado en el aparcamiento del club. Al principio no le dio la menor importancia, porque algunos miembros del club a veces tenían el capricho de ir a jugar, a primera hora, una partida de golf. Pero, más tarde, hacia las once y media, un jugador de golf le indicó que alguien se encontraba dentro de este coche, y que parecía dormir profundamente, sin duda por haber bebido demasiado. El guardián distinguió efectivamente la silueta de un hombre echado de bruces sobre el volante y no insistió. Pero, una hora más tarde, acercándose finalmente al coche, vio un rastro de sangre en el interior, y entonces avisó a la policía.

—El contrainterrogatorio —invitó Marshall a Mason.

—¿Abrió usted la portezuela? —preguntó Mason al testigo.

—No, sólo miré a través del cristal.

—Entonces, ¿éste estaba subido?

—Sí.

—¿Lo estaban los cristales de las cuatro ventanillas?

—Creo que sí.

—Por ahora esto es todo —dijo Mason.

Declararon después, sucesivamente, un ayudante del forense que había examinado el cadáver, un fotógrafo, autor de algunas fotos de la víctima, consideradas como pruebas, y el médico que había practicado la autopsia. Este último declaró que la muerte había sido

producida por una bala del calibre 22, que había penetrado por el lado izquierdo del pecho, exactamente frente al brazo izquierdo. Esta bala se alojó en el pecho sin atravesar el cuerpo. El cirujano, por tanto, pudo recuperarla y la puso en manos del señor Alexandre Redfield, experto en balística. Según el cirujano, la muerte no fue instantánea. Desde luego, entre el momento en que la bala penetró en el cuerpo y el instante en que Selkirk murió, pudieron pasar diez o quince minutos o quizá solamente uno o dos.

—Su turno —indicó Marshall.

—En estas condiciones —preguntó Perry Mason al testigo—, ¿es posible que la víctima recibiera este disparo en cualquier otro lugar y pudiera conducir su coche hasta el lugar donde fue encontrado?

—Sí, es posible, aunque poco probable.

—Usted ha hablado de diez o quince minutos…

—Dije que tanto pudieron haber pasado diez o quince minutos, como solamente uno o dos, desde el momento del disparo al de la muerte.

—¿No cree posible que la víctima hubiera podido sobrevivir veinte minutos todavía, después de recibir esta bala en su pecho?

—Lo dudo mucho, pero debo aceptar que no es imposible.

—Y, durante este intervalo de tiempo, ¿el difunto pudo haber conducido su vehículo?

—Solamente durante una parte de este rato, porque sufriendo una fuerte hemorragia, perdía sus fuerzas y, al propio tiempo, mucha sangre.

—Gracias —repuso Mason—. Puede retirarse.

Después del médico, el sargento Holcomb, de la Brigada Criminal, fue el testigo que Marshall llamó a declarar.

El policía declaró que se trasladó al «San Sebastian Country Club» para examinar el cuerpo de la víctima.

—¿Inspeccionó también el terreno circundante? —le preguntó el ayudante del fiscal.

—Sí.

—¿Descubrió algo interesante o significativo?

—Sí.

—Haga el favor de explicarnos este descubrimiento.

—A un centenar de metros del lugar de aparcamiento —dijo el sargento Holcomb, echando una mirada triunfal hacia Mason—

descubrí, escondida entre la maleza, una imprentilla muy completa.

—¿Qué clase de imprentilla?

—Un modelo portátil, pesando unos cuarenta kilos.

—¿Puede darnos más detalles sobre esta imprentilla?

—Tenía compuestos varios caracteres formando el nombre de la cliente del señor Mason, y su dirección de San Francisco. Además, sobre el rodillo de imprimir, descubrí una huella digital, clarísima.

—¿Pudo identificar a quién pertenecía?

—Sí.

—¿A quién?

—A la señorita Norda Allison. Era la huella de su anular izquierdo.

—Si la imprentilla hubiese servido después que esta huella quedó impregnada sobre el rodillo, ¿hubiese quedado borrada por el roce?

—En efecto, sí, señor.

—¿Descubrió algo más por aquellos alrededores, sargento Holcomb?

—Sí… La cápsula vacía de un cartucho de revólver del calibre 22.

—¿Puede enseñárnoslo?

—Aquí está —contestó el policía sacando de su bolsillo una cajita de cristal que contenía la cápsula mencionada.

—Y, ¿dónde encontró usted esta cápsula?

—A unos seis metros del coche donde estaba el cadáver de Mervin Selkirk.

—¿Qué clase de terreno hay en ese lugar?

—Es un terreno muy poblado de hierbas.

—Gracias —dijo Marshall—. El testigo está a su disposición, señor Mason.

Con una sonrisa afable, el abogado preguntó:

—¿Cuánto tiempo hacía que esta cápsula se encontraba sobre la hierba, sargento, cuando usted la recogió?

—Si es la cápsula de la bala que causó la muerte a Mervin Selkirk, no podía estar allí desde hacía más de doce horas.

—Pero, ¿hay algo que demuestre que esta cápsula es la de la bala que mató a Selkirk?

—Si fuera otra, sería una gran coincidencia.

—Pero usted *ignora* cuánto tiempo hacía que esta cápsula se encontraba allí cuando la encontró, ¿no es así?

—Cierto, no puedo asegurarlo. Para saberlo, hubiese sido preciso que estuviese presente cuando la bala fue disparada. Y si yo hubiese estado allí…

—Esta cápsula, ¿podría haberse hallado en aquel lugar, desde hacía dos días, sargento? —interrumpió Mason al testigo.

—Creo que sí.

—¿O diez días?

—Tal vez sí.

—¿Cuál es la naturaleza del terreno, en el lugar donde usted descubrió la imprentilla?

—Es un terreno en pendiente y cubierto de maleza.

—La imprentilla, ¿se encontraba profundamente hundida en la espesura, o relativamente a la vista?

—Profundamente hundida en la maleza.

—¿Se encontraba normalmente colocada o bien vuelta, como si hubiese sido echada en la espesura?

—Parecía colocada allí, normalmente.

—¿Como si la hubiesen depositado cuidadosamente en aquel lugar?

—Todo lo que puedo decir, es que se hallaba colocada normalmente.

—Y la huella digital de mi cliente, ¿aparecía muy clara?

—¡Oh! Sí, muy nítida.

—¿Buscó a ver si la imprentilla contenía otras huellas digitales, además de la de Norda Allison?

—Yo, no, pero el experto la examinó delante mío.

—Y, ¿descubrió otras señales además de la de la acusada?

—Que yo sepa, no.

—¿Hubiera sido posible a una mujer de la *corpulencia* de miss Norda Allison, cargar con esta imprentilla que pesa unos cuarenta kilos, y depositarla entre la maleza, sin dejar en ella huellas digitales?

—Sin duda. Le hubiera bastado con ponerse guantes.

—¿Observó si las matas parecían haber sido pisoteadas, por alguien que transportara el pesado objeto?

—Sí. En diferentes lugares la hierba revelaba que por allí había

pasado alguien.

—¿Pudo examinar las huellas de estos pasos?

—No.

—Según usted, sargento, el transporte a mano de un objeto pesado y poco manejable, como esta imprentilla, ¿ofrecería dificultades?

—¡Desde luego!

—¿Y cree posible que esta imprentilla fuera dejada allí, por la noche?

—No puedo afirmar nada en ese sentido.

—Pero, según usted, ¿es esto posible?

—Desde luego.

—¿Y probable?

—También.

—Desplazándose en la oscuridad, a través de un terreno lleno de malezas, ¿la persona que transportó este objeto no corría el riesgo de resbalar y caer?

—Tal vez, sí, si se desplazó en la oscuridad, pero no hay nada que demuestre que lo hizo así.

—Excúseme, sargento, me parecía haberle oído declarar que esto era probable.

—He dicho que la imprentilla probablemente fue depositada durante la noche, pero la persona que la transportó pudo haberse iluminado con una linterna eléctrica.

—¡Ah, sí! —comentó Mason—. Esta persona podía llevar la imprentilla en una mano pesando cuarenta kilos y, en la otra, la lámpara eléctrica, ¿no es así?

—Yo no he dicho esto. Esta persona podía haber llevado la referida lámpara cogida entre sus dientes.

—Le concedo esa posibilidad… Pero, dada la naturaleza peculiar de la tinta de imprimir ¿no cree que esta persona, transportando la imprentilla de ese modo, por lo menos se habría manchado las mangas de su vestido?

—Podía haber llevado mangas cortas —contestó el sargento Holcomb con una sonrisa burlona.

—Cuando descubrió esta imprentilla entre la maleza, sargento, ¿estaban presentes otras personas?

—Sí. Estaban conmigo dos técnicos y el teniente Tragg.

—¿Les llamó para que vieran lo que acababa de descubrir?

—Claro.

—Por consiguiente, ellos se reunieron con usted a través de la maleza y de las matas.

—Sí.

—Y, ¿no tropezó ninguno de ellos?

—El teniente Tragg se enredó un pie y cayó de cara, mientras que uno de los dos técnicos pudo cogerse apenas a un arbusto.

—Pero ninguno de ellos, supongo, llevaba ningún peso encima…

—No.

—¿Y era de día?

—Sí.

—Sargento, si la acusada hubiera querido que no se encontrara esta imprentilla, ¿por qué la habría escondido tan cerca del escenario del crimen?

—Pregúnteselo. Ella es su cliente.

—Se advierte al testigo, que debe abstenerse de hacer semejantes comentarios —intervino severamente el juez Kent—. Debe contentarse con responder a las preguntas.

—Ruego al Tribunal —dijo entonces Mason— que acepte esta pregunta como puramente argumentativa, ya que no corresponde exactamente al contrainterrogatorio.

—Estoy totalmente de acuerdo —aprobó el juez—. ¡Objeción aceptada!

Mason continuó:

—Suponiendo que el asesino hubiese cometido su crimen en el lugar donde se encontró el cadáver de Mervin Selkirk tendría que haber huido en seguida, ¿probablemente, utilizando un coche?

—En efecto.

—En este caso, si deseaba que nadie encontrara la imprentilla, ¿por qué el asesino no se la ha llevado consigo, en su coche, en vez de abandonarla a cien metros del cadáver, donde no tardaría en ser descubierta?

—¡Protesto! —intervino Marshall—. Esto es una pregunta puramente argumentativa.

El juez Kent se mordió el labio inferior y acabó por declarar, mirando a Mason:

—Se acepta la protesta, pero el Tribunal reconoce que hay algo

anormal en el supuesto comportamiento del asesino.

—Gracias, señor Presidente —dijo Mason, inclinándose—. Por ahora, he terminado con este testigo.

Marshall llamó a continuación al teniente Tragg.

—Teniente, ¿registró usted la habitación donde la acusada pasó la noche del diecisiete al dieciocho?

—Sí.

—¿Descubrió algo que le llamara la atención?

—Sí. Debajo de la almohada encontré un *Colt Woodsman* del calibre 22, registrado con el número 21323-S.

—Si lleva esta arma encima, ¿quiere enseñárnosla, por favor?

El policía abrió una cartera de cuero que había depositado cerca de él y exhibió el *Colt*.

—¿Había huellas digitales en esta arma?

—Sólo vestigios de huellas, que no podían resultarnos útiles… Es algo que, por otra parte, no tiene nada de extraño en armas de ese tipo, pues su superficie generalmente es poco porosa. Sólo hay un sitio en el que se pueden encontrar a veces huellas bien claras: el cargador. En efecto, se debe manipular con el pulgar y el índice, antes de empujarlo con el pulgar.

—¿Observó huellas en el cargador?

—No, al menos ninguna que pudiéramos utilizar.

—¿Fotografió la posición exacta de esta arma en la cama, después de haber quitado la almohada?

—Sí… Vea la fotografía que tomé —contestó el testigo, buscando de nuevo en su cartera.

Marshall ofreció la foto a Mason, mientras decía:

—Quisiera que esta fotografía fuese aceptada como prueba de la acusación.

La fotografía representaba la parte superior de una cama, con un pañuelo extendido sobre el cual descansaba el revólver.

—No tengo nada que objetar —declaró Mason—. Esta foto puede considerarse como un documento probatorio.

—El testigo queda a su disposición —dijo entonces Marshall.

—Teniente —preguntó el abogado—, ¿el revólver no ha sido movido de su sitio cuando levantó la almohada?

—No, en absoluto.

—¿Puedo deducir de esto, que esperaba encontrar una arma

debajo de la almohada?

—Sí, esperábamos encontrar una.

—Este revólver, cuando lo encontró, ¿estaba cargado?

—No contenía una sola bala.

—¿Y había cartuchos en la habitación donde lo encontró?

—Sí. Había una caja y media, llena de balas del calibre 22.

—¿Pudo descubrir huellas digitales en esa caja?

—Ninguna que pudiéramos identificar con certeza.

—Por ahora es bastante —concluyó entonces, Mason.

—Con el permiso del Tribunal —intervino Marshall—, el teniente Tragg está en condiciones de confirmar el descubrimiento al lado del cadáver de la cápsula vacía y la imprentilla. Pero, dado que se trata de una simple audiencia preliminar y que el sargento Holcomb ya declaró sobre este extremo, no he querido formular preguntas innecesarias. Sin embargo, debo indicar que si el señor Mason desea proceder a un contrainterrogatorio del teniente Tragg sobre este punto, no haremos la menor objeción.

—Sobre este extremo sólo quisiera formular una pregunta —indicó Mason—. Teniente Tragg, ¿cree usted que es posible transportar esta imprentilla portátil, sin mancharse el traje?

—Sí, creo que es posible.

—Pero con la condición de poner mucho cuidado en no mancharse, ¿verdad?

—Sin duda.

—¿Quién ha transportado esta imprentilla desde los matorrales hasta el coche de la policía?

—Yo mismo me encargué de esto.

—¿Se manchó su traje?

—Desgraciadamente, sí.

—Ha oído cómo el sargento Holcomb decía que usted se cayó… ¿Es exacto?

—Totalmente.

—¿Fue mientras transportaba la imprentilla, que se cayó?

—No, fue yendo a buscarla. Al volver, puse mucho cuidado y no volví a tropezar.

—Pero esto sucedió en pleno día, ¿no es cierto?

—Sí, casi era mediodía.

—Como oficial de policía, teniente Tragg, ¿cree usted que este

objeto se hallaba colocado entre la maleza de modo que había pocas probabilidades de descubrirlo?

Marshall casi se incorporó para hacer una objeción, pero volvió a sentarse sin pronunciar palabra, estimando que el testigo era perfectamente capaz de arreglárselas por sí solo.

—No, teniendo en cuenta la manera que se llevan a cabo las investigaciones en un caso de asesinato, esta imprentilla tenía, al contrario, muy pocas posibilidades de pasar inadvertida.

—O sea, dicho de otro modo, usted no comparte la opinión del sargento Holcomb, que cree que el descubrimiento de esta imprentilla quedará como un jalón en la historia de la brigada criminal, ¿verdad?

Una ola de risas invadió la sala y, esta vez, Marshall se levantó de un salto protestando con vehemencia.

—Se acepta la objeción —declaró el juez Kent, disimulando a duras penas una sonrisa que pugnaba por iluminarle el rostro.

—Por ahora no tengo que formular más preguntas —declaró Mason.

—Pedimos que el *Colt* del calibre 22 y número de registro, 21323-S, sea considerada como prueba de convicción —solicitó Marshall.

—Ninguna objeción —manifestó Mason.

El siguiente testigo fue Alexander Redfield, técnico en balística y armas de fuego. Habiendo tenido, ya, sobradas ocasiones de ser víctima de los astutos contrainterrogatorios de Mason, Redfield se mostró extremadamente prudente en sus respuestas.

Después de haberle enseñado el *Colt* y la bala causante de la muerte, que ya eran aceptadas como pruebas demostrativas, Marshall le preguntó si la bala había sido disparada por este revólver.

—No puedo afirmarlo —contestó el técnico.

—¿No puede decirlo? Usted ha tenido la posibilidad, en su calidad de experto, de examinar esta arma y esta bala, ¿no? Bien. Es que disparando otra bala con este mismo revólver, ¿no habría podido comparar los dos proyectiles y contestar de ese modo la pregunta que acabo de formularle?

—Normalmente sí, en efecto. Pero en este caso me ha sido absolutamente imposible proceder así, porque una lima del tipo,

vulgarmente llamado «cola de ratón», ha sido utilizada para frotar el interior del cañón de esta arma, modificando completamente las estrías que permiten, por regla general, asegurar que determinada bala ha sido disparada por determinada arma.

—¿Puede decirnos cuándo cree que limaron de ese modo el ánima de la *Colt*?

—Sólo puedo afirmar que no se ha disparado ninguna otra bala con este revólver a partir del momento que fue limado. Las limaduras que encontré en el interior del cañón, me permiten tener la absoluta certeza.

—Bien… Ahora voy a llamar su atención sobre la cápsula vacía que se descubrió cerca del cadáver de Mervin Selkirk. ¿Puede decirnos, al menos, si este cartucho procedía de un disparo efectuado por el *Colt* número 21323-S?

—Sí. Este cartucho ha sido disparado por el mencionado *Colt*.

—¿En qué se funda para afirmarlo?

—En el hecho de haber procedido a un estudio microscópico del percutor de este *Colt* y de su eyector, así como de las marcas dejadas por ellos sobre dicho cartucho.

—Su turno —dijo Marshall haciendo un gesto a Mason.

—¿Averiguó usted a nombre de quién estaba registrado ese *Colt* número 21323-S? —preguntó el abogado.

—Sí, estaba registrado a nombre del señor Barton Jennings.

—¿Y fue en el domicilio de este último donde fue a buscar el arma citada, por encargo de los investigadores?

—Sí.

—Muy bien —señaló Mason—. Si he comprendido bien, su declaración puede resumirse del siguiente modo: admitiendo que mi defendida hubiera asesinado a Mervin Selkirk, ante todo, tuvo que penetrar en una casa perteneciente al señor Barton Jennings. Una vez allí, encontró el medio de apoderarse de un arma, propiedad del propio señor Barton Jennings, después de lo cual, abandonó esta casa para dirigirse al «San Sebastian Country Club», donde ha disparado un solo cartucho, hiriendo mortalmente a Mervin Selkirk. Inmediatamente después, sin hablar de la imprentilla de cuarenta kilos que ha transportado a través de una maleza, sin tropezar ni una sola vez, ni desgarrar o manchar de tinta su delicado traje, ha regresado a su habitación de casa de los Jennings, ha limado el

interior del revólver utilizando una lima especial, para impedir que pudiesen identificar la bala fatal, y después de todo esto, ha depositado el arma del crimen debajo de la almohada de la cama donde durmió aquella noche, con el objeto de que la policía pudiera encontrarla sin dificultad… ¿No es esto?

La pregunta enojó, visiblemente, al testigo.

—No tengo ningún medio de saber en qué orden se han desarrollado estos diferentes acontecimientos —contestó el técnico —, ni quién ha limado el interior del cañón… Es posible que la acusada haya dejado el revólver debajo de su almohada y que alguna otra persona se haya encargado de modificar el interior del cañón con una lima.

—Perfectamente —aceptó Mason, sonriendo—. El limado de la pistola pudo ser obra de otra persona, según su opinión, ¿no es así, señor Redfield?

—Sí.

—¿Se ha encontrado en poder de mi defendida alguna de estas limas largas, pequeñas y redondeadas que se conocen por «cola de ratón»?

—No, que yo sepa.

—No es, ciertamente, un objeto de uso corriente en el bolso de una mujer, ¿no le parece?

—¡Protesto, señor Presidente! ¡El testigo es técnico en armas de fuego, pero no en lo que puede llevar corrientemente en su bolso una mujer!

—Objeción aceptada —convino el juez Kent.

—Usted ha declarado que la limadura pudo haber sido hecha por otra persona que no es mi defendida, ¿Barton Jennings, quizá?

—Sí.

—En este caso, ¿no podríamos suponer igualmente que esta persona, en vez de haber limado el cañón, después de haber encontrado el arma bajo la almohada, pudo depositar el arma bajo la almohada, después de haber limado el cañón? —preguntó Mason.

—Evidentemente, es una suposición que puede hacerse —reconoció el testigo.

Mason avanzó entonces hacia Redfield, mientras le decía:

—Aquí tiene un cartucho vacío, del calibre 22. Quisiera que usted lo comparase con el otro cartucho, que ha sido aceptado como

pieza de convicción, y que me indicara si ambos han sido disparados por la misma arma.

Redfield cogió el cartucho que le entregaba Mason y lo examinó con una lupa que sacó de su bolsillo.

—Para poder contestarle bien, señor Mason —declaró, al cabo de un rato—, necesito efectuar un estudio minucioso de los dos cartuchos, a través de un microscopio.

—¿Cuánto tiempo precisará para ello?

—Un par de horas.

—Entonces sugiero que proceda a realizar esta investigación, después de marcar este cartucho de modo que se pueda identificar, sin ninguna duda.

—Un momento, se lo ruego —intervino Marshall—. Ignoro a dónde quiere llegar el señor Mason, pero este cartucho no tiene ninguna relación con este asunto, y nos importa muy poco saber qué arma pudo haber disparado tal cartucho.

—Objeción rechazada —contestó el juez Kent—. El testigo ha declarado que cierto cartucho fue disparado por determinada arma. El señor Mason tiene, pues, perfecto derecho en querer asegurarse sobre este particular, al preguntar al testigo si este otro cartucho fue disparado por la misma arma.

»El Tribunal ha oído criticar los métodos del señor Perry Mason, por personas que, a menudo, representan al Ministerio de Justicia, y que los califican de «teatrales». Pero en todo lo que le concierne, este Tribunal prefiere ver a los abogados recurrir a métodos «teatrales» antes que dejar condenar a un inocente. El objeto de los contrainterrogatorios es poner a prueba a los testigos, para asegurarse que sus declaraciones son exactas y sinceras. Y, gracias al contrainterrogatorio efectuado por el señor Mason, parece verdaderamente insólito que una persona, después de servirse de un arma para cometer un crimen, haya procedido a guardar dicha arma en un lugar donde sabía que no tardaría en ser encontrada, ¡pero no sin antes haberse dado prisa en limar el interior del cañón! ¿Por qué, válgame el Cielo, la acusada procedió de ese modo?

—¿Me permite respetuosamente contestar su pregunta? —intervino Marshall.

—No pido otra cosa que esto: que *intente* contestar mi pregunta —replicó el juez Kent.

—La contestación es muy simple —declaró entonces Marshall—. La acusada puede que no haya cometido un crimen premeditado, pero, cuando se encontró con Mervin Selkirk, llevaba un arma encima. Ignoramos lo que pudo pasar entre la víctima y ella. Es algo que sólo la acusada podrá explicarnos, si quiere declarar. Sólo sabemos que miss Norda Allison escondió esta arma y mató a Mervin Selkirk. Después, regresó a la habitación donde había dormido. No dudando de las conclusiones a que puede llegar un experto, mediante el examen microscópico del percutor y de las huellas dejadas por ella sobre los cartuchos la acusada al limar el interior del cañón, intentó impedir que nadie supiera qué revólver había disparado la bala que produjo la muerte de Mervin Selkirk.

—Después de esto, ¿dejó el arma debajo de la almohada? —preguntó el juez Kent, en tono escéptico.

—Sí, señor Presidente. Sabemos que el arma homicida se encontraba anteriormente en la consola situada abajo, junto a la escalera. Es de aquí de donde la cogió la acusada. Por esta razón, pensó que sería hábil pretender simular que había encontrado esta arma en su habitación, pues la había visto sobre la consola.

El juez pareció pensar esta hipótesis, y, luego dijo secamente:

—Supongo que dispondrá de otras pruebas que apoyen su hipótesis.

—Sí, señor.

—En este caso, el Tribunal podrá tal vez cambiar de opinión, pero, por el momento, ¡esta suposición le parece muy forzada!

—El Tribunal se olvida tal vez de la huella digital de la acusada, descubierta en la imprentilla encontrada en el lugar del crimen —indicó Marshall, sin disimular cierto malhumor.

—El Tribunal no olvida ningún detalle, y espera con interés las otras pruebas que usted ha prometido mostramos —replicó el juez Kent—. Entretanto, el testigo Redfield podrá dedicarse al examen que ha pedido el señor Mason… Supongo, señor Mason, que este cartucho tiene mucha importancia para usted, ¿no es así?

—En efecto.

—Muy bien. El testigo Redfield puede retirarse. Que venga cuanto antes y se presente a este Tribunal, con su informe. Ahora puede llamar al testigo siguiente, señor Marshall.

—¡Señorita Frances Delano!

Francés Delano llevaba el uniforme de las azafatas y el juez Kent la envolvió con una expresiva mirada.

—Durante la noche del 17 al 18 del corriente —preguntó Marshall, después que la joven cumplió con las formalidades legales —, ¿estaba usted de servicio a bordo de un avión de pasajeros de la línea San Francisco-Los Angeles?

—Sí.

—¿A qué hora despegó este avión de San Francisco?

—A las veinte y quince minutos.

—¿Quiere mirar a la acusada y decirnos si tuvo ya ocasión de verla anteriormente?

—Sí, viajaba en mi avión aquella noche.

—Nunca hemos negado este extremo —intervino Mason, dirigiéndose al juez Kent—. Considero superfluo interrogar a esta testigo.

—No —contestó Marshall—, porque esto sólo es un preámbulo. Señorita Delano, ¿quiere explicarnos cómo se hace para expedir los billetes aéreos?

—Se expenden varias copias, empleando papel carbón. Una de las copias queda finalmente en poder del viajero…

—He aquí un documento… ¿puede decirnos de qué se trata?

—¿Puedo ver ese documento? —pidió Mason.

—Ya lo creo —contestó Marshall entregándole un pedazo de papel doblado y manchado de sangre.

Mason lo examinó, y después lo entregó a la testigo, que declaró:

—Es una parte de un billete de ida, que queda en poder del viajero. Puede presentarlo para comprobación de una nota de gastos, por ejemplo. Este billete fue extendido a nombre de «Miss N. Allison» como indica el nombre inscrito arriba.

—¡Contrainterrogatorio! —indicó Marshall.

—Ninguna pregunta —declaró fríamente Mason.

—¡Harry Nelson! —llamó entonces el ayudante del fiscal.

Mientras Nelson se acercaba, Mason se dirigió hacia Norda Allison:

—Ese billete está manchado de sangre —murmuró—. Sin duda lo han encontrado sobre el cadáver. ¿Vio a Mervin Selkirk, aquella noche?

—No, en absoluto.

—¿Cómo pudo encontrarse pues en posesión de su billete de avión?

—Tampoco lo sé.

—¿Dónde guardaba usted ese billete?

—En mi bolso.

Mason frunció el ceño.

—¡Si usted se equivoca o me engaña, corre un grave riesgo! —aseguró a su cliente antes de enfrentarse con el nuevo testigo.

En su calidad de ayudante del forense, Nelson registró los vestidos de Mervin Selkirk, cuando el cadáver llegó al depósito. En el bolsillo derecho de la americana que llevaba el difunto, descubrió el billete de avión, identificado por el testigo precedente.

—¡Contra-interrogatorio!

—Ninguna pregunta —volvió a decir Mason.

En ese momento, el ujier se acercó al juez Kent y le habló en voz baja. Mason aprovechó esta oportunidad para preguntar algo más a Norda Allison:

—¿Se separó algún momento de su bolso, aquella noche?

—Si no recuerdo mal, no.

—Será necesario que encuentre una explicación, convincente, para este billete. Hasta el momento, el juez Kent está declaradamente a nuestro lado. No se ha dejado impresionar por el revólver que descubrieron bajo su almohada… Pero este billete, es algo mucho más importante.

—Señores —declaró el juez Kent, mirando a Marshall y a Mason —, les ruego que vengan a reunirse conmigo en mi despacho. Acaba de serme revelado un nuevo hecho, sobre el cual es preciso que hable con ustedes. La audiencia queda suspendida y se continuará esta tarde a las dos.

Una matrona de la policía se acercó a Norda Allison para llevársela, pero Mason ya estaba hablando con su cliente.

—Recuerde lo del billete aéreo. Tiene que haber una explicación… Pero, ¿no llevaba también una maleta?

—Sí.

—Y naturalmente, ¿fue registrada?

—Sí.

—Normalmente, en estos casos, el ticket del equipaje va unido al

billete de viajero. ¿No procedieron así, con usted?

—¡Ah!… Sí, creo recordar que sí…

—¿Cuando llegó a Los Angeles, Jennings y su marido ya la estaban esperando?

—Sí.

—Entonces, usted debió naturalmente entregar el ticket de su equipaje a Barton Jennings, para que fuera a recoger la maleta.

—No, a Barton no… Por lo que puedo recordar, Barton fue a buscar el coche y fue Lorraine quien me pidió el billete de equipaje. Seguramente lo separé del billete de pasajero para entregárselo… ¡Santo Dios! ¡También entra en lo posible que le entregara el ticket del equipaje y el billete de viajera!

—Reflexione bien sobre estos detalles… Piense que su billete ha sido encontrado sobre el cadáver de Mervin Selkirk. Y que será necesario que pueda explicar ante el juez cómo pudo ocurrir semejante cosa.

—Yo… Yo no acierto a recordarlo todo, con bastante exactitud, señor Mason… Tengo la impresión de haber arrancado el ticket de equipaje y dejado el billete en mi bolso… Pero no estoy del todo segura…

—Nada de eso, Norda —le murmuró furiosamente al oído Mason —. Si usted dice que no puede acordarse con claridad, de lo que hizo con el billete, probablemente podré convencer al juez de que usted entregó el billete, junto con el ticket de equipaje, a Barton Jennings, para que fuera a buscar su maleta. Después de esto, corresponderá a Jennings decir lo que pudo haber hecho con el dichoso billete: si lo perdió, lanzó, o tal vez lo guardó en su bolsillo…

—No, no… Cuanto más pienso en ello, estoy más segura de haber separado el ticket para entregárselo a Lorraine… El billete de pasajera, lo debí guardar en mi bolso…

—Piénselo bien, Norda… Todavía le repetiré de nuevo, que no vale gran cosa estar *casi* segura de algo… Bueno, ahora voy a ver qué desea el juez Kent. Sin duda, debe de tratarse de algo muy importante, porque, de otro modo, no hubiera suspendido la audiencia para convocarnos urgentemente en su despacho.

Capítulo 15

Cuando Mason entró en el despacho del juez Kent, vio a Manley Marshall de pie, junto a la ventana. El juez estaba sentado detrás de la gran mesa, y a su derecha, había un sillón ocupado por Horace Livermore Selkirk.

—Entre, señor Mason —invitó el magistrado—. Siéntese… Usted también, señor Marshall… Me han sido comunicados determinados hechos que hacían indispensable esta conversación privada… He llamado al fiscal del Distrito, Hamilton Burger, y ya debería… ¡Ah!, aquí está…

Mientras el juez dijo eso, Hamilton Burger, resoplando un poco entró también en el despacho.

Apenas el D. A. saludó al juez, Selkirk se levantó y le estrechó la mano, diciendo:

—Encantado de conocerle, señor Burger.

Burger estrechó con afecto aquella mano, mientras decía:

—El placer es mío… Hasta el presente, sólo había tenido ocasión de verle en reuniones, señor Selkirk, y de oírle pronunciar una alocución con motivo de un banquete al cual asistí…

—Señores —intervino el juez Kent—, el señor Selkirk tiene algo importante que comunicarnos, respecto a nuestro caso. Tiene, pues la palabra el señor Selkirk.

—Hijo único de mi único hijo, Robert Selkirk, actualmente de siete años de edad, es mi único heredero —declaró el millonario a modo de preámbulo—. La madre de Robert, que volvió a casarse con Barton Jennings, es una mujer ambiciosa y desprovista de escrúpulos. Dándose cuenta de que yo; probablemente, habré muerto antes de que Robert alcance su mayoría de edad, procura por todos los medios asegurarse sus derechos como tutora legal y el afecto de un niño impresionable, para gozar de una parte de la

fortuna que me he esforzado en poner fuera de su alcance…

—Sé, señor Selkirk —intervino el juez Kent, frunciendo ligeramente el ceño—, que ha perdido a su hijo en circunstancias trágicas, y simpatizo de todo corazón con usted… Pero lo que ahora nos está contando, me parece que no guarda ninguna relación con el asunto que deseamos conocer…

—Sí —contestó fríamente Horace Selkirk—, por que mi nieto Robert ha matado a su padre, Mervin Selkirk.

—¿Qué? —exclamó Hamilton Burger, levantándose de su asiento.

—Sé muy bien lo que digo y Perry Mason también lo sabe, pues tiene la intención de salvar a su cliente en el último minuto. Ambos sabemos cómo mi hijo encontró la muerte… Por eso creo que, en interés de la propia justicia, el señor Mason no debería ser autorizado a hacer comparecer a mi nieto ante el Tribunal, porque ello dejaría una huella imborrable en el espíritu del niño.

—¿Usted asegura que el pequeño mató a su padre? —insistió el juez Kent.

—Robert fue el instrumento elegido por Lorraine Jennings, para desembarazarse de mi hijo.

—No convendría, señor Selkirk —dijo Hamilton Burger, después de mirar al abogado— que permitiera las maniobras del señor Mason con vistas a salvar a su cliente de una acusación de asesinato de primer grado. Poseemos pruebas, suficientes, que acusan formalmente a Norda Allison.

—No lo dudo, señores —contestó Selkirk—, pero se trata de pruebas fabricadas pieza por pieza, y quienes se han dejado enredar han sido ustedes.

—Supongo que usted puede demostrar sus importantes declaraciones, señor Selkirk, ¿no es así? —intervino el juez Kent.

—Cierto. Como les decía, Lorraine Jennings, convirtió deliberadamente a Robert en el instrumento de su odio. No soy un hombre muy cariñoso, pero amo entrañablemente a mi nietecito… Así, al animarle a seguir los *westerns* que difunde la TV., consiguió infundir en su ánimo su pasión por las armas de fuego. Más tarde, Lorraine le permitió jugar con ese *Colt Woodsman*, que actualmente constituye una de las piezas de la acusación. Al principio, puso cuidado en retirar el cargador, pero permitía que Robert apuntara

su arma, hacia cualquier persona y que pulsara el gatillo…

—¿Está bien seguro? —preguntó, incrédulo, el juez Kent.

—Los vecinos podrán atestiguarlo. Ellos han visto, muchas veces a Robert divertiéndose de ese modo. Habiendo pues acostumbrado al niño a considerar ese revólver como inofensivo, Lorraine Jennings dejaba que lo guardara debajo de su almohada, cuando levantaba su tienda en el patio, para pasar la noche allí. Pero, una noche, se lo entregó cargado… Esa misma noche, incitó a mi hijo a sorprender a Robert en su tienda… Y todo ocurrió tal como Lorraine esperaba: se despertó sobresaltado en medio de la noche, cogió el revólver y apuntó instintivamente sobre el intruso, disparando, casi sin darse cuenta.

»Alcanzado en el pecho, mi hijo pudo llegar hasta su coche, marcando sus pasos con manchas de sangre. Mervin sabía que podía contar con la discreción de un médico que, el viernes por la noche iba, regularmente a jugar una partida de poker al «San Sebastian Country Club». Sin darse cuenta de la gravedad de su herida, Mervin se dirigió al club en su coche, pero una vez llegó a su destino, perdió el conocimiento antes de haber podido descender del automóvil, y le sobrevino la muerte. Puedo demostrar lo que acabo de decirles, y tengo toda la razón cuando pienso que el señor Mason se halla en condiciones de hacerlo también, porque advertí que se me había adelantado en su visita, a los vecinos que fueron testigos de algunos hechos sintomáticos… Su intención era probablemente preguntar, en el curso del contrainterrogatorio de Barton Jennings, si no es cierto que Robert tenía permiso para jugar con el *Colt*, que esta arma se encontraba en su poder la noche del crimen, y que había manchas de sangre desde la tienda al borde de la calzada. Después, pedirá al Tribunal que hagan comparecer a mi nieto, para que pueda ser interrogado. Para evitarle esta terrible prueba al pobre Robert, he venido a verles, señores.

»El desgraciado niño tiene el presentimiento de que ha ocurrido algo terrible. Barton Jennings se ha esforzado en convencerle de que había sufrido una pesadilla, pero no creo que lo haya conseguido del todo. Robert continúa pensando que apretó el gatillo del revólver y que el arma se hallaba cargada, pero no está seguro de haber herido a nadie y sigue ignorando que mató a su padre.

»El señor Mason defiende a Norda Allison. Supongo que su deber

como abogado es utilizar todas las pruebas para que su cliente sea absuelta, pero le niego el derecho de hacerlo a expensas de mi pobre nieto».

Un prolongado silencio siguió a esa patética declaración, que, sin embargo, fue dicha con una fría dureza. El juez Kent miró a Burger, después a Mason, finalmente a Selkirk, y éste continuó:

—Antes de media hora, mi nieto puede estar aquí. Todo cuanto le pido, juez Kent, es que sostenga una conversación con él. Su experiencia sobre la delincuencia juvenil le permitirá, estoy seguro de ello, hacerle confesar todo cuanto sepa, y, entonces, podrá comprobar la total exactitud de lo que acabo de decirles a todos ustedes.

El juez Kent arrugó la frente.

—Proceder de ese modo, sería una irregularidad… Mientras sea juez, tengo que mantenerme al margen de cualquier influencia exterior…

—Sin duda, pero su deber primordial, ¿no es el de velar para que no se cometa ninguna injusticia ante usted? ¿Y no sería, una terrible injusticia permitir a Perry Mason entregarse en público, a expensas de un niño de siete años, a uno de sus golpes de teatro habituales en él?

De nuevo, el juez miró a Hamilton Burger, pero éste, que estaba encendiendo un pitillo, se contentó con exhalar humo, mientras Manley Marshall buscaba, por todos los medios, pasar inadvertido. Entonces, con cierta irritación, el juez preguntó:

—¿Tenía usted noticia de todo eso, señor Burger?

El D. A. miró el cigarrillo que sostenía su mano derecha, y continuó mirándolo, con exagerada atención, mientras contestaba:

—No podría decirle que lo ignoraba todo, pero lo que debo declarar, es que semejante procedimiento es completamente irregular y que rehusamos dar a conocer, aquí, nuestras intenciones al señor Mason. Durante la audiencia es cuando se las debemos revelar, según creo…

El juez se volvió, entonces, hacia Perry Mason:

—¿Ha oído lo que acaba de decirnos el señor Selkirk, señor Mason?

—Sí, señor Presidente.

—¿Puedo preguntarle si estas declaraciones contienen algún

elemento de veracidad?

—Puesto que usted me lo pregunta, puedo asegurarle que estas declaraciones contienen efectivamente algo de autenticidad… Señor Selkirk, usted, según creo, siente un gran afecto por su nieto, su único heredero. En consecuencia, ¿desearía que le fuese enteramente confiado?

—Esto queda fuera de la actual discusión —contestó el millonario.

—No lo creo así —contradijo Mason—, y me complacería oír su respuesta a mi pregunta.

—Usted no tiene ningún derecho de proceder así, como si me hiciera un contrainterrogatorio —exclamó Selkirk—. ¡Está furioso porque he revelado sus intenciones, y he mencionado los testimonios que había recogido sobre las manchas de sangre y el revólver!

—¿Sabe usted algo más sobre las manchas de sangre? —preguntó bruscamente el juez a Hamilton Burger.

—Francamente, sí —contestó el D. A.— Y, sinceramente, nuestra convicción es que ni Perry Mason ni Selkirk conocen *todos* los detalles de este asunto. Por eso nos inclinamos a que se siga la vía normal.

El juez Kent tamborileó pensativamente la mesa de su despacho, y después se dirigió a Mason:

—¿Es cierto, señor Mason, que permitían a Robert que jugara con un revólver?

—Creo que sí, señor Presidente.

—¿Con el mismo revólver que constituye una de las pruebas de este caso?

—Creo que sí, señor Presidente, pero esto no significa necesariamente que este revólver sea el arma del crimen.

—Es el arma del crimen —intervino Hamilton Burger—. Lo hemos comprobado gracias a la huella impresa sobre el percutor.

—No estoy tan seguro de ello —comentó Mason.

—¿Está usted enterado de los rastros de sangre? —preguntó el juez, dirigiéndose de nuevo a Mason.

—Me habló de ellos uno de los vecinos de los Jennings, señor Presidente.

El juez miró entonces a Hamilton Burger.

—Creo, señor fiscal del Distrito, que el Tribunal tiene derecho a saber algo más sobre este asunto.

—El Tribunal, tal vez, señor Presidente —contestó Burger—, pero, de ningún modo, el abogado de la defensa. Todo cuanto puedo decir es que no existe la menor posibilidad de que Robert Selkirk haya matado a su padre. La muerte de Mervin Selkirk fue obra de Norda Allison.

—¿Se puede deducir de su declaración que posee un testigo-sorpresa?

—En efecto, y nosotros consideramos que ese testigo constituirá una verdadera sorpresa.

El juez Kent reflexionó un momento, y después interrogó a Selkirk.

—¿Ha hablado con su nieto, señor Selkirk?

—Naturalmente.

—¿Y usted cree sinceramente que el niño mató a su padre?

—Estoy absolutamente convencido de ello.

—De acuerdo —decidió entonces el juez Kent—, usted hará venir a su nieto aquí, sin decirle de qué se trata, y hablaré con él. Este procedimiento es, sin duda, muy irregular, pero quiero saber más cosas antes de permitir que sea revelado, públicamente, que un niño de siete años mató a su padre.

—Muchas gracias, señor Presidente —dijo Horace Selkirk—. ¿Me permite utilizar su teléfono?

El juez accedió, y el millonario se apresuró a marcar un número. Manley Marshall se inclinó para cuchichear algo al oído de Burger, pero éste, con un ademán le invitó a guardar silencio mientras se disponía a encender otro pitillo.

—Aquí, Horace Selkirk —decía, por teléfono, el millonario—. ¿Dónde están la mujer y el niño que usted vigila? ¿En la habitación contigua? Bien, entonces, hágalos venir al despacho del juez Homer E. Kent, en el Palacio de Justicia… Sí, ¡en seguida!… Si no quieren presentarse, los haremos acompañar por la policía, pero quiero verlos aquí, antes de un cuarto de hora. ¡Es una orden del señor juez!

—¡Eh! Un momento —protestó el juez—. Yo no he dado ninguna orden tan tajante…

—No se alarme —indicó Selkirk, colgando el auricular—. Esta

mujer está a mi servicio y está obligada a obedecer mis órdenes.

—Bien —dijo el magistrado consultando su reloj. Me temo que un cuarto de hora sea un poco justo y, además, tengo necesidad de comer algo… Sugiero pues que volvamos a encontrarnos todos aquí mismo, dentro de veinticinco minutos. Ustedes estarán presentes, pero les ruego que guarden un absoluto silencio. Sólo yo hablaré al niño. Quiero descubrir lo que ha pasado y lo que sabe, pero sin dejarle adivinar el motivo de mis preguntas. ¿De acuerdo? Perfectamente. Entonces, ¿volveremos a encontrarnos aquí dentro de veinticinco minutos?

Burger asintió con un ademán de su cabeza.

—De acuerdo —dijo Horace Selkirk.

—Estaré presente —aseguró Mason.

Capítulo 16

A la hora convenida, el pequeño grupo volvió a reunirse en el despacho del juez. Este informó a sus compañeros que la mujer y el niño estaban esperando en una habitación contigua. Volvió a recordarles su anterior recomendación de no intervenir mientras interrogara a Robert Selkirk, insistiendo en que cualquier emoción demasiado fuerte podría tener graves consecuencias para el equilibrio mental y nervioso del pequeño. Luego ordenó al ujier que hiciera pasar a las personas que aguardaban en la vecina habitación.

Siguió un momento de tenso silencio y la puerta de comunicación se abrió. Una joven rubia y un niño de unos siete años entraron en el despacho. El niño tenía un aspecto algo atemorizado, pero la señorita daba una impresión de tranquilidad y seguridad.

—Entren y hagan el favor de sentarse —invitó el juez Kent—. Por lo que creo saber, ustedes son…

Horace Selkirk se levantó tan bruscamente que hizo caer su silla.

—¡Pero si no son ellos! —vociferó.

Con un gesto humorístico, el juez se volvió hacia él:

—Le pedí claramente que no…

—¡Pero si no es Robert! Y además, ¡tampoco conozco a esa señorita! ¿Quién es usted? —gritó el millonario, haciendo ademán de abalanzarse sobre aquella señorita.

—¡Cálmese, señor Selkirk! —ordenó el juez, que interrogó en seguida—. ¿Quién es usted, señora?

—Yo estoy al servicio de la Agencia de Detectives Drake y he recibido la orden de ocupar las habitaciones 619 y 621 del Hotel Anadale, cosa que he hecho.

—¿Quién le dio esa orden? —preguntó indignado Horace

Selkirk.

—Paul Drake.

Se produjo un denso silencio, que rompió una risita de Hamilton Burger.

—¡No hay motivo para reír, señor fiscal del Distrito! —reprendió severamente el juez Kent.

—Le pido humildemente perdón —dijo Burger en un tono que no demostraba el menor arrepentimiento—. Me divierte mucho ver que otra persona, aparte de mí, comprueba los desagradables resultados de los métodos que emplea Perry Mason.

—¿Qué se ha hecho de Grace Hallum y Robert Selkirk, que se hallaban en las habitaciones que ahora ocupan ustedes? —preguntó Horace Selkirk a la joven señora.

—Lo ignoro —contestó ella con calma—. Tengo carnet de detective y no he atentado contra la ley al seguir las instrucciones que me dio Paul Drake. Me ordenó que ocupara las mencionadas habitaciones en compañía de mi hijo, y que permaneciera allí en espera de nuevas instrucciones.

»Hace un momento me han informado que el juez Homer F. Kent reclamaba mi presencia aquí. He telefoneado inmediatamente, a Paul Drake, que me ha dicho que acudiera a esta cita con mi hijo.

Lívido, Horace Selkirk se volvió hacia Mason:

—¡Esta vez no va a salirse tan fácilmente con la suya! Ignoro lo que ha hecho de mi nieto y de la señorita que le acompañaba, pero sé que usted ha violado la ley. ¡Usted es culpable de rapto!

—¿Está dispuesto a presentar una demanda en dicho sentido? —preguntó Hamilton Burger, con súbito interés.

—¡Ya lo creo! —vociferó el millonario, con voz ronca.

—¡Perfectamente! —dijo el fiscal del Distrito, levantándose—. Inmediatamente voy a pedir a esa mujer y a su hijo que me sigan a mi despacho para formularles unas cuantas preguntas. Después, si el señor Selkirk desea elevar una demanda contra el señor Perry Mason, acusándole de rapto, puedo asegurar que daremos a esta demanda el curso legal, sin temor ni partidismos.

Después de este discurso, Burger saludó al juez, con la cabeza, y salió del despacho llevándose a la mujer rubia, que daba la mano a su hijo.

Mason se levantó y se inclinó ante el juez:

—Estoy realmente consternado, señor Presidente, por el hecho de haber turbado de ese modo la hora de su comida.

El juez Kent siguió con la mirada la marcha del abogado. Y en el fondo de esta curiosa mirada, se podía adivinar un poco de admiración.

Capítulo 17

Cuando se reanudó la audiencia, a las dos de la tarde, Hamilton Burger estaba al lado de Manley Marshall, en el banco del Ministerio público.

—Con permiso de este Tribunal —declaró— voy a hacer comparecer a un testigo que disipará todas las dudas que pueda haber en este asunto. Tengan la bondad de llamar a Millicent Bailey.

Una mujer de unos treinta años de edad se levantó inmediatamente. Poseía un cuerpo perfecto, y evidentemente no lo ignoraba. Después de prestar juramento, Hamilton Burger le preguntó:

—Se llama usted Millicent Bailey… ¿Señora o señorita?

—Señora.

—¿Vive usted con su marido?

—No, estoy divorciada.

—Le ruego que piense en la noche del diecisiete al dieciocho del corriente, por favor… ¿La recuerda?

—Sí. Perfectamente.

—¿Qué hacía usted la noche de autos?

—Había salido con mi amigo.

—¿Puede darnos el nombre de su… amigo?

—No. Está casado, pero ha sido desgraciado en su matrimonio y piensa divorciarse. Por lo tanto, no quiero comprometer sus proyectos revelando en público su nombre.

—No veo ningún motivo para insistir en ello —aseguró Burger y, con una cortés inclinación en dirección a Mason concluyó—, y creo que mi colega de la defensa compartirá este punto de vista, como verdadero hombre de mundo que es.

—Prefiero no comprometerme —rectificó el abogado—. Si lo

exige el interés de mi cliente, pediré que el nombre de esa persona sea revelado.

—¡Desde luego! —asintió Burger—. Pero tenga en cuenta que la identidad de este hombre no tiene la menor importancia en el asunto que nos ocupa… Ahora, señora Bailey, creo que la noche del diecisiete de los corrientes su amigo fue a buscarla en coche, tras lo cual fueron ustedes a cenar juntos, y luego a bailar a una boite. ¿Qué hicieron después?

—Pues, fuimos en el coche hasta el «San Sebastian Country Club»… o, para ser más exactos, hasta el aparcamiento de dicho club.

—¿A qué hora llegaron allí?

—No sabría decírselo exactamente… Debía de ser alrededor de la una y media.

—O sea, que ya había comenzado el dieciocho.

—Sí.

—¿Puede describirnos la situación de ese aparcamiento?

—Pues verá, hay una carretera junto a la colina que sube hasta el club. Una vez allí, se ensancha formando un gran espacio llano, donde los miembros del club dejan sus automóviles. Hay emplazamientos señalados con pintura blanca en el suelo.

—¿Había otros coches en el aparcamiento cuando ustedes llegaron?

—Sí, había otro coche.

—¿Puede usted describirlo?

—La verdad, no me fijé mucho en él. Puedo decir únicamente que era un coche grande, ¡un automóvil caro!

—¿Tenía los faros encendidos o apagados?

—Apagados.

—¿Distinguió a alguien en el interior del coche?

—No. Pensé que estaba vacío…

—Poco importa lo que usted pensara —interrumpió Hamilton Burger—. Sólo queremos saber lo que vio y oyó.

—Sí, señor.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Mi amigo y yo queríamos estar tranquilos… Entonces, él siguió hasta el otro extremo del aparcamiento, donde hay árboles, y se detuvo allí.

—¿Está iluminado el aparcamiento?

—En la entrada del club hay una lámpara que permanece encendida toda la noche y proyecta cierta claridad hacia el aparcamiento. Pero la mayor parte está más bien oscura…

—¿Reina *mucha* oscuridad bajo los árboles?

—Sí.

—¿El automóvil de ustedes quedó aparcado frente a los árboles?

—No. Mi amigo le dio la vuelta para poder marcharnos inmediatamente, cuando quisiéramos.

—¿Podía ver el conjunto del aparcamiento a través del parabrisas?

—Sí.

—¿Así como la carretera que desembocaba en él?

—Sí.

—Y, entonces, ¿qué hicieron?

—Pues verá… charlamos un poco. Teníamos que aclarar diferentes puntos, pues yo no quería pasar por una destructora de matrimonios, ni…

—Estos detalles no nos interesan. Lo que yo querría saber es cuánto tiempo pudo durar su conversación.

—Yo diría que alrededor de una hora…

—¿A qué hora se fueron de allí?

—A las tres o a las tres y media… No sabría decírselo con exactitud… No miré el reloj.

—Y poco antes de que se fuesen, ¿sucedió algo?

—Sí, llegó otro automóvil.

—¿Cómo era?

—Se trataba de un *Oldsmobile*, con neumáticos pintados de blanco.

—¿Se fijó en la matrícula?

—Sí: JYJ 113.

—¿Qué hizo este automóvil?

—Se detuvo detrás del otro, del que ya estaba antes de que llegásemos.

—¿Y qué ocurrió?

—Una mujer se apeó del automóvil…

—Por lo tanto, ¿tenía los faros encendidos?

—El coche que acababa de llegar, sí.

—¿Sabe si la mujer estaba sola en el coche?

—Sí, pues se apeó dejando la portezuela abierta, y el coche era de esos cuyo interior se ilumina al abrir la puerta.

—Bien… ¿Y qué hizo esa mujer?

—Se aproximó al otro coche.

—¿El que estaba allí antes de que ustedes llegasen?

—Sí.

—Vea esta fotografía de un coche… ¿Puede decirnos si era el que estaba allí, antes de su llegada?

—Sí, ese es.

—¿El coche tras el cual aparcó el suyo la mujer citada?

—Sí.

—Acaba usted de decirnos que dicha mujer se acercó al coche cuya fotografía acabo de enseñarle. ¿Qué hizo entonces?

—Cuando llegó junto a la puerta del otro coche, cogió algo de su bolso.

—¿Vio usted de qué se trataba?

—Vi que la luz de los faros hacía brillar un objeto metálico, y pienso que se trataba de un revólver.

—Y, entonces, ¿qué?

—Ya no sé nada más, pues nos marchamos.

—Cuando se fueron, ¿la mujer seguía en el mismo sitio?

—Sí.

—¿Sabe si ella se dio cuenta de la presencia de su automóvil, antes de que ustedes arrancasen y encendiesen los faros?

—Creo que no, porque cuando pusimos el motor en marcha se volvió rápidamente hacia nosotros. Aseguraría incluso, que lanzó un grito… En todo caso, vi que abría la boca como para gritar, pero, a causa del ruido que hacía el motor no puedo afirmarlo.

—Pero usted vio claramente el rostro de esa mujer, ¿no es así?

—Sí.

—¿Podría reconocerla si la viese de nuevo?

—Sí.

—¿Está presente en esta sala?

—Sí.

—¿Quiere indicárnosla con el dedo?

La testigo se levantó y señaló con el índice.

—Está ahí, a la derecha del señor Mason.

—Tenga la bondad de ir a poner la mano sobre el hombro, para que no haya confusión posible.

La testigo cumplió lo ordenado y luego regresó a su sitio, mientras que Hamilton Burger anunciaba a su adversario, con una sonrisa:

—Puede usted proceder al contrainterrogatorio.

Mason se levantó y se colocó delante de la testigo.

—Cuando ustedes llegaron al aparcamiento, ¿se encontraban del lado más cercano al otro coche?

—Sí.

—O sea, que dicho coche se encontraba entonces a su derecha, ¿no?

—Exactamente.

—Por lo tanto, se encontraba a su izquierda cuando ustedes se fueron, ¿no es así?

—Sí.

—En este momento, tenía usted que mirar hacia el otro lado del conductor para ver los otros dos coches, ¿no?

—¿De qué conductor?

—El del coche en que usted se encontraba.

—Era yo quien conducía.

—¿Cuándo se fueron?

—Sí.

—¿Y dónde estaba su compañero?

—Detrás del asiento delantero, agazapado sobre el suelo.

En la sala sonaron risas sofocadas, que el juez Kent hizo callar con un fruncimiento de cejas.

—¿Podría explicarnos más claramente lo que pasó? —preguntó Mason.

—Ya he contado que mi amigo es casado. Cuando vimos llegar aquel coche, pensamos que podía tratarse de un detective contratado por la mujer de mi amigo, que se disponía a fotografiarnos con flash o hacer algo parecido…

—¿Lo pensaron ustedes simultáneamente?

—¡Claro que sí! Un coche llegando allí a las tres de la madrugada y a toda velocidad… Es lo primero que se nos ocurrió.

—Parece usted poseer bastante experiencia en estas cosas. ¿Le había ocurrido ya, alguna vez, verse fotografiada en compañía del

marido de otra mujer?

La testigo se quedó sin habla, y Hamilton Burger intervino vivamente:

—¡Protesto, señor Presidente! ¡Este contrainterrogatorio no es correcto! ¡Esta pregunta ha sido hecha con el único objeto de desconcertar a la testigo!

—Esta pregunta ha sido provocada por la respuesta precedente de la testigo —observó el juez Kent—. Sin embargo, esto no me parece demasiado importante, teniendo en cuenta que la situación ya parece suficientemente clara… Por lo tanto, este Tribunal acepta la objeción.

—¿Estaba usted sentada detrás del volante cuando apareció el tercer automóvil? —preguntó entonces Mason.

—No.

—¿Es usted quien quiso conducir?

—No, fue mi amigo, que se apresuró a decirme: «¡Vámonos, pero toma tú el volante!».

—De lo cual deduzco que no vio apearse a la mujer.

—No vio nada. En un abrir y cerrar de ojos se ocultó tras el asiento delantero, y yo arranqué tan de prisa como pude.

—Lo que no le impidió fijarse en el número de matrícula de aquel coche.

—Sí.

—¿Por qué?

—Compréndame usted… Mi amigo gritó: «¡Santo Dios! ¡Es mi mujer!»… Entonces, instintivamente, miré el número que era muy fácil de recordar, y le dije en seguida que no era el coche de su mujer.

—Eso quiere decir que usted conocía el coche de su mujer.

—Sí, había tenido ocasión de verlo muchas veces.

—Si cuando llegaron tuvieron la precaución de dar la vuelta al coche, en lugar de pararlo frente a los árboles, lo hicieron sin duda para poder huir inmediatamente en caso necesario, ¿verdad?

—Sí.

—Sin embargo, cuando ustedes vieron acercarse los faros de aquel otro coche, no arrancaron inmediatamente, sino que esperaron a que el coche pararse y que de él se apease una mujer.

—Ejem,… sí.

—Y acaba usted de declarar que esta mujer es la acusada aquí presente, señalándola con el dedo.

—Sí, es la verdad.

—Después ha ido usted a poner la mano sobre el hombro de la acusada.

—Sí.

—Este sistema de identificación había sido ensayado cuidadosamente, ¿no es verdad?

—¿Qué quiere decir?

—Usted había sostenido una conversación sobre el particular con el ayudante del fiscal Manley Marshall, que le dijo cómo debía proceder usted para realizar dicha identificación. «Cuando yo le pregunte si ve usted a esa mujer entre el público, señalela con el dedo mientras declara: Es la que está sentada ahí…». ¿Es esto cierto?

—Sí, él me indicó que la señalase con el dedo…

—¿Le pidió también que pusiese una nota de convicción en su voz?

—No, eso no me lo pidió.

—¿Le avisó, también que luego le pediría que fuera a poner la mano sobre el hombro de la mujer?

—No.

—¿Nadie le pidió que obrase así?

—Usted sólo me ha hablado del señor Marshall…

—¡Vaya! Eso quiere decir que alguna otra persona le pidió lo mismo.

—Ejem… sí.

—¿Quién?

—El señor Hamilton Burger, fiscal del Distrito.

—¿Cuándo?

—Poco antes de que me llamasen a declarar.

—¿Y le hizo ensayar la escena para que saliese perfectamente?

—Sí, dos o tres veces… porque quería que me mostrara *dramática*… Pero cuando una no es actriz, es difícil hacerlo bien la primera vez.

Mason sonrió y declaró:

—Gracias, esto es todo.

—¡Me abstengo de preguntar! —exclamó inmediatamente

Hamilton Burger con el rostro congestionado.

La testigo se retiró y el fiscal del Distrito llamó entonces a Barton Jennings. Este se adelantó apoyándose en un bastón, prestó juramento y, luego, se sentó estirando su pierna rígida.

Hamilton Burger le hizo decir cómo había ido a esperar a Norda Allison al aeropuerto y la había llevado a su casa. Luego le pidió que relatase la visita que efectuó Perry Mason, acompañado por Norda Allison, a causa de la imprentilla que la acusada pretendía que se encontraba en el sótano de la villa. A continuación, el testigo identificó el revólver que le presentó Burger, declarando que el arma se guardaba habitualmente en un cajón de la cómoda que había en la habitación que Norda Allison había ocupado la noche de autos.

—¡Contrainterrogatorio! —exclamó entonces Burger, dirigiéndose a Mason.

—Señor Jennings —anunció el abogado levantándose—. Voy a hacerle algunas preguntas. La respuesta a algunas de ellas puede resultarle embarazosa, pero me guía el deseo de aclarar algunos puntos oscuros de este caso. Su esposa, ¿había estado casada anteriormente con Mervin Selkirk?

—Sí.

—En este matrimonio, ¿tuvo un hijo llamado Robert Selkirk?

—Sí.

—El cual pasaba gran parte de su existencia en compañía de su madre y de usted, ¿no?

—Sí.

—¿Siente mucho cariño por ustedes?… es decir, me refiero a ambos.

—Sí. Es una criatura deliciosa.

—¿Sabe usted donde se halla actualmente?

—¡Protesto! —intervino Hamilton Burger—. Esto se escapa del contrainterrogatorio y ni siquiera tiene que ver con el caso que se juzga. Por lo tanto, es completamente inútil enviar a una nube de periodistas en busca de este niño.

Después de reflexionar, el juez Kent declaró:

—Por el momento, la objeción me parece válida.

—Robert Selkirk estaba en casa de usted la noche del diecisiete al dieciocho, ¿no es cierto? —preguntó Mason.

—Sí.

—En la madrugada del dieciocho, ¿se lo llevó usted en coche?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tenía que participar en una excursión con otros niños de su edad.

—Pero, ¿participó en ella?

—No.

—¿Por qué?

—Teniendo en cuenta lo que acababa de ocurrir, creí preferible no dejarle ir de excursión.

—Pero, ¿no fue más tarde, cuando usted se enteró de la muerte de Mervin Selkirk?

—¿Más tarde de qué?

—Del momento en que usted se llevó a Robert en coche.

—Sí.

—La reunión de los niños que debían tomar parte en dicha excursión estaba fijada para las diez, ¿no es eso?

—Sí, es lo que luego averigüé. Pero cuando telefoneé al monitor para hablar de ello, yo entendí las *seis*.

—¿Qué hora era cuando se llevó a Robert de su casa?

—Eran… ¡Oh! Era muy temprano, pero no consulté el reloj.

—¿Y a dónde llevó al niño?

—¡Protesto de nuevo! —interrumpió Hamilton Burger—. Me abstuve de hacer preguntas al testigo referentes a Robert Selkirk, y mi oponente no tenía ningún derecho, por lo tanto, de abordar este tema durante el contrainterrogatorio.

—No obstante, autorizo la pregunta —replicó el juez Kent—. ¿A dónde llevó usted al pequeño Robert?

—A casa de una amiga.

—¿Una amiga suya o del niño? —preguntó Mason.

—De ambos.

—¿Por qué lo llevó tan temprano a casa de esa amiga?

—Porque es un niño y quería evitarle la impresión.

—¿La impresión de qué?

—Pues verá… Estábamos a punto… O más exactamente, mi esposa estaba a punto de intentar una acción judicial para obtener que le confiasen la custodia exclusiva de Robert. La señorita Allison,

la acusada en este caso, debía declarar como testigo… Al menos, suponíamos que lo haría. Yo no quería que Robert pudiese oírnos discutir de este asunto.

—¿Y fue por eso que se lo llevó tan temprano la mañana mencionada?

—Sí.

—Cuando usted se lo llevó, ¿sabía ya que Robert pretendía haber hecho un disparo de revólver durante la noche?

—¡Protesto! Esta pregunta se propone dar veracidad a un simple rumor. No es procedente y no tiene ninguna relación con el asunto que aquí se está viendo —intervino Burger.

—Teniendo en cuenta como ha sido hecha la pregunta, declaro válida la objeción —dijo el juez Kent mirando severamente a Mason.

—Entonces, ¿se lo llevó usted —preguntó el abogado— porque pretendía haber hecho un disparo de revólver durante la noche?

—¡Protesto igualmente! —exclamó Burger.

El juez Kent movió negativamente la cabeza.

—Formulada de este modo, la pregunta es admisible. No se acepta la objeción.

—Es posible, en efecto —contestó entonces Barton Jennings con aire retador—, que esto haya, influido en mi decisión.

—¿Cuándo supo usted que Robert pretendía haber disparado aquella noche?

—¡Protesto, señor Presidente!

El juez Kent se frotó la nuca con aire indeciso, y luego miró a Mason.

—Dejando aparte las reglas establecidas por la jurisprudencia, debe comprender, señor Mason, que este Tribunal tiene una responsabilidad moral. Sus preguntas y las respuestas del testigo corren el riesgo de ser utilizadas por la Prensa sensacionalista. Por tanto, el Tribunal estima que debe limitarse, estrictamente, a efectuar el contrainterrogatorio.

Mason esperó, con deferencia, a que el magistrado terminase de hablar. Entonces dijo:

—Con la venia: me doy perfectamente cuenta de todo cuanto ha expuesto su Señoría. Sin embargo, tengo que defender a una cliente que está acusada de asesinato, y ruego a este respetable Tribunal

que me crea cuando le digo que, si hago tales preguntas, es porque me impulsan a ello sólidas razones.

—De acuerdo —decidió el juez Kent—. No declaro válida la protesta. Que el testigo responda a la pregunta.

—Señor Presidente —intervino Hamilton Burger con tono significativo—. Si abordamos este tema, quiero que sea explorado *a fondo*.

El juez vaciló de nuevo, y luego movió la cabeza.

—La defensa tiene que cumplir un deber. Que el testigo conteste a la pregunta.

—Creo que debía ser alrededor de media noche —declaró Barton Jennings— cuando Robert, que acampaba en el patio, entró llorando en la casa. Por lo que entendí, dijo a su madre que había tenido una pesadilla y había disparado con su revólver.

—¿Dijo que había tenido una pesadilla?

—Según lo que explicó, creo que había tenido una pesadilla.

—¿Pensaba que alguien había entrado en su tienda?

—Dijo que se había imaginado que alguien había entrado en la tienda y se inclinaba sobre él. Esto le despertó y, como tenía ese revólver bajo su almohada…

—¿Robert explicó esto a su madre? —interrogó el juez Kent al testigo.

—Sí —repuso Jennings—. Tuve una crisis de artritis y tomé codeína para dormir.

El juez Kent se volvió hacia Hamilton Burger.

—Según parece, esto constituye un rumor, señor fiscal del Distrito.

—No pienso presentar ninguna objeción, señor Presidente —indicó Burger con humor—. He declarado previamente que si abordamos este tema trataré de que sea explorado a fondo. Robert dijo a su madre que había disparado. Al día siguiente refirió lo mismo al testigo.

—Sí —replicó el juez—, pero en uno de los dos casos, esto forma parte de la *res gestae*, mientras que, en el otro, esto constituye un simple rumor.

—Después de llegar hasta este punto, señor Presidente, es preferible, por el propio bien del niño, llegar hasta el fondo de las cosas. Por lo tanto, no presentaremos objeciones.

El juez Kent frunció el ceño y, luego, hizo una seña a Mason para que continuase el interrogatorio.

—¿Qué revólver era el que estaba bajo la almohada de Robert? —preguntó, entonces el abogado.

—El *colt* calibre 22, que constituye una de las pruebas de la acusación en este caso.

—Y Robert, ¿oprimió el gatillo?

—Soñaba… En sueños creyó despertarse al oír a alguien alrededor de la tienda y, entonces, disparo para ahuyentar al intruso.

—¿Cómo puede afirmar que *soñaba*?

—Porque el revólver no estaba cargado. No contenía ninguna bala cuando fue entregado a Robert.

—¿Quién se lo entregó?

—Yo, pero tengo que explicar por qué.

Entonces el testigo explicó la pasión que sentía Robert por las películas del Oeste que daban en la televisión, y cómo la *baby-sitter* recibió autorización para dejarle jugar con dicho revólver, previamente descargado.

—No me enteré de todo esto hasta poco antes del diecisiete —precisó el testigo.

—¿Y cómo lo descubrió?

—Yo solía guardar este revólver, cargado, en el cajón de una cómoda que se encuentra en la habitación para los invitados. De vez en cuando, lo limpiaba y lo engrasaba. Esto es lo que hice el quince o el dieciséis de los corrientes. Entonces comprobé que alguien había quitado el cargador de revólver que, además, no contenía balas. Intrigado, interrogué a mi mujer y luego a Robert. Fue entonces cuando lo descubrí todo.

—¿Y cómo es posible que usted mismo dejase ese revólver al niño, la noche del diecisiete al dieciocho?

—Teníamos que ir al aeropuerto a esperar a la acusada. No pensábamos estar ausentes mucho tiempo, pero como mi esposa es demasiado nerviosa para conducir y sin embargo deseaba estar presente en el aeropuerto, tuve que acompañarla. Unos vecinos tenían que hacer compañía a Robert durante nuestra ausencia, que sólo duraría una hora y media aproximadamente, pero, a última hora, no pudieron hacerlo. En seguida, telefoneé a las dos *baby-*

sitters que conocíamos. Ambas estaban comprometidas. Entonces, antes de dejar a Robert con una desconocida, preferí explicarle la situación y decirle que no corría ningún riesgo. El aceptó quedarse solo, como un hombrecito, pidiéndome tan sólo que le dejase ese revólver descargado, diciendo que esto le daba una sensación de seguridad. Como ya había jugado con aquel arma, no encontré ningún inconveniente en dejársela, después de asegurarme de que no contenía municiones.

—¿Comprobó, usted mismo, que el revólver estaba descargado?

—Sí.

—¿Y cuándo volvió a ver ese revólver? —preguntó Mason.

—Después de haber tenido la pesadilla, Robert lo llevó a su madre.

—Que se esforzó en tranquilizarlo, ¿no es cierto?

—Sí, naturalmente.

—¿Y después, él volvió a dormir a la tienda?

—Sí. Mi esposa consiguió convencerle de que probablemente había tenido una pesadilla. Entonces, él quiso volver a la tienda, «como un buen scout», para repetir sus propias palabras.

—¿Y el revólver?

—Mi esposa lo dejó sobre la consola del vestíbulo. Me desperté aproximadamente, una hora después de que Robert volvió a acostase, y mi esposa me explicó entonces lo sucedido.

—¿Por qué dejó su esposa el revólver en el vestíbulo?

—Porque tenía la intención de ponerlo de nuevo en su lugar, en el cajón de la cómoda, cuando la señorita Allison abandonase la habitación de los invitados, que ocupaba aquella noche.

—En aquel momento, ¿el revólver estaba cargado?

—¡Claro que no!

—¿No limó, en ningún momento el interior del cañón de dicho revólver?

—No.

—¿Ni con un papel de lija?

—No.

—¿Ha deteriorado usted de algún modo el cañón de ese revólver?

—No.

—¿No se le ha ocurrido la idea que Robert podía haber cargado

el revólver, disparar contra alguien, y que la policía dispone de medios para averiguar si una bala ha sido disparada por un arma determinada? ¿No podía ser esto lo que le hubiese incitado a limar el interior del cañón, con el fin de proteger al niño?

El testigo cambió de posición, antes de contestar negativamente.

—Tenga usted en cuenta —subrayó Mason—, que el técnico afirmó que el interior del cañón había sido limado *después* de haber disparado la última bala. Esto demostraría que la acusada no ha podido disparar la bala fatal… Al menos, con este revólver… ¿Comprende bien esto, señor Jennings?

—Sí, perfectamente.

—Y no obstante, ¿está seguro de que no ha limado el interior del arma para proteger a Robert?

—Absolutamente seguro.

—¿Cuándo usted entregó el revólver a Robert, se aseguró de que no contenía ninguna bala la recámara?

—¡Desde luego!

—Entonces ¿cómo es posible que el niño hubiera podido efectuar un disparo?

—La respuesta es evidente: lo ha soñado.

—¿Dónde estaba el mencionado revólver cuando usted volvió a verlo?

—Debajo de la almohada de la cama en que había dormido la acusada.

—¿Se levantó temprano la mañana del dieciocho?

—Sí, quería llevarme a Robert lo antes posible. Ya le he explicado el motivo.

—En lo que hace referencia a las manchas de sangre que fueron lavadas en el paseo que se encuentra frente a su villa, ¿qué puede decirnos?

—¡Protesto! —gritó Hamilton Burger—. Esto se aparta del contrainterrogatorio, porque no he hecho ninguna pregunta al testigo sobre las manchas de sangre o el paseo de su villa.

—No se acepta la protesta —declaró el juez Kent—. El Tribunal tiene más interés en hacer justicia que en perderse en sutilezas jurídicas, sobre todo en el caso que nos ocupa. Responda a la pregunta, señor Jennings.

—No había manchas de sangre —aseguró el testigo.

—Aquella mañana, ¿se levantó usted temprano para ir a regar el césped?

—Me levanté temprano para acompañar a Robert a casa de una amiga. A mi regreso, como en la casa todos parecían dormir, me puse a regar el césped.

—¿No dirigió usted el chorro de la manguera hacia el *paseo*?

—Es posible que esto se produjera mientras yo regaba.

—¿Y no lavó, así, las manchas de sangre?

—No, señor.

—Mientras regaba el césped, ¿observó si el agua, que corría a través de la acera y caía en el vertedero presentaba una coloración rojiza?

—No.

—¿Vio manchas de sangre en el jardín o en la acera?

—No.

—¿Está dispuesto a afirmar que no existían tales manchas?

—Estoy dispuesto a declarar que no vi ninguna.

—Observo que utiliza bastón —señaló Mason.

—Sí, porque la rodilla derecha me molesta mucho. A veces, se pone tan rígida, que no puedo doblar la pierna.

—¿Ha consultado a algún médico?

—Desde luego.

—¿Puede facilitarme el nombre de un médico al que haya consultado recientemente?

—Últimamente no he consultado a ningún médico… Al menos a este respecto.

—Con la venia —intervino Hamilton Burger—. No veo qué relación puede existir entre el artritismo del testigo y el caso que aquí se juzga.

—¿Qué relación existe, señor Mason? —preguntó el juez.

—Lo explicaré con mucho gusto —contestó el abogado—. Barton Jennings entró en la tienda en que dormía el pequeño Robert, con la intención de recuperar el revólver. Creía que el niño estaba profundamente dormido, pero éste solo fingía dormir, observando aquella sombra que estaba en la entrada de la tienda. Como Jennings no dijo nada que permitiese reconocerlo y por último se inclinó hacia Robert, éste sintió miedo y, empuñando el revólver, disparó contra el intruso. Había un proyectil en la recámara, que se

introdujo en la pierna derecha de Barton Jennings. Este se alejó apresuradamente, señalando el camino con manchas sangrientas. Al llegar a la acera, o tal vez, a un automóvil que allí se encontraba, vendó su herida, deteniendo la hemorragia, pero no se atrevió, supongo, a ir a visitar a un médico, por temor que éste avisase a la policía. Me inclino a pensar que la bala de revólver se encuentra todavía alojada en su pierna y, si hacemos que la extraigan, creo que los expertos en balística demostrarán que este proyectil fue disparado por el mismo revólver del que salió la bala que mató a Mervin Selkirk. ¡He aquí, por qué he hecho tal pregunta al testigo!

—¡Señor Presidente, señor Presidente! —gritó Hamilton Burger levantándose de un salto y agitando los brazos—. Una vez más, el señor Mason no vacila en afirmar las cosas más extravagantes, sin poseer la menor prueba, sólo para enredar el debate.

—Si está tan seguro de eso —replicó Mason—, que el testigo se suba la pernera de su pantalón y permita que este Tribunal compruebe si está herido o no.

—De acuerdo —asintió, tranquilamente Barton Jennings.

Levantó la pernera de su pantalón y el juez Kent se inclinó, para ver mejor.

—No hay el menor rastro de herida, señor Mason —declaró el magistrado—. La rodilla está hinchada, pero esto es todo.

Hamilton Burger echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en sonoras carcajadas, coreadas por numerosos asistentes.

—¡Silencio! —ordenó el juez, con voz enérgica y golpeando la mesa con el mazo—. ¡Silencio, u ordenaré desalojar la sala!

Volviéndose hacia Perry Mason, que permanecía sereno e imperturbable, el magistrado le preguntó:

—¿Ha terminado usted, señor Mason?

—No, señor Presidente —contestó el abogado, que preguntó entonces al testigo:

—¿No posee, por casualidad, un perro de gran tamaño? ¿Un danés?

—Sí, en efecto.

—¿Se encontraba en su casa este perro, la noche del diecisiete?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Rex.

—¿Continuaba en su casa el dieciocho por la mañana?

—No.

—¿Por qué?

Barton Jennings cambió de nuevo la posición de su pierna antes de contestar.

—Como tenemos vecinos muy curiosos, quise dar la impresión de que Robert se había ido de excursión, como estaba anunciado. Y «Rex» debía acompañarle en la excursión. En ella, cada niño debía llevar a su perro… Pero como yo llevé a Robert al piso de una amiga, tuve que adoptar otras disposiciones sobre el animal.

—¿Cuáles fueron estas disposiciones? —interrogó Mason.

—No creo necesario responder a esta pregunta —replicó Jennings.

—Con la venia —intervino Hamilton Burger—, yo también soy de la misma opinión. El señor Mason se ha tomado ya demasiadas libertades en el curso de este contrainterrogatorio, que considero totalmente injustificadas. Ya he tenido demasiada paciencia y he sido recompensado por la confusión de mi adversario, que había tomado sus deseos por realidades. ¡Sin embargo, mi paciencia tiene límites y nadie puede pretender que lo que un testigo haya hecho con su perro, pueda formar parte de la *res gestae*!

—Se acepta la objeción —convino el juez Kent, sin demasiado entusiasmo.

—La mañana del dieciocho —preguntó Mason a Jennings—, ¿observó usted la presencia de una mancha de sangre cerca de la acera que hay delante de su casa?

—Ya le he dicho que no.

—Vea ahora este periódico, que al parecer ha sido manchado por un líquido rojizo.

—Sí, en efecto…

—Declaro ante este Tribunal que tengo la intención de demostrar que este líquido es una mezcla de sangre y agua. Además, tengo la seguridad de que el análisis permitirá demostrar también que esta sangre es de perro. Después de esto, señor Jennings, le pregunto si no es verdad que Robert efectuó un disparo la noche del diecisiete al dieciocho, y que la bala disparada por él, hirió al perro «Rex», el cual perdió una gran cantidad de sangre. A continuación, ¿no es cierto que usted transportó al perro hasta su

automóvil, que estaba aparcado junto a la acera, y, después de haberlo envuelto en una manta, para, no manchar la tapicería del coche, se apresuró a llevarlo a casa de un veterinario?

Jennings se agitó inquieto en su asiento y rezongó:

—No pienso contestar a esta pregunta.

—De acuerdo, señor Presidente —convino Hamilton Burger—. Este Tribunal ya ha dado su opinión sobre esta absurda historia del perro.

—Sí —dijo el juez Kent—, pero la manera como la presenta ahora el señor Mason, interesa hasta el máximo al Tribunal, pues este relato parece tener una evidente relación con el caso que nos ocupa. Ordeno al testigo que conteste a la pregunta.

Jennings parecía estar sobre ascuas.

—Me di cuenta —explicó— de que mi perro estaba herido y lo llevé a un veterinario.

—¿Qué veterinario? —preguntó Mason.

—El Dr. Canfield —repuso Jennings tras una ligera vacilación.

—¿Y a qué hora llevó el perro a este veterinario?

—Alrededor de la una de la madrugada.

—Bien —aceptó Mason—. Supongamos que el pequeño Robert, despertando de un sueño profundo, hubiese tenido la impresión de que alguien quería atacarlo. Supongamos también que, entonces tomase el revólver que guardaba debajo de la almohada y que dicho revólver, por la causa que fuese, estuviese cargado… Si el niño apuntó con el revolver y oprimió el gatillo, es muy posible que el disparo alcanzase al perro «Rex», ¿no es cierto?

—Desde luego, es posible —respondió Jennings—, pero ignoro si las cosas ocurrieron así. Sé, únicamente, que encontré a mi perro sangrando abundantemente. Es evidente que estaba herido, pero yo ignoraba si era por culpa de un automóvil o de otra cosa.

—Y el veterinario, ¿no le dijo qué clase de herida tenía «Rex»?

—No esperé a que terminase su examen. Lo dejé a su cuidado, diciéndole que hiciese por él lo que fuera preciso y regresé a casa.

—¿Volvió a ver al perro, después?

Jennings vaciló de nuevo, antes de decir:

—Sí. Su estado ya no inspira cuidado.

—¿Tras haber sido herido por una bala de revolver?

—No sé, no lo pregunté.

—El veterinario, ¿no se lo dijo?

—Ya le he dicho que no me importaban los detalles, con tal de que el perro se salvase.

—Con la venia, ruego al Tribunal que haga comparecer a dicho veterinario, para que nos diga si extrajo una bala de revólver y, en caso contrario, un examen por rayos X permitirá comprobar si en el cuerpo del animal se encuentra alojado un proyectil. Si dicha bala fue disparada por el revólver que sirvió para matar a Mervin Selkirk, ambos proyectiles tendrán las mismas características. Entonces, a pesar de que el cañón del arma fue estropeado con una lima para impedir precisamente la identificación de los proyectiles disparados por ella, se podrá establecer que Mervin Selkirk fue muerto con ayuda del revólver perteneciente a los Jennings.

El testigo se pasó nerviosamente la lengua por los labios. Hamilton Burger se dispuso a decir algo, pero lo pensó mejor y se calló.

—Además —continuó Mason—, Robert le contó que un hombre entró en la tienda y que él dormía, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y esto, ¿ocurrió antes de que llevase el perro al veterinario?

—Sí.

—Este perro, ¿es un perro guardián?

—Sí.

—Por lo tanto, ¿hubiera defendido a Robert si éste hubiese sido atacado?

—Por supuesto.

—Pero, el perro ni siquiera ladró.

—No. Fue esto lo que me hizo comprender que Robert había soñado —concluyó triunfalmente el testigo.

—Sí —convino Mason—, podía tratarse de un sueño… o bien de alguien que el perro conociese. Supongamos que Mervin Selkirk hubiese entrado en la tienda, con la intención de raptar a Robert… o usted mismo, para recuperar el revólver… El perro no hubiera ladrado. Pero, en el caso de usted, supongamos que se hubiera inclinado sobre el niño, que usted creía profundamente dormido… De repente, suena una violenta detonación… Usted se da cuenta de que el perro ha sido alcanzado por el disparo y emprende la huida… Lo recoge y al ver que sangra abundantemente, lo envuelve

en una manta cogida de su automóvil, aparcado junto a la acera, y se apresura a llevarlo a un veterinario. Al volver a su casa, deja de nuevo su coche, matrícula JYJ 113, junto a la acera, y entra para comunicar a su esposa lo que le había explicado Robert sobre el disparo.

—Las cosas no sucedieron así. Yo dormía y sólo mucho más tarde me enteré de la pesadilla de Robert.

—Bien —dijo Mason—. Un vecino oyó el disparo. Usted acaba de reconocer que condujo a «Rex» a casa del doctor Canfield. Interrogaremos a este veterinario, que nos dirá, me imagino, que usted llegó a su casa, con su perro herido, antes de la una de la madrugada.

—Y aunque así fuese, ¿qué?

—En tal caso, usted no podía estar dormido cuando Robert refirió su sueño —replicó Mason.

—De acuerdo, yo no dormía, y llevé al perro al veterinario, como usted acaba de decir.

—¿Le despertó la detonación?

Jennings vaciló, y luego, reconoció:

—Sí.

—¿Se vistió entonces y se dirigió a la tienda para descubrir el origen de dicha detonación?

—No, me ocupé del perro herido.

—¿Dónde estaba el perro herido?

—Tendido cerca del coche.

Mason sonrió y sacudió la cabeza.

—Comete usted un error, Jennings. El perro herido no se hubiera dirigido hacia el automóvil: habría entrado en la casa en busca de ayuda. El hecho de que se hubiese dirigido hacia el automóvil dejando un rastro de sangre por el camino, indica que usted le acompañaba en aquel momento.

—¡Esto es una pura invención! —exclamó Hamilton Burger.

—Tal vez —observó el juez Kent—, pero esta argumentación parece tan lógica a este Tribunal, que desea averiguar más cosas… Señor Jennings.

—Sí, señor juez.

—Míreme usted.

El testigo se volvió hacia el juez.

—Ha incurrido usted ya en dos o tres contradicciones en puntos extremadamente importantes. Cuando una persona que se encuentra bajo juramento, incurre en tales contradicciones, constituye un falso testimonio, que puede llegar a castigarse con la cárcel. Le ruego por lo tanto que me diga qué ocurrió exactamente. ¿Llevó usted al perro a su automóvil, después de que el animal fue herido?

Jennings vaciló, bajó la vista y luego miró a Hamilton Burger, antes de volver a fijar la vista en el suelo con obstinación.

—¿Reconoce usted que las cosas sucedieron así? —insistió el magistrado.

—Sí —murmuró finalmente Jennings.

—Usted fue a recuperar el revólver y, creyendo dormido a Robert, penetró en la tienda, acompañado por el perro. Y cuando se inclinó para recoger el revólver, de debajo de la almohada, el niño disparó e hirió al perro, ¿no es eso?

—Sí, todo sucedió como usted dice —confesó el testigo, sin levantar la vista.

Mason reanudó el interrogatorio.

—Cuando regresó a su casa, después de confiar el perro a los cuidados del veterinario, comprobó que el niño se había vuelto a acostar. Su esposa lo había tranquilizado y consolado, diciéndole, también que usted dormía en su habitación, pese a que sabía que no era así… ¿Es exacto?

—Sí…

—¿Qué hizo usted con el revólver que su esposa había quitado al niño?

—Ella lo depositó sobre la consola del vestíbulo. Después de examinarlo, lo dejé en el mismo sitio, y fui a acostarme otra vez.

—Cuando lo dejó sobre la consola, ¿llenó el cargador y lo colocó en su sitio?

—Sí, creo que sí… Es probable que lo hiciese…

—Y luego, ¿se acostó otra vez?

—Sí.

—¿Cree usted que, durante la noche, la acusada bajó de su habitación, vio el revólver sobre la consola del vestíbulo, lo tomó y luego en su automóvil, matrícula JYJ 113, que usted había dejado junto a la acera se dirigió al «San Sebastian Country Club», donde

mató a Mervin Selkirk?

—Todo parece indicar que sucedió así… No hay otra explicación posible.

—¿Cómo podía saber que Mervin Selkirk se encontraba en el «San Sebastian Country Club»?

—Lo ignoro.

—¿Cómo podía saber también que su automóvil estaba frente a la casa, con la llave de contacto puesta?

—Pudo darse cuenta cuando regresamos del aeródromo con ella.

—¿Dejó la llave de contacto puesta en aquel momento?

—No lo sé… Es posible… ¡No, espere! Fue cuando volví del veterinario que olvidé quitar la llave, por culpa de la excitación que me dominaba.

—¿Quién limó el interior del *Colt*?

—Supongo que fue Norda Allison.

—¿Por qué, si fue ella, lo dejó deliberadamente debajo de la almohada de la cama en que durmió?

—Probablemente lo dejó allí distraída.

Mason sonrió y movió la cabeza.

—La licencia del arma estaba extendida *a su nombre*, señor Jennings. Por lo tanto, era *usted* quien tenía más interés en que no se pudiese averiguar quién había disparado la bala fatal.

Jennings guardó silencio.

—Y ahora, ¿cree usted que recargó el revólver después de que su esposa lo dejó sobre la consola del vestíbulo?

—Sí, debí hacerlo…

—Pero, en este caso, ¿de dónde sacó los proyectiles? ¿No iría usted a buscarlos al cuarto que ocupaba la acusada?

Jennings se frotó la mejilla con gesto nervioso.

—Me equivoco… No he podido recargar el revólver.

—Entonces, hay que suponer que la acusada, después de descender hasta la planta baja, descubrió el revólver sobre la consola, lo examinó, comprobó que estaba descargado, subió a su habitación, encontró la caja de cartuchos, cargó el arma y a continuación salió en dirección al club, para matar a Mervin Selkirk.

—Pues… sí.

—¿Cómo se las arregló para encontrar los cartuchos en su

habitación?

—Tal vez vio la caja cuando abrió la cómoda.

—Cuando su perro fue herido, alrededor de las doce y media o la una de la madrugada, ¿había sido limado el cañón del revólver?

—No.

—Entonces, ¿la bala que hirió al perro puede constituir una prueba que nos servirá para compararla con la bala que mató a Mervin Selkirk?

—Supongo que sí.

—¿Y cómo sabe que el cañón del revólver no había sido limado cuando el perro fue herido?

—Yo… Lo… lo ignoro.

—Nada de eso. Usted lo sabe, porque fue usted quien limó el interior del cañón. Sabía, igualmente, que Mervin Selkirk se encontraba en el «San Sebastian Country Club», y fue allí para matarle.

—No podrá probarlo —exclamó Jennings— pues no he hecho nada parecido.

—Entonces —preguntó Mason sonriendo—, ¿por qué fue, a las doce y media de la noche, hasta la tienda de Robert, para recuperar el revólver que estaba debajo de su almohada?

—Porque no me parecía bien que un niño durmiese con un arma al alcance de su mano.

—En ese caso, ¿por qué no recogió el arma, antes de ir a acostarse?

—No se me ocurrió.

—¿Despertó a su esposa cuando se levantó?

—No, porque dormía profundamente.

—Pero el ruido del disparo, ¿la despertó?

—No creo. Fue Robert quien la despertó, cuando se precipitó en el interior de la casa para contarle su pesadilla…

—O lo que usted pretende presentar como una pesadilla —rectificó Mason—. En realidad, Robert explicó, exactamente lo que había sucedido: que él había sido despertado de su sueño por un hombre inclinado sobre él y entonces tomó instintivamente el revólver y oprimió el gatillo.

Barton Jennings guardó silencio y Mason manifestó:

—Creo que no tengo más preguntas que hacer al testigo.

—Yo tampoco —declaró Hamilton Burger—. Ruego únicamente al Tribunal, que tenga en cuenta que, si bien este contrainterrogatorio ha revelado algunos hechos inesperados, la identificación de la acusada no queda por eso menos clara.

—No estoy tan seguro —observó el juez Kent.

Mason indicó entonces:

—Desearía hacer algunas preguntas suplementarias a Millicent Bailey.

—Perfectamente —asintió el juez—. Rogamos a la señorita Bailey, que tenga la bondad de ocupar nuevamente el estrado de los testigos.

—¡Protesto, señor Presidente! —vociferó Hamilton Burger—. Este contrainterrogatorio fragmentario…

—Este Tribunal, señor fiscal del Distrito —le interrumpió el juez Kent—, estima que la declaración de la señora Bailey, aparece ahora bajo una faceta totalmente nueva, y justifica que el señor Mason continúe el contrainterrogatorio de dicho testigo.

—Señora Bailey —dijo entonces Mason—, ha declarado usted que la noche de autos vio a la acusada alrededor de las tres o las tres y media de la madrugada, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Cuándo tuvo ocasión de verla otra vez?

—La mañana del diecinueve, a eso de las diez.

—¿Dónde la vio usted?

—La reconocí durante un desfile que tuvo lugar en los locales de la policía.

—¿Cuántas personas tomaron parte en este desfile?

—Eran cinco mujeres, en total.

—¿Reconoció a la acusada entre ellas?

—Sí.

—¿Y no la había visto otra vez antes de este desfile?

—Sí, es decir… la había *distinguido*.

—¡Ah!, *distinguido* solamente… ¿Dónde?

—En los locales de la policía.

—¿Cómo? ¿En qué ocasión?

—Cuando la conducían a la sala en que debía efectuarse el desfile.

—¿Había alguien con ella en aquel momento?

—Sí, un oficial de la policía.

—¿Nadie más?

—No.

—Por lo tanto, ¿pudo verla bien?

—Sí.

—Y después, ¿se la enseñaron en compañía de otras cuatro mujeres?

—Sí.

—Luego, ¿los policías le pidieron que señalase a la que había visto en las cercanías del «San Sebastian Country Club»?

—Sí.

—Y usted, sin vacilar ¿indicó a la acusada?

—Sí.

Mason dijo entonces:

—Desearía que la señora de Barton Jennings, tuviese la bondad de levantarse.

Un silencio total se hizo en la sala.

—Levántese usted, señora Jennings —repitió Mason.

Lorraine Jennings permaneció sentada.

—Levántese usted, señora Jennings —ordenó el juez Kent, con tono severo.

Con evidente desgana, Lorraine Jennings obedeció.

—Haga el favor de acercarse —rogó entonces, Mason.

—Acérquese —ordenó el juez Kent.

—Señora Bailey —indicó Mason volviéndose hacia la testigo—, ¿es posible que esa mujer sea la que usted vio descender del automóvil, y acercarse al otro coche que estaba aparcado en las proximidades del «San Sebastian Country Club»?

La testigo examinó detenidamente a la señora Jennings antes de declarar:

—Desde luego, tiene, aproximadamente, la misma talla que la acusada, pero… No, no creo que se trate de ella.

—Muchas gracias, señora Jennings. Puede volverse a sentar —señaló Mason.

Lorraine Jennings obedeció con tal rapidez que casi echó a correr.

—¡Un momento! —exclamó la testigo.

—¡Espere, señora Jennings! —gritó Mason.

—La he reconocido al andar tan deprisa —declaró la testigo, con excitación—. ¡Andaba exactamente así, cuando la vi aquella noche!

Mason sonrió y se inclinó hacia donde estaba Hamilton Burger.

—Doy por concluido mi contrainterrogatorio, señor fiscal del Distrito. ¿Desea hacer nuevas preguntas?

Hamilton Burger se levantó, con lentitud.

—Con la venia de este Tribunal —dijo con voz cansada— desearía que la vista se aplazase hasta mañana, a las diez de la mañana. Hay algunos puntos que, en mi opinión, requieren averiguaciones suplementarias…

—Soy de la misma opinión —aprobó el juez Kent, con sequedad —. La vista queda aplazada hasta mañana por la mañana a las diez, pero desde ahora el Tribunal estima que no hay necesidad de mantener a la acusada en prisión. Puede retirarse libremente.

Capítulo 18

Mason y Della Street se encontraban en el despacho particular del abogado, cuando Paul Drake anunció:

—¡Has ganado, Perry! Los Jennings han confesado totalmente. Además, podrás pedir daños y perjuicios, a Horace Livermore Selkirk. Te había demandado por rapto, y ahora resulta que te habías limitado a mandar al niño al lugar en que su madre había dicho que iba. ¡Hamilton Burger está que arde!

—Pero, ¿se sabe exactamente lo que pasó? —preguntó el abogado.

—Sí —dijo Drake—. Supongo que Mervin Selkirk tenía mucho de su padre. Cuando Lorraine lo abandonó para casarse con Barton Jennings, se dedicó a reunir todas las informaciones que pudo sobre este último. Así se enteró que Jennings era tesorero y director de la Compañía de Ahorros y Préstamos, y entonces se dedicó a maniobrar para que Jennings se dedicase a hacer una serie de inversiones que parecían seguras… En una palabra, en un santiamén tuvo a Barton Jennings a su merced y se lo hizo comprender así.

»Lorraine no se imaginaba que los dos hombres pudiesen tener el menor contacto, pero en realidad su marido tenía a su antiguo esposo al corriente de todo lo que ella hacía. Cuando pareció que Lorraine iba a ponerse de acuerdo con Norda Allison para obtener que le fuese confiada totalmente la custodia del joven Robert, Selkirk decidió intervenir enérgicamente. Ya había obligado a Jennings a comprar una imprentilla para imprimir los sobres que contenían los recortes de periódicos enviados a Norda Allison. Esta imprentilla estaba en una estantería del despacho de Jennings, pero, la víspera del asesinato, la secretaria de Jennings anunció casualmente su intención de limpiar dicha estantería, atestada de

trastos inútiles desde hacía años.

»Así, aquella misma tarde, aprovechando que su esposa había salido, Barton Jennings instaló provisionalmente la imprentilla en los sótanos de su casa.

»Habiéndo sido informado por él que Norda Allison venía a Los Angeles para celebrar una entrevista con Lorraine, Mervin Selkirk ordenó a Barton que escuchase lo que iban a decir y luego fuese a contárselo al «San Sebastian Country Club», a la una y media de la madrugada… Previno a Barton, aconsejándole que hiciese lo imposible para que Lorraine renunciara a sus pretensiones sobre el niño, o de lo contrario Selkirk denunciaría los negocios sucios de Barton y esto le serviría para conseguir que Lorraine no obtuviese la custodia de Robert.

»Por todo esto, aquella noche, al volver del aeropuerto, Barton Jennings decidió eliminar a Selkirk, pero el único revólver de que disponía en aquellos momentos se encontraba debajo de la almohada de Robert. Quiso recuperar el arma y ya sabéis lo que sucedió.

»Cuando Jennings volvió de casa del veterinario, lo contó todo a su esposa, que, entretanto, había tranquilizado a Robert, haciéndole acostarse de nuevo. Luego, fue en busca de Mervin Selkirk y lo mató, sin duda algunos minutos antes de que llegasen Millicent Bailey y su *amigo*. Al regresar a su casa, comunicó la muerte de Mervin Selkirk a su esposa, y luego se dedicó a limar el interior del *Colt*, para que fuese imposible identificar el arma homicida.

»Entretanto, Lorraine reflexionó y encontró el sistema, de cargar el crimen a Norda Allison, al descubrir que todavía guardaba el pasaje de avión de aquélla. Tomó entonces el coche de su marido, y se dirigió al «San Sebastian Country Club», donde el cadáver de Selkirk todavía no había sido descubierto. Después de haber ensuciado el billete de avión con la sangre que había en el piso del automóvil, lo introdujo en el bolsillo del muerto. Pero no se dio cuenta de que su llegada había tenido testigos. Cuando Millicent Bailey encendió los faros y salió disparada, Lorraine fue presa del pánico, pero luego pensó que debía tratarse de una pareja de enamorados, más preocupada en desaparecer que en descubrirla.

»Los Jennings estaban tan deseosos de cargar el crimen a un tercero que se excedieron, sobre todo, al colocar el revólver cuyo

cañón había sido limado anteriormente, debajo de la almohada de Norda Allison, cuando ésta salió de la habitación. No obstante, la policía se tragó el anzuelo y los investigadores, convencidos de la culpabilidad de Norda Allison, hicieron que Millicent Bailey prestase inconscientemente, una declaración falsa.

—¿Y la imprentilla? —preguntó ávidamente Della Street, cuando el detective se interrumpió para recuperar el aliento.

—Jennings ignoraba que Norda la había descubierto en el sótano. Después de haber lavado las manchas de sangre dejadas por el perro, volvió a acostarse y, al igual que su mujer, se quedó profundamente dormido, hasta el extremo que no oyó a Norda bajar al sótano. Pero al despertarse, dos horas después, pensó en la imprentilla y se dio cuenta que sería estupendo que la descubriesen cerca del cadáver. Esto haría creer que Selkirk llevaba la imprentilla en su coche y que era él quien enviaba los famosos recortes de periódico, como Norda había pensado siempre. Esto daría a la joven un móvil evidente para el crimen.

»Así, Jennings regresó, de nuevo, a los alrededores del «San Sebastian Country Club». El cadáver todavía no había sido descubierto, pero, como ya era de día, Jennings no se atrevió a arriesgarse en el aparcamiento y tomó un camino lateral para desembarazarse de la imprentilla, a cubierto de los árboles.

»Cuando volvió a su casa, su esposa le comunicó la partida de Norda Allison. Ambos sospecharon, desde luego, que la joven había descubierto algo, lo que les afirmó en su resolución de hacerla cargar con toda la culpa. Entonces esperaron para saber qué rumbo tomarían los acontecimientos. Pero, como no podían saber que Norda había descubierto la imprentilla en el sótano, cuando la vieron regresar, acompañada por nosotros, quedaron sorprendidos.

—¿Han confesado los dos? —preguntó Mason.

Drake respondió afirmativamente, con una inclinación de cabeza.

—¿Y Norda Allison? —inquirió a su vez Della Street.

—¿Tenéis necesidad de preguntarlo? Nathan Benedict la tomó bajo su tutela, apenas salió del Palacio de Justicia… ¡Y creo que ya no la abandonará más! —concluyó el detective, riendo.

—Quien me inspira más lástima en todo este asunto —comentó Mason— es el pequeño Robert… El jurado se mostrará,

probablemente indulgente con Barton Jennings, pues Selkirk se conducía con él de un modo indigno. Por lo tanto, tendrán en cuenta las circunstancias atenuantes. Por otra parte, Lorraine Jennings, si sabe buscarse un buen abogado, saldrá bien librada. De todos modos, Robert no será…

Mason se interrumpió al oír sonar el teléfono. Della Street, cogió el aparato y preguntó a la telefonista:

—¿Quién es, Gertie?

Escuchó atentamente y, luego, se volvió hacia Mason:

—Es Lorraine Jennings. Quiere saber si puedes ir a visitarla en la cárcel.

Mason vaciló durante algunos segundos y luego inclinó lentamente la cabeza:

—Dile que sí.

Cuando la secretaria cortó la comunicación, el abogado explicó:

—Después de todo, es la madre de Robert… Y ahora dispongo de los medios para apretarle los tornillos a Horace Livermore Selkirk. Me parece que podré obligarle a entenderse perfectamente con Lorraine, para el bien del pequeño… ¡el último de los Selkirk!

Notas

[1] Orden en virtud de la cual toda persona encarcelada debe comparecer ante un juez para que decida sobre la legalidad de la detención. (N. del T.) < <